

COLECTIVERO

NO. 5 // ENE-FEB 2025

PLANETA MISTERIO

Copyright © 2024 por COLECTIVERO

Todos los derechos reservados.

Ninguna porción de este libro puede ser reproducida en ningún formato sin la autorización previa del autor.

ÍNDICE

1. LA PIEL DEL AGUA 1
Rafael Tiburcio García
2. PLANETA CLIPPERTON 29
José Luis Ramírez Gutiérrez
3. DOS JARRONES CAEN 37
Beth Goder
4. PROCEDIMIENTO PARA NO MORIR
DORMIDO 43
Inti Hernández
5. ABRIR LAS JAULAS 51
Esteban Govea
6. PUERTAS AL PARAÍSO 76
Arlett Rodríguez Rodríguez
7. IMPOSTORES 87
Irene Liberty
8. SURCOS 93
Eugenio Barragán

9. NUESTRA COSECHA Parte III	99
Oscar González Cruz	
ARTE DE LA PORTADA	175

LA PIEL DEL AGUA

RAFAEL TIBURCIO GARCÍA

*Muy prontamente reunámonos y estrechémonos
y en el centro de nuestro corazón ocultemos
todo lo que nuestro corazón ama
que sabemos es gran tesoro.*

Último decreto atribuido a Cuauhtémoc

Los constructores de la orden que levantó la última hacienda de Pedro Romero a mediados del siglo XVIII nunca imaginaron que los gruesos muros de mampostería del casco serían usados como puentes, sobresaliendo apenas por encima del agua turbia del lago, para llevar a los turistas alrededor de la hacienda hacia las habitaciones. Y quizá se habrían sorprendido aún más al ver a los mismos vacacionistas gustosos de dar esos enormes rodeos a los pasillos ocupados por una manada de gansos que siempre les impedían cruzar el lago para ir de un lado al otro del hotel.

Las lluvias de temporada en la cuenca y el sistema de bombeo instalado en los años cuarenta habían bastado para mantener el nivel del lago por décadas. Sin embargo, desde las últimas dos, el agua se ha evaporado a un ritmo más acelerado. A diferencia de

las otras construcciones en las que se practicó el método de patios para la minería en la Nueva España, inundadas uno o dos siglos después de su construcción, la segunda hacienda de San Antonio fue sumergida por orden directa del conde luego de que finalizara la huelga de mineros de 1766, según las leyendas locales.

El Archivo del Palacio Municipal de Tanatepec contaba con las actas y edictos que consignaban los hechos relevantes para la historia que solía narrar a los turistas en el tour, pero yo no estaba dispuesta a viajar hasta la cabecera municipal y perder uno o varios días para confirmarlo. Finalmente, cada día no trabajado, cada grupo de turistas no atendido, era una propina perdida. No podía atrasarme con el envío para mamá.

Y si se trata de dinero (siempre se trata de dinero) los gansos eran el mayor problema que la administración de Francisco debía resolver para volver a cobrar en forma. Es bien conocida la conducta pandillera de estas aves y la administración del hotel solía dejarlas campar a sus anchas por los puentes y calzadas del lago. De esta manera cumplían con esa demanda, común entre los turistas güeros, de ver las ruinas integradas al entorno natural: una especie de triunfo retorcido de la naturaleza. O de un paisaje distópico e idílico del mundo por venir una vez que los humanos hubieran desaparecido. Mamá decía que le habría gustado verme guiar el tour alguna vez, si hubiera tenido mejor salud.

En el último año el clima había sido más cálido y el agua bajó lo suficiente para revelar parte de la entrada a la ermita sumergida al centro del lago. Los gansos no migraron el año anterior y menos éste; su estrés aumentó, los volvió celosos del

territorio y provocaron algunos incidentes con los trabajadores. Unos días antes, la esposa del jardinero fue atacada mientras retiraba el exceso de lirios acuáticos e hidrillas del atrio.

De haber sido el jardinero, quizá esta historia tendría otro final: Felipe, temperamental como era, se habría defendido de las aves. Pero fue a su esposa Inés a quien atacaron. Estando agachada, sintió los picotazos en las costillas que la hicieron perder el equilibrio, caer al agua y recibir ataques en el rostro mientras luchaba por no ahogarse.

Yo sólo había visto los picos y lenguas serradas de las criaturas en internet cuando empecé a trabajar en el hotel y ya entonces me provocaban escalofríos, como si fueran una especie llegada de otro mundo. Pero Inés parecía no tener idea de ello porque, cuando por fin pudo salir del atrio anegado, reconoció al que la empujó al desplegar las alas cuando éste y otros trataban de alejarla del lago, mas no pudo ver al que la atacó y le dejó la carne de la mitad del rostro expuesta y palpitante.

A finales de 1762 los exploradores ballaron en el valle, muy cerca de un embalse, el inicio de una veta que prometía un yacimiento de oro y plata mayor a La Vizcaína. El conde trajo primero a los constructores, quienes empezaron la obra mientras él ponía en orden los contratos de los barreteros. Estaba previsto que la explotación del yacimiento comenzara un par de meses después del levantamiento del casco a su alrededor, cuando todos los papeles estuvieran en regla y el virrey Joaquín de Montserrat autorizara la extracción, lo cual ocurrió hasta mediados de 1763.

La negligencia de Francisco no quedó sin consecuencias. Los

ataques previos a otros trabajadores no habían llegado a ese grado. Inés era una de las personas más queridas del pueblo: lectora recurrente los domingos de misa, organizaba las colectas de la iglesia y fue mayordoma de la Virgen de la Candelaria el año anterior. De haber sido Felipe, insisto, el ataque no habría pasado de la anécdota, pero fue a Inés a quien le desfiguraron la cara. Y ni ella ni su marido tenían contrato.

Al día siguiente una parte de los habitantes del pueblo se apostó a la entrada de la hacienda, con machetes y horquillas en mano, exigiendo que los dejaran entrar a matar a los gansos.

Sin saber qué más hacer, Francisco les mentó una norma de especies protegidas que me encargó buscar desde el momento en que llegaron, esperando que desistieran; pero ellos siguieron empeñados en acabar con la amenaza y que el hotel pagara los gastos médicos. Y para nuestra desgracia, la mitad de los turistas abandonaron el hotel, conscientes del peligro que las aves representaban, o simplemente fastidiados de que sus vacaciones hubieran tomado un giro tan político. La otra mitad, los teletrabajadores y jubilados güeros que usaban el hotel como pensión de lujo, se marchó al segundo día.

Pasé toda esa tarde encerrada en el lobby, sentada frente al ventanal que daba a la hacienda, tratando de hacer un balance personal del dinero perdido y por perder. Pensaba en la excusa que daría a mis hermanos cuando notaran que mi aporte para la enfermera de mamá no llegaría hasta quién sabe cuándo. Mientras, sentía la mirada de los gansos, fija en mí cada vez que alzaba la vista hacia la hacienda.

La gente, harta de esperar, entró al hotel con intención de matar a los gansos, que, al ver a la multitud, dejaron de mirar

hacia donde estaba yo y se refugiaron en el interior de las ruinas. Francisco convenció a la muchedumbre de esperar un poco más. A eso de las seis de la tarde, él y Felipe caminaron hacia el centro de la ermita sumergida desde la calzada principal. Supuse que habrían llegado ya a algún acuerdo, o que Carlos, el jurídico del hotel, había convencido a Felipe a la mala, volteando el argumento, diciéndole que no tendrían por qué pagar a una trabajadora sin contrato. Para mí era un misterio que Felipe se mostrara cooperativo.

Unos veinte minutos después, los dos corrieron de vuelta. Detrás de ellos sonaban los graznidos y aletazos. Cuando entraron al lobby, ambos estaban pálidos, mas no dijeron nada, sólo dejaron unas cuantas plumas en el piso ahí donde pasaban. Se encerraron en la oficina de Francisco. Felipe salió con la gente a decirles que abandonaran la propiedad, que habían llegado a un acuerdo. No le creyeron, pero él insistió y accedieron a irse dejando turnos de guardia.

Francisco llegó a mi habitación más tarde, antes de que me durmiera.

—¿Qué pasó? —pregunté.

—Mañana te cuento, aún lo estoy procesando. Por ahora preferiría relajarme, ha sido un día duro para los dos.

Sólo por eso lo dejé tocarme como quisiera. Me molestaba que sujetara mis llantas mientras lo hacíamos. Luego dejé que se acostara y me subí en él. No por mucho tiempo, claro. Diez minutos después ya estaba roncando. Me puse boca abajo, terminé yo misma y traté de dormir a pesar de que sus ronquidos llenaron la habitación. Más tarde comenzó a moverse, destaparse, balbucir y patalear.

Algo ocurrió cuando los mineros cavaron en la zona que sería la entrada al yacimiento en el mes de agosto: debajo del túmulo hallaron un basamento piramidal. En un principio, el hecho de que la entrada de la veta estuviera debajo de un centro ceremonial prehispánico no representaba un problema, no en esa época; bastaba con que los trabajadores demolieran la mampostería, que podrían utilizar para los propios muros de la construcción. Al parecer, así lo hicieron antes de empezar a minar los metales. Mientras los barreteros extraían las rocas del basamento, los constructores las aprovechaban para los muros. Una vez terminaron de remover hasta los cimientos, inició la actividad minera.

Cuando desperté, el olor inconfundible de las aves llenaba la habitación. Afuera unas cuantas plumas se arremolinaban alrededor de la puerta, mecidas por el viento. Francisco me llamó a su oficina. Al entrar lo vi sentado en su escritorio, con la cabeza entre las manos, masajeándose las sienes. Sentí cierta pena por él. Carlos, Felipe, Inés, el contador y el regidor, en representación de los pobladores, estaban en la habitación también, al parecer luego de un monumental desacuerdo que mantenía a todos en silencio, como si sólo estuvieran esperándome. No sabía para qué querrían ahí a una pasante en Historia, pero Francisco más o menos despejó las dudas:

—Bárbara. Necesitamos que vayas a la cabecera —me dijo secamente, mientras todos me miraban—. Al Archivo Municipal, en concreto.

—¿Para solicitar el permiso?

—No exactamente. Carlos ya está en eso.

El abogado torció la boca y apretó los labios hacia mí en señal de confirmación.

—Con todo respeto, Paco, no veo por qué me necesitas allá para reubicar a unos pinches patos.

—No es eso. Es por otra cosa.

—¿Qué? —pregunté con fastidio.

Francisco y Felipe se miraron un instante, como evaluando qué tan prudente era decírmelo frente al resto.

—Quiero que investigues todo lo que encuentres sobre la hacienda. Todo. La veta, la huelga, la capilla y cómo o por qué la inundaron.

La petición me desconcertó. Afuera, la gente del pueblo permanecía en espera de que los dejaran entrar a las ruinas. Y en el lago, los gansos, ajenos a los deseos de todos, recorrían los alrededores de la hacienda de manera errática, graznando, picoteando la piel del agua aquí y allá, y dispuestos a cerrar el paso a cualquiera que intentara acercarse.

Los mineros sólo lograban extraer plomo, zinc y cobre. El oro y la plata parecían haberse escondido en lo profundo de la veta. Las cantidades obtenidas tras la amalgamación no eran las esperadas, y apenas cubrían los propios salarios de los trabajadores y el levantamiento de la construcción. El problema se acentuó cuando descubrieron que la concentración de los minerales que anhelaban era mayor mientras más se acercaban al embalse. Eso implicaba que tendrían que drenarlo.

La alcaldía de Tanatepec es lo más parecido a la administración de un parque de diversiones, como suele ocurrir en cualquier pueblo mágico. Los trámites y permisos relacionados con la circulación de dinero, el transporte y el turismo solían ser rápidos, pero eso no compensaba la ineficiencia del resto de los asuntos, tal como me sucedió con el encargado del Archivo Municipal. El sujeto tardó horas en redactar el oficio de respuesta a la solicitud de consulta. Tuve que buscar el apoyo de Carlos, quien tenía sus propios problemas en el departamento jurídico con el permiso para reubicar a los gansos. «Me debes una cena», dijo cuando el encargado accedió a dar prioridad a mi solicitud. Aun así no sirvió de mucho: me entregó el oficio hasta las cuatro. Carlos y yo tuvimos que hospedarnos en uno de los albergues para no gastar de más, ya que Francisco nos había dado los viáticos a cuentagotas.

«Tengo que guardar todo lo que pueda para el tratamiento de Inés, ustedes entienden», dijo antes de que viniéramos. Le pregunté una vez más para qué me necesitaba acá. Nos apartó del grupo y nos dijo lo que ocurrió.

Algunas de las biografías mencionaban que el conde descuartizó a una de sus hijas como escarmiento por involucrarse sentimentalmente con un capataz de la mina de Santa María. Pero otros biógrafos insistían en que eso era más bien una leyenda negra en torno al hombre más rico y poderoso de su tiempo. El supuesto rumor no resiste ni siquiera un cotejo contra las fuentes genealógicas, que registran las muertes de las hijas a otras edades.

«Felipe y yo entramos a buscar al pato que atacó a Inés hasta

el centro del casco. Y yo sé que no me van a creer, pero al llegar vimos que el agua en la capilla había bajado. No sé cómo explicarlo, como si el nivel del agua ahí fuera diferente al del resto del lago, no era mucho, menos de un palmo, yo digo, se notaba en la franja de salitre sobre el muro. Eso desconcertó demasiado a Felipe, que suele pasar bastante tiempo cerca y no podía entender cómo pudo ocurrir en un lapso tan breve. Aun así, no nos echamos para atrás y llegamos hasta la escalerita que baja a la capilla. Cuando estábamos por descender, algo se deslizó debajo del agua y cruzó la entrada hacia nosotros. No pudimos distinguir qué era, parecía el lomo de un pez grande o algo así. Antes de ver qué era, nos cayeron los patos y tuvimos que salir corriendo. No sé si ahora me entiendan. No sólo quiero deshacerme de ellos, sino entender también qué está pasando con la capilla. No podemos darnos el lujo de que le pase algo y terminemos perdiendo esa fuente de ingresos. Cuento con ustedes. Cuento contigo, Bárbara».

La bitácora menciona que, tras terminar de demoler el templo, los mineros, azogueros, capataces e incluso los constructores de la hacienda (que no se caracterizaban por ser tan supersticiosos como los primeros) comenzaron a contarse los sueños para tratar de explicar aquellos acontecimientos.

Las palabras de Francisco aún resonaban en mi mente y me impedían conciliar el sueño. Tomé el teléfono y busqué artículos sobre el conde. Descubrí que su principal biógrafo era un español con sus mismos apellidos. También me enteré de que tenía algunos descendientes en Tanatepec y en la capital del

estado: uno de los investigadores en el área académica de Historia en la Universidad de Agnos, que fue sinodal cuando reproché mi examen de grado, y sus hermanos, uno de ellos desaparecido desde 2003.

Mi búsqueda fue interrumpida por un mensaje de mi hermano. «No has mandado tu parte del dinero para mamá», decía. «El trabajo ha estado algo flojo», respondí sin dar más detalles, «Háganme el paro este mes. Les prometo que el próximo me pongo al corriente», mentí. “Siempre se trata de dinero”, pensé luego de despedirme.

Tal vez podría pedirle a Francisco un adelanto o que me prestara y después le pagaría. «Me gustaría estar contigo ahora», le escribí. No respondió, ni siquiera lo vio. Mi cabeza empezó a punzar y no se detuvo hasta que me quedé dormida.

La mayoría de los testimonios mencionaban un sueño recurrente en el que se manifestaba la visión nítida de una ceremonia consagrada al Ahuízotl del embalse. Los trabajadores coincidían en que el teohua y otros sacerdotes de menor rango estaban ataviados en oro y que la ofrenda, que solía ser una pareja o familiar del soñador, siempre aparecía en el momento en que le arrancaban los ojos, los dientes y las uñas, tras lo cual daban la bienvenida a una corriente de agua que volvía al río, haciendo descender el nivel de agua del embalse.

Al día siguiente el mensaje mostraba dos palomitas azules sin respuesta. Traté de dejar mis preocupaciones de lado e inicié con la búsqueda. Empecé con las solicitudes de concesiones de minas del conde. Había registros de las cuatro más famosas:

Santa María y San Miguel, anegadas parcialmente y convertidas en hoteles, como el nuestro; San Javier, destruida; y la primera de San Antonio, inundada por completo. Comencé a registrar los documentos de la última. Habían archivado lo de las dos, todo junto. Entre los documentos encontré un legajo dedicado a la segunda de San Antonio, que era donde estaba nuestro hotel: el descubrimiento de la veta, el denuncia, los contratos de los mineros, el permiso del marqués de Cruillas, algunas actas de asistencia de los trabajadores, los informes financieros de 1763 a 1766, las nóminas del mismo periodo en las que constaba la disminución de salarios de los mineros, el acta de clausura de la mina tras la huelga y una bitácora de obras escrita por los capataces. Sobre la construcción de la hacienda y la decisión de inundarla no había datos en las actas, salvo un repunte en las cifras y luego el cierre. Sin embargo, la bitácora era más prometedora. Las últimas páginas estaban dedicadas a la huelga y mencionaban algunos de los motivos del conde para cerrar la mina. Mientras hojeaba los documentos, escribí una breve reconstrucción de los hechos.

La descripción de lo ocurrido contrastaba con los esfuerzos de los propios mineros, ya que incluso cuando intentaron drenarlo en los meses de la estación seca, el agua del embalse siempre volvía al mismo nivel, impidiéndoles continuar con la extracción.

No quise ir a comer con Carlos esa tarde. Me fastidiaba la idea de estar con él entre turistas y residentes güeros que le tomaban fotos a la gente morena o a cualquier cosa. La rodilla me había dolido todo el día y no deseaba seguir caminando. La cabeza

también y preferí llegar al albergue temprano para tratar de dormir y volver al hotel al día siguiente.

«Te estuve esperando en el restaurante, Barbie», me escribió cuando llegó a su habitación en la noche.

«¿Ya quedó?, el oficio, quiero decir, ¿Ya tienen permiso para reubicar a los patos?», escribí, evadiendo su coqueteo. No entendía el porqué de esa actitud repentina si en el hotel todos sabían lo que pasaba entre Francisco y yo.

«Ya quedó. Mañana salimos temprano, a las cinco».

Ya no le respondí. Un nuevo mensaje llegó, pensé que sería de Carlos, pero era mi hermano: «Mamá se puso mal. Vamos a llevarla al hospital, si no vas a cooperar, por lo menos trata de venir».

“Hijos de la chingada”, pensé. “Siempre el maldito dinero”. Y con ese pensamiento, y la salud de mi madre en mente, me quedé dormida.

Tuve el mismo sueño que los mineros: me encontraba al pie del lago del hotel, tal como era antes: un cuerpo de agua menos extenso, con sacerdotes mexicas, gansos y mi madre en la piedra de sacrificios. Una especie de monstruo, que no pude distinguir si parecía una nutria o una salamandra grande, me miraba desde la profundidad del lago con ojos que brillaban como el oro.

Desperté sobresaltada antes de que sonara la alarma. Me vestí y esperé sentada en la cama el mensaje de Carlos para volver al hotel. La noche y mis pesadillas me habían permitido pensar la situación. Definitivamente le pediría un adelanto a Francisco y me tomaría unos días para visitar a mamá en Agnos cuando el asunto se resolviera.

No puedo describir la mirada de Francisco cuando terminó de leer mi informe. Era una mezcla de horror y avaricia que ya había visto en él antes, pero no con tal intensidad, como si pensara en alguna posibilidad para extraer el oro del lago. Le dije que no era simplemente entrar al agua con pala y tamiz; requería inversión, procesos y maquinaria especializada. Si los gobiernos anteriores no habían llegado antes a expropiar el hotel, o a venderlo a una minera canadiense, seguro era porque ya contaban con estudios en los que el costo superaba el beneficio. Sin embargo, en su mente la idea ya se había incubado y lo único que yo podía hacer en ese momento era acariciar su pecho lampiño. De hecho, yo misma me había entusiasmado también con la posibilidad.

—Curioso sueño, el de los mineros —dijo mientras miraba al techo.

—¿Sí?, ¿por qué? —pregunté.

—Por nada, en realidad —respondió.

Se puso de lado, me dio la espalda y permaneció callado hasta que escuché sus ronquidos.

Volví a tener la misma pesadilla con mi madre en la pila de sacrificios, los gansos alrededor y un par de ojos dorados que trataban de darme un mensaje que se distorsionaba al cruzar la superficie del agua. ¿Por qué a mí? ¿Qué tenía en común con el conde o los mineros? La bitácora mencionaba el culto a un Ahuízotl, una criatura asociada con Tláloc y el agua, no con la riqueza. ¿Por qué un augurio como ése?

A principios de 1764, el conde solicitó a la diócesis la intervención

de un grupo de frailes franciscanos de Magdalena Agnos con la intención de reforzar la fe de los trabajadores y que dejaran de contar las pesadillas ya que lo que ahí invocaban era casi una herejía. Al ver que los rumores e historias continuaban, decidió iniciar la construcción de una ermita para “purificar” la veta. Envío la solicitud a la diócesis con los propios franciscanos que habían acudido a su llamado. Cuando tuvo el permiso, el conde ordenó levantar la capilla utilizando las mismas rocas del antiguo basamento. A los constructores no les gustó esto pues tuvieron que derribar algunos de los muros previamente construidos, sin recibir pago por las nuevas obras. Ésta fue una de las primeras inconformidades, semilla de lo que vendría después.

A la mañana siguiente los campesinos se concentraron en el patio del hotel. Francisco permitió que Carlos les explicara que por fin tenían el permiso para dar caza a los gansos y los pormenores de los términos que se acordaron con la comisión de medio ambiente del ayuntamiento: evitar matarlos y, en su lugar, someterlos sin violencia para reubicarlos. Pero el grupo, compuesto por diez hombres armados con machetes, azadones u horquillas, parecía tener otras intenciones cuando comenzó a recorrer la calzada y penetró hacia el interior del casco en busca de los gansos.

Como si cada uno leyera la mente del otro, Francisco inventó una excusa para seguirlos.

—Debería supervisar que cumplan con el acuerdo.

Comenzó a caminar.

—Espera, me gustaría ver la construcción y la capilla. Por el tour —dije, a pesar de que la rodilla aún me dolía.

Esto último no era falso. Siempre hablaba de eso en los recorridos, mas como nunca entrábamos, debía echar mano de las fotografías y mi imaginación para describirlo. Aquella podía ser una oportunidad única. En el fondo, ambos sabíamos que era un pretexto motivado por la codicia sin nombre de algo que no podíamos poseer.

Al final de la calzada cruzamos a través de un arco de medio punto. El mundo del otro lado ya era familiar para Francisco. A mí me maravilló. Imaginaba sólo muros y calzadas sobre el lago, pero dentro se levantaban muros más altos, arcos que sobresalían y decoraban corredores llenos de agua. Había áreas de tierra firme tupidas de pasto, vegetación y árboles de hojas verdes o amarillas tan juntos que impedían el paso, y pequeñas ciénagas, aquí y allá, donde el agua quieta se volvía turbia. Y zonas en las que el agua verde estaba llena de lirios y otras plantas acuáticas, así como truchas enormes de lomo color jade. Todo formaba un laberinto precioso de pasillos y puentes en los que el musgo negro, las enredaderas y los árboles aferraban sus raíces entre las rocas, deformando la mampostería decorada de plumas. Las ardillas, lagartijas y libélulas se hacían a un lado al paso del grupo, mientras los mosquitos y mariposas se acercaban. Entre la construcción, el agua dejaba ver apenas la parte más alta de los arcos y dinteles de las entradas a las habitaciones inundadas. Aun así, se podían distinguir las chimeneas de los hornos, las tinas de lavado y los túneles de entradas a las mazmorras por los cuales las plumas penetraban como pequeñas góndolas.

Luego de algunos rodeos, el grupo llegó a la entrada de la ermita. El nivel del agua había descendido aún más de lo que

mencionó Francisco unos días antes. Ahora se notaban dos franjas de salitre de unos diez centímetros que indicaban el extraño desnivel de la ermita. La escalinata donde había sido atacada Inés, que descendía al pequeño atrio internándose en el agua, estaba casi seca y, más allá de la puerta de archivolta, el agua al interior de la ermita hacía ondas extrañas, como si un pez más grande nadara de aquí para allá.

Dado que las otras haciendas de la comarca estaban en bonanza, el conde mandó a llamar trabajadores de ellas para tratar de darse abasto con las obras de construcción de la ermita, del casco, del vaciamiento del embalse, del avance de la mina y de la amalgamación. Tanto las actas financieras como la bitácora consignan que todas estas empresas comenzaron a provocar retrasos, accidentes y pérdidas que llevaron a nuevas inconformidades de los trabajadores.

Los gansos llegaron a espaldas nuestras a través de la calzada. Los hombres empuñaron sus armas, nos hicieron pasar detrás de ellos y plantaron frente a la manada de aves, que abrieron las alas y dejaron sus picos abiertos mientras graznaban para intentar ahuyentarnos. No sirvió de nada. Las rocas de la calzada se tiñeron de rojo cuando el primer hombre, sin advertencia, asestó un golpe letal al cuello de uno con su azadón. Francisco, Carlos y yo nos paralizamos de la impresión. Las criaturas asustadas intentaron alejarse, las que estaban más cerca terminaron malheridas de las alas y el cuerpo, o con los picos o las patas rotas. El grupo de ocho o nueve que quedaron a la zaga, al constatar la agresividad con que eran mutilados y asesinados

sus compañeros, abrieron las alas y salieron volando en dirección al río. Sus cuerpos blancos se perdieron en el cielo de la cuenca.

Los hombres terminaron de rematar a las aves que aún agonizaban, ante nuestras atónitas miradas. Incluso Felipe se había llevado las manos a la boca y, al igual que yo, sus ojos se llenaron de lágrimas. Fue cuando entendí que el jardinero no deseaba dañarlos, era quien más tiempo pasaba en su cercanía.

El hombre que atacó primero organizó al resto para que recogieran los cuerpos sobre la calzada y sacaran del agua a los caídos. Cuando terminaron de levantar los cuerpos, extendió un costal que llevaba y, con un movimiento certero de su muñeca, comenzó a arrancar las plumas y a echarlas dentro. Estuvo haciendo eso hasta que salimos del casco y volvimos al lobby.

El hombre nos dio las gracias y, al terminar de desplumar al ave que llevaba, arrojó el cuerpo lleno de puntos rojos al suelo de la estancia.

—Para que se preparen un molito al rato —dijo y salió del hotel, seguido por los hombres que cargaban el resto de los cuerpos.

El último en salir fue el regidor, que sólo pudo contemplar impotente la masacre al igual que nosotros.

—No se suponía que fuera así, una disculpa. Explicaré todo en el ayuntamiento para que esto no afecte a su negocio —dijo, quizá con sinceridad, al salir detrás del grupo con un ganso muerto bajo el brazo.

La bitácora menciona el día, a finales de abril de 1764, en que el conde visitó personalmente la veta. Esa noche tuvo la misma

visión que los mineros: sacerdotes ataviados en oro y una criatura bajo el agua que, pastora de ésta, la hacía volver al cauce del río. La ofrenda, sin embargo, despojada de sus ojos, dientes y uñas, era Juana, una de sus hijas.

Sin las aves rondando en los pasillos del casco, el camino hacia la entrada de la hacienda estaba por fin despejado para el tránsito de los turistas. Estos, sin embargo, ya no llegaron. Al día siguiente, personal del municipio se presentó en el hotel, entregó a Francisco un oficio y selló las entradas con cinta amarilla con la leyenda “Clausurado” repetida una y otra vez con letras rojas. Tuvimos que cancelar todas las reservaciones y regresar a las personas que llegaban, con la incertidumbre de saber si el hotel terminaría en bancarrota o no.

Esa noche Francisco no vino a mi habitación y el sueño se repitió, pero, en vez de mi madre, esta vez eran los gansos quienes desbordaban la pila de sacrificios. El mensaje de la criatura de ojos dorados fue nítido. Desperté sobresaltada, una sombra pequeña observaba hacia el interior desde la ventana, tras la cortina. Me cubrí con las cobijas, pero ya no pude conciliar el sueño.

Por la mañana encontré otro montón de plumas, esta vez ensangrentadas, que el viento arremolinaba bajo la ventana. Me presenté en la administración. Francisco organizaba los balances del trimestre y separaba con desgano el dinero de la

indemnización de Inés. Aún triste, Felipe le recibió el sobre, dio las gracias y salió. Le comenté a Francisco la situación por la que pasaba, la paranoia que me provocaba imaginar a los gansos observándome y la molestia constante que había sufrido por mis hermanos.

—No puedo adelantarte el sueldo, Bárbara —respondió tajante.

Nos quedamos en silencio.

—Pero tampoco puedo tenerte aquí a la fuerza —matizó—. Si quieres volver a Agnos para ver a tu má, hazlo. Te llamo cuando volvamos a abrir.

—No entiendes nada —respondí y salí antes de que notara mi tristeza.

Comencé a preparar mi maleta, pero estaba fuera de mí, como ida, lenta, imaginando plumas blancas manchadas de sangre en la alfombra, sin que mi cuerpo pudiera responder a lo que mi mente le pedía.

Si bien renegó con rabia de su sueño, el conde, desesperado y tal vez imprudente por la avaricia, tomó decisiones cada vez más injustas contra sus propios trabajadores. Entre las actas se menciona que, entre 1764 y 1765, aumentó las jornadas y la carga de trabajo, les retuvo el tequio, suprimió el “partido”, e incluso disminuyó el pago de jornales de cuatro a tres reales por día.

Abrumada, me senté en la cama y me quedé con la mirada perdida hacia el muro durante largo rato. Fue cuando Francisco llegó de improviso a la habitación.

—No te vayas aún. Todavía debe haber algo que podamos hacer.

—¿Qué más quieres de mí?

—Vamos a la capilla.

Fue cuando me di cuenta de que, en la puerta de la habitación, había dejado un pico, una pala y un tamiz. Estaba desesperado, igual que yo. Me llevé las manos a la sien.

—Ok. Te acompaño —dije sin ganas. En el fondo, la idea no me parecía descabellada.

—¿Puedes verlas? —pregunté antes de levantarme—. Las plumas, me refiero.

—Quizá se nos pegaron a las suelas —dijo con prisa.

Caminamos en silencio, cargando las herramientas, él con el pico y la pala, y yo con el tamiz y el morral. De seguro nos veíamos graciosos, como esos buscadores de oro desesperados en las películas de vaqueros, pero en pleno siglo XXI.

El estallido de la huelga de mineros en Magdalena Agnos y Tanatepec, un año más tarde, coincidió con la muerte de Juana en la Ciudad de México, al mismo tiempo que los operarios cesaban labores tras el rechazo de sus peticiones. Enojado y decepcionado, el conde tomó medidas drásticas para castigar a los insumisos y enviar a los cabecillas a prisión en La Habana.

Llegamos nuevamente a la calzada, cruzamos el arco, caminamos por los pasillos y puentes con lentitud, ya que aún sentía algo de dolor en la rodilla. Esta vez no disfruté el paisaje. Donde quiera que mirara, el verde de la vegetación se seguía

teñido con la sangre y las plumas de los gansos, así que agaché la cabeza todo el camino hasta que llegamos a la escalinata.

El atrio estaba seco y una tercera franja de salitre, más ancha que las que vi el día anterior, mostraba nuevamente el descenso inexplicable del agua. Francisco ignoró esto, se quedó afuera y comenzó a picar la roca a la orilla del agua. Una parte de mí deseaba que encontrara lo que buscaba y me quedé pensando un instante si debía ayudarlo o no. Llamó más mi atención conocer el interior de la ermita.

Crucé el portón y esperé unos segundos a que mis ojos se acostumbraran al cambio de luz. Y aunque el interior aún estaba anegado, era lo suficientemente bajo para entrar caminando. El agua estaba quieta, salvo por las ondas que ocasionalmente dibujaba el lomo moteado del gran pez en el interior. En los cruces de los círculos del agua me pareció ver dientes y ojos que me recordaban a los de los gansos. Quizá era pura sugestión. Mientras caminaba hacia el altar mayor miré las ventanas de arco sin vitrales por donde se colaba la luz exterior. También vi la parte superior de algunas rocas sueltas dispersas en la sala, que sobresalían del agua aquí y allá.

Subí los tres escalones para ver el presbiterio de cerca. Todas las losas del altar estaban removidas y empezó a costarme trabajo mover los pies, que se enterraban constantemente en el suelo lodoso, pero valía la pena porque, mientras removía la tierra, emergían del fango pedregoso algunas estatuillas de basalto con forma de ajolotes, nutrias y aves, así como mucha pedacería de cerámica mexica. Los relieves en el ábside del altar tenían glifos que no pude descifrar, salvo algunos como *atl*, *cipactli* o

miquiztli. Llamó mi atención en particular una especie de cruz con cuatro círculos entre los brazos.

Escuché el chapoteo del agua y al voltear, noté nuevamente el lomo del pez alejándose. Cuando la superficie se asentó, dos destellos opacos me devolvieron la mirada desde el otro lado de la piel del agua. Eran los ojos amarillos de la criatura en mis sueños.

Bajé del altar y caminé despacio hacia ellos, tratando de remover lo menos posible el fondo acuoso para no ahuyentarlos ni perderlos de vista. Al acercarme lo suficiente, la luz que entraba a través del ventanal reveló lo que eran. Apenas encima del lecho turbio estaban dos piezas pequeñas de metal cuyo brillo no pudo ahogar el agua de cientos de años. Afuera del recinto sólo se escuchaba el sonido de las rocas al partirse.

Metí la mano en el agua, tomé las dos piezas y todo quedó en silencio. El pez volvió a moverse y esta vez me pareció que hacía un ruido distinto, un susurro casi imperceptible.

Los últimos dos sucesos mencionados en la bitácora coinciden con el informe financiero final. En octubre de 1766, cuando los mineros de San Antonio regresaron a sus labores, finalmente pudieron extraer plata y oro de las zonas cercanas al embalse. Para ese momento, el conde había perdido ya a tres de sus hijas. Con su reputación arruinada, dejó de intentar abarcar más de lo que podía y decidió realizar una especie de retiro religioso. No volvió a pisar la hacienda. Mientras, los trabajadores lograron minar oro y plata durante unos meses más.

El tono de notificación en mi teléfono me sacó del ensimismamiento.

«Mamá se puso mal. Tal vez ya no la alcances», leí, pero no pude procesar el mensaje por una creciente sensación de que algo antiguo y siniestro me observaba, me había puesto a prueba, y yo había fallado. Esto sólo se confirmó cuando escuché el reproche de Francisco a mis espaldas.

—Estaba aquí adentro, ¿verdad?, lo encontraste.

—¿De qué hablas?

—¿Por qué no me llamaste? ¿Por qué tengo que venir yo?

—No te entiendo, Paco. Ve al punto.

—Felipe también tuvo el sueño... Y yo. —Su mano temblorosa aferraba la pala con firmeza y sus ojos permanecían fijos en las dos piezas de metal que yo sostenía.

En ese momento supe a qué se refería. Recordé a mi madre en la pila de sacrificios, a los gansos. Y entendí, por cómo me miraba, que él soñó a otra persona en el altar. Lo que la veta pedía dar a cambio. Sonreí con resignación cuando me di cuenta de que Francisco lo entendió días antes y por eso me había traído sola al casco.

—Perdóname.

Levantó la pala.

Y a pesar de que los barreteros de la segunda hacienda de San Antonio en su momento no se unieron a la huelga, el conde los obligó a desviar el cauce del arroyo de la cuenca para llenar completamente el embalse y sumergir la ermita y el casco que quedó a media construcción.

Nuestros pies se habían atascado en el lodo mientras hablábamos, y ambos perdimos el equilibrio al intentar movernos. Como pude, me levanté para huir, Francisco no lo logró. El gran pez se acercó a él y yo sólo entreví la breve lucha en el agua revuelta. Estuve segura de que no se trataba de un pez, sino de una criatura distinta, que abrió sus fauces y se lanzó directo a la cara de Francisco. Intenté huir lo más rápido que pude mientras escuchaba sus gritos. Volteé instintivamente para ver qué ocurría. Francisco estaba erguido, tanteando a su alrededor, con las cuencas de los ojos vacías y una expresión aterrada en lo poco que le quedaba de rostro.

La criatura nadaba hacia mí y mis pies aún se atascaban a cada paso. Casi en la puerta de entrada, tropecé con una de las estatuillas de basalto, mi rodilla no resistió más y caí al agua. La criatura mordió mi pie. “Es todo”, pensé, apreté los dientes para resistir el dolor, me sacudí e hice un último esfuerzo para llegar a la escalinata y subirla a rastras. Cuando llegué arriba, escuché graznidos y sentí que mi pierna se liberaba. Al voltear pude ver el lomo de la criatura cruzando de nuevo el umbral al interior de la ermita para volver al agua. Con las alas y cuerpos aún heridos, llenos de manchas de sangre seca, los gansos graznaron y aletearon unos instantes más para ahuyentarla.

Al notar que la criatura no volvería, dieron la vuelta y desplegaron sus alas nuevamente, esta vez hacia mí. Mientras me alejaba, vi a Francisco salir de la ermita guiado por los graznidos. No dejaba de gritar algo parecido a mi nombre, pidiendo perdón. Lo dejé a su suerte y caminé de vuelta lentamente.

La bitácora cierra mencionando que las pesadillas de los mineros cesaron cuando el conde ordenó traer de España doce parejas de gansos para que “decoraran” el lago, mientras la veta sigue ahí, resguardada por el agua, en espera de que alguien vuelva a intentar agotarla.

Me di cuenta de que aún sostenía el teléfono (mojado, apagado, quizá descompuesto) en una mano y las dos piedras metálicas en la otra. Me las guardé en el bolsillo con una especie de certeza amarga: “Mamá ha muerto”, fue lo único que pude pensar. La imagen del brillo de las piedras ahogándose bajo el agua y los lirios fue lo único que imaginé mientras caminaba de vuelta al lobby.

Felipe me vio, llena de lodo, y vino a ayudarme.

—Paco aún está en la ermita, necesita ayuda.

—Gracias —respondió y fue por él.

Me reprendí por ayudar a Francisco. “No lo hago por él”, pensé, “Es por Felipe, por Inés”, que aún necesitaban la indemnización. Antes de que se alejara demasiado, lo llamé.

—Felipe. Tal vez esto te sirva para Inés.

Intrigado, volvió. Le entregué las dos piezas de metal. Las miró en su mano sin saber si aceptarlas o no.

—No tienes nada que pagar, Inés ya lo hizo.

Él pareció entender a qué me refería. Incluyó la cabeza en señal de agradecimiento.

—Una cosa más: los gansos volvieron, pero ellos no mutilaron a Inés.

Me miró unos instantes, asintió y se fue hacia el lago. Fui por mi maleta y abandoné el hotel.

Unas semanas después recibí un mensaje de Carlos, invitándome a salir. En mi interior lo mandé al diablo, pero la curiosidad me ganó y estuve en el chat un rato para saber qué había sido de Francisco.

«Te hubieras quedado», escribió, «El hotel reabrió unos días después, los residentes volvieron y estamos más llenos que nunca». Al parecer Francisco no lo había puesto al tanto de nada. «Cuando volvieron del ayuntamiento quitaron los sellos y clausuraron el casco. Ahora nadie puede entrar, y está bien, porque los patos regresaron, están serenos y no salen de ahí. Y se ponen bravísimos».

«¿Y Paco?», pregunté.

«Él está bien, desde que le quitaron las vendas ha estado guiando los tours él mismo, mientras llega tu reemplazo. Las propinas le llueven a él y a Inés, que ya la contrató como su lazarilla. Les cuentan a los turistas la historia del conde y sus sueños, la huelga y la muerte de sus hijas, todo lo que le escribiste al muy cabrón, mientras la gente no deja de mirar las cicatrices de sus rostros».

«Me preocupaba Inés, qué gusto. Salúdame, también a Felipe», escribí.

«Deveras te hubieras quedado. La gente se asusta con la idea de que algo arcano y poderoso se oculta en el lago y los observa.

Y ellos nos recomiendan. Es una mina de oro, te digo. Tú lo habrías hecho mejor».

Lo dejé en visto y lo bloqueé. Se me ocurrió que podría demandar a Francisco por lo sucedido, pero desistí de la idea de inmediato. Fui al cuarto de mamá y le ayudé a levantarse para ir al baño. La enfermera había renunciado y yo llegué a un acuerdo con mis hermanos para cuidar de ella mientras conseguía trabajo.

—¿Alguna vez podremos hacer el tour del hotel donde trabajabas? —me preguntaba ella siempre que se sentía mejor.

—No, má, yo creo que ya no. Pero puedo contártelo.

Se empezó a recuperar desde el mismo día en que regresé («Es un milagro», dijeron mis hermanos), y no podía dejar de pensar que entregar las dos piezas de mineral a Felipe fue lo mejor que pude hacer. Las pesadillas también se habían ido, pero en mi mente aún aparecía la imagen insondable de lo que yacía bajo la superficie del lago, dos ojos amarillos y una lengua dentada que se deslizaban tensando la superficie desde el otro lado de la piel del agua.

Rafael Tiburcio García (Villahermosa, 1981). Escritor, melómano, editor, docente y locutor. Edita la revista *Espejo Humeante* y, ocasionalmente, hace *podcasts*. Ha colaborado en antologías y revistas de México, Chile, España, Estados Unidos y Perú. Es autor de *Cuentos de bajo presupuesto* (Cecultah, 2014) y *Rabia | Ikari* (Cecultah, 2015). Mención honorífica en el Premio Bellas Artes de Narrativa Colima para Obra Publicada 2016, Premio de Cuento Ricardo Garibay 2014 y mención honorífica en el Primer Premio de Libro de Cuento Imaginación y Futuro 2021 de MexiCona. Gestiona sus redes como *@juancorvus*.

— — —

PLANETA CLIPPERTON

JOSÉ LUIS RAMÍREZ GUTIÉRREZ

Mi madre, Alicia, tenía el iris de los ojos de un color muy claro, aunque no era verde ni azul, sino amarillo; mi padre la llamaba ‘Licha’, ella lo odiaba, le parecía un mote más bien despectivo. Tenía el cuello muy largo, la piel blanca, llena de pecas como un huevo de totola. Por eso decían que ella era de nacionalidad francesa —no mexicana como acreditaba la bandera en el hombro de su uniforme—, aunque no eran sino los efectos de la radiación, la poca gravedad y la melanina, pues había pasado buena parte de su vida en uno de los campamentos base del cinturón de asteroides.

No era un planeta, ni se llamaba Clipperton.

Así como tampoco tenía nada que ver con las ideas preconcebidas que se tenían en la Tierra. Los asteroides no son como el B-612 de *El Principito*. Tampoco están tan cerca uno del otro que chocan todo el tiempo como en las películas. Algunos son inmensos. Ceres, de hecho, es un planeta enano. También están Palas, Vesta, Higia y Juno. Si los pusieras juntos, sólo esos cinco pesarían lo mismo que todos los otros objetos astronómicos del cinturón; por eso establecieron ahí sus colonias los americanos, los rusos, los chinos, los indios y los de

la Unión Europea. El resto de los países se fue conformando con establecer campamentos en las rocas más pequeñas para reclamarlas como suyas, México entre estos.

Mi padre Ramón, por otra parte, sí tenía ascendencia francesa. Lo sabíamos por el escudo heráldico de su apellido, Arnaud, que tenía una flor de lis de plata en campo de azur. Pero de él, el 45% de sus genes europeos debieron ser recesivos, mientras el 45% indígena y el 10% africano serían los dominantes, por lo que aun sin ser tan moreno su fenotipo era como el de las cabezas olmecas.

Mamá solía decir que era un hombre muy apuesto, con su uniforme de oficial de la fuerza aérea mexicana y sus alas doradas de astronauta; cuando eran novios, él había hecho ya varios vuelos HEO, y por eso sus superiores lo designaron para el primer viaje tripulado al cinturón de la Agencia Espacial Mexicana, apenas unos días después de casarse.

—Olvídese de Luna o Marte, allí hay sólo polvo —habrá dicho su comandante—, o agarramos uno ahorita o nos chingan, Arnaud.

Y no sé por qué, pero creo que más bien fue a mi padre al que se chingaron.

Los cohetes reutilizables se produjeron en serie para colonizar Marte, pero esta iniciativa privada resultó un desastre, así que la empresa terminó por rematar el excedente de su maquila a otros países. Así fue como México se hizo de uno de

estos y, bautizándolo como “El Demócrata”, lo reacondicionó cambiando sus motores Raptor por otros Safran de hechura queretense, mismos que usaron para enviar a mis padres y unos cuantos más al asteroide 2021FD26.

Ahí fue donde nació yo.

Obvio no puedo decir cómo fue en los primeros días sino por lo que me contaron o lo que alcancé a ver en algunas bitácoras de video, pero a estas alturas ya deben suponerlo; todo lo que podía ir mal en la misión fue todavía peor. No durante el viaje ni al tocar suelo extraterrestre. La ruta estaba programada desde el despegue en el desierto de Durango hasta la maniobra de “resortera” en Palas e incluso hasta la órbita de Ashley, que era como aparecía nombrado nuestro destino en el atlas celeste.

De cualquier modo, la pericia de mi padre fue clave para la maniobra de descenso, pues no había plataforma esperándonos y fueron necesarios varios vuelos de reconocimiento para identificar el mejor lugar para bajar el cohete.

Las cámaras de video registraron este momento histórico en todos los ángulos posibles, aunque no había gran cosa que ver sino el fulgor de los retrocohetes y el polvo levantado hasta que la visibilidad se hizo prácticamente nula. Luego dejaron salir un rover con una cámara para transmitir cuando los mexicanos pusieran pie por primera vez en suelo extraterrestre, pero pasó lo mismo, sólo se percibían las luces en las escafandras de los astronautas entre toda esa negrura silente, sin atmósfera y radioactiva, que yo llamaría hogar durante toda mi vida.

No me estoy quejando. Los primeros años de la colonia fueron bastante prósperos. Desde las primeras excavaciones, Ashley resultó rico en iridio, así que las naves llegaban con provisiones y se iban cargadas del metal que enviábamos pulverizado desde el campamento.

Nunca establecimos una colonia, aunque en algún momento llegamos a ser casi un centenar de habitantes en el campamento base (más de la mitad eran niños nacidos aquí), lo cierto es que los cultivos acuapónicos no prosperaron y dependíamos por entero de las provisiones enviadas, aunque tampoco había descontento. Las familias crecían y el hábitat excavado en el suelo del asteroide tenía muchas más comodidades de las que podíamos aspirar en la Tierra.

Hasta el día en que de pronto, todo se vino abajo. Recién había cumplido dos años.

Primero fue silencio de radio. Por primera vez en la historia del campamento, el centro de control de comando en Querétaro no confirmó el aterrizaje de nuestro cargamento de cincuenta toneladas de polvo de iridio.

La duración de los viajes podía variar dependiendo de distintos factores, a nuestro asteroide le tomaba casi cinco años terrestres dar una vuelta al Sol, y la distancia mínima de intersección con la Tierra variaba debido a sus excentricidades; pero sabíamos que esos factores sólo debían considerarse en el viaje tripulado, puesto que el envío de provisiones y minerales excavados podía ser sometido sin problemas a mayor aceleración.

Al principio, no nos preocupamos. Una carga de iridio era valiosa pero prescindible para los mexicanos en Tierra, sobre

todo porque los robots podían seguir minándola y mantener la producción o incluso duplicarla sin dificultad ni asistencia humana; no obstante, la base difícilmente sobreviviría si tan sólo redujeran las provisiones, ya no digamos si se veían interrumpidas.

Poco después de mis tres años la situación ya era crítica. Aún teníamos alimento porque mi padre lo había racionado marcialmente; no obstante, el silencio de radio desde México proseguía e iban ya dos años terrestres que no llegaba ningún embarque. Estábamos acostumbrados a recibir uno cada siete u ocho meses, con suficiente comida y medicinas para un periodo poco mayor al doble de tiempo, por temas de redundancia y considerando nuestra acelerada tasa de natalidad.

Entonces ocurrió lo impensable, murió mi padre.

Cuando cesaron las señales de radio, comenzó a utilizar un telescopio óptico para otear el cielo en busca de algún asteroide habitado al que pudiera pedir ayuda. En algún punto, creo, se aferró de tal modo a esta idea que terminó desquiciándolo.

—Viejo —le decía mamá—, son reflejos metálicos.

Pero Don Ramón Arnaud insistía en que eran luces de los campamentos argentinos, chilenos, uruguayos o hasta de la Guinea Ecuatorial.

A final de cuentas se aventuró a reacondicionar uno de los 'mechas' de excavación con cohetes caseros que imprimió él mismo con iridio en los talleres; me hacía acompañarlo y me

daba su pistola Obregón para que vigilara yo que no se acercara nadie, pero la gente no tenía ya fuerza ni para salir de sus casas, la mayoría estaba en cama enfermos de escorbuto, como marinos de antaño, ¿qué iban a hacer persiguiendo al gobernador a las minas donde de sobra sabían que no estaban las provisiones?

Sobra decir que los cohetes no funcionaron. Aunque mi padre era ingeniero aeroespacial, como todos los pilotos, sus cálculos electromagnéticos distaban mucho de ser precisos. Podía hacer órbitas de transferencia y maniobras de descenso con cierta destreza mental, pero al encender los propulsores espaciales los superconductores rebasaron por mucho la tolerancia de los sistemas de contención y mi padre murió —destrozado por tornillos, tuercas, pernos y otros componentes que al rojo vivo se soltaron de su lugar y la fuerza centrípeta de los campos arrojó contra el piloto a velocidades supersónicas— en el primer vuelo de prueba de su ‘mecha’.

Muerto mi padre, los pocos habitantes del campamento no respetaron más el orden marcial; arrasaron con las provisiones restantes, agotaron los corrales de totoles y tilapias, siguieron los raquíticos cultivos de la hidroponía y luego se comieron hasta a sus hijos.

Esto último ya no lo viví yo, sino que me lo dejó escrito mi madre en una carta que encontré tiempo después bajo el asiento de piloto; ella además de bióloga era uno de los médicos de la misión, así que alcanzó a ver los primeros síntomas de

la encefalopatía espongiiforme causada por la acumulación de proteínas priones.

Fue entonces cuando me hizo retomar el trabajo de mi padre en los talleres, reparar su nave rehaciendo desde cero la matemática de los motores, cuidando ella desde la puerta que nadie se acercase, mientras empuñaba la pistola de papá en el día, y durante la noche, cuando yo dormía, se cortaba trozos de sus propios muslos para alimentarme.

José Luis Ramírez (Puebla, Pue. 1974). Es Ingeniero Industrial en Electrónica y estudió una maestría en Ciencias de la Computación. Ha sido publicado en distintas antologías entre las que destacan: Mundos Posibles, Auroras y Horizontes, El crimen como una de las bellas artes Vol.III, Los Mejores Cuentos Mexicanos Ed.2003, Visiones Periféricas, El hombre en las Dos Puertas, Los Mapas del Caos y Silicio en la Memoria; así como en varias revistas y fanzines. Obtuvo el Premio Nacional de Cuento Fantástico y de Ciencia Ficción 1998, con el cuento “Hielo.”

— — —

DOS JARRONES CAEN

BETH GODER

Dos jarrones caen. Uno contiene vida. El otro, muerte.

Es la prueba más sencilla del reino de los dioses. Estirar una mano. Elegir.

Sheel falla de nuevo, ambos jarrones se estrellan contra el suelo cristalino.

De niño, Sheel nunca pudo dominar el arte de pintar en la arena.

—¿Por qué solo hay dos colores? —preguntó.

Blanco: la luz cegadora de la muerte, del olvido. Negro: el suave espacio entre las estrellas, donde las almas nacen.

—Pinta con el negro, luego el blanco —dijo el puente divino—. Dibuja cada columna, cada hilera.

Sheel mezcló blanco y negro hasta volverlo gris, después pintó flores en el borde del universo, sabiendo que éstas crecerían y morirían, cada flor sosteniendo la procedencia de su progenitor y las semillas de sus descendientes, cada una destinada a la obsolescencia. Vivir, pensó. Morir. Una y otra vez.

Es la prueba más sencilla.

—Estira tu mano —dijo el puente divino—. Elige.

Dos jarrones chocan contra el suelo cristalino.

Cuando Sheel nació, expulsado desde el centro de una estrella, alcanzó el puente divino con ambas manos a la vez. Entonces el puente divino supo que Sheel traería problemas.

Es la prueba más fácil porque: ¿quién no elegiría vida? El jarrón negro contiene la sustancia del universo. El jarrón blanco contiene la luz que llega al final.

Todos los dioses eligen el jarrón negro. Es la primera prueba.

La prueba más sencilla.

Dos jarrones se estrellan contra el suelo cristalino.

—Sheel —dice el puente divino—. Estoy cansado de esto. Te dejaré pasar. Únete a tus hermanos. Aliméntate del polvo de

futuras estrellas. Toca las flores que crecen al borde del universo. Continúa con las siguientes pruebas que te esperan allá.

—No he elegido aún —dice Sheel.

Dos jarrones chocan contra el suelo cristalino.

El puente divino siempre supo que Sheel traería problemas. Quizá por eso el puente divino lo ama mucho más que a los demás.

Cuando Sheel tenía cinco días de edad (los dioses crecen rápido), observó la estructura de su mente. No solo había luz y oscuridad. No solo muerte y vida. Entonces supo que, a diferencia de sus hermanos, él no viviría para siempre. La luz cegadora lo llamaba, la misma que aparece al principio o al final de los tiempos (dependiendo de dónde empiece uno), pero primero, Sheel iría al espacio entre las estrellas, al lugar donde hay tantas cosas por crearse y deshacerse, y crearse otra vez.

—Elegirás la muerte —dijo el puente divino—. He presenciado todas las cosas, y eso es lo que veo.

—No haré eso —dijo Sheel.

—Quizá elegirás la vida —dijo el puente divino—. He presenciado todas las cosas y a veces olvido un poco de lo que veo, pero esto es seguro: todos los dioses escogen la vida.

Sheel nunca ha visto algo más bello que los árboles que crecen en los jardines cristalinos, donde la luz refracta como diez mil espléndidos soles. Estos árboles no debieron ser creados. En todo el reino de los dioses, son los únicos seres vivientes que pueden morir.

Los árboles, para Sheel, son una representación del tiempo, el cual solo puede tener significado si cambia. Cada hoja que se mece en el viento flota solo por un momento.

Dos jarrones caen.

Sheel se estira y alcanza ambos.

—Hiciste lo que dije que harías —dice el puente divino—. Te vi atrapar la vida. Te vi atrapar la muerte.

—Hay más cosas que hacer —dice Sheel, observando la arena que reposa dentro de cada jarrón.

—Cruza ahora —dice el puente divino—. Haz lo que tengas que hacer. —El puente divino cruje al desplegarse—. Cuando estés listo, serás el único de tus hermanos en cruzar de regreso.

El puente divino se estremece con tristeza, conocedor de todas las cosas, observando el día en que su amado cruzará de vuelta hacia el blanco de la nada. La estrella de donde provino Sheel brillará hasta los confines más lejanos del universo, y luego morirá como todas las estrellas, viendo su luz continuar.

—Cruzaré de nuevo cuando esté listo —dice Sheel, mezclando arena clara y oscura, formando una flor gris en sus manos—. Primero, tengo muchas cosas que hacer.

Beth Goder es archivista y autora. Más de 40 de sus cuentos han sido publicados en medios como *Escape Pod*, *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*, *Analog*, *Clarkesworld*, *Lightspeed*, *Flash Fiction Online* y *The Year's Best Science Fiction & Fantasy* de Horton. Puedes encontrarla en línea en www.bethgoder.com

PROCEDIMIENTO PARA NO MORIR DORMIDO

INTI HERNÁNDEZ

Ya le tocaba morir, por lo que empezó los trámites finales apenas se sintió al borde del abismo. Lo primero de todo: asegurar el pago de las últimas deudas. Quién sabe qué año era. Uno de los tantos, en un milenio ya olvidado de los muchos que el mundo ya había vivido.

Se despertó consciente de lo que debía hacer. Primero que nada, extendió el brazo izquierdo y flexionó los cuatro dedos que le quedaban, así el parche, y se lo ajustó sobre el ojo derecho. El brazo derecho tenía solo el pulgar y el índice, y esta cualidad alargó la tarea varios preciosos segundos.

Su esposa no se movió, y no por carecer con qué: nomás no le daba la voluntad, lo cual era entendible. Se tomó un segundo de más en mirar la silueta esbelta bajo las sábanas, el torso de avispa y la pierna y media haciendo un bulto irregular. Él pensó, por otro precioso momento, que la había forzado a dar demasiado, pero entonces recordó al doctor y se dijo que sus límites estaban dentro de lo que él consideraba razonable. Al menos, no era el doctor, nadie podía ser el doctor.

Se puso de pie, procurando usar las puntillas del pie izquierdo por la falta de talón. Su andar parecía siempre una media carrerilla. Así se fue a la cocina y miró sus brevísimas provisiones descansando como capullos de oruga dentro del refrigerador. Ya era costumbre ver que no había más de lo normal. Sus hijos seguían dormidos, mas no daba tiempo a darles el desayuno. A lo mejor unos cereales, pero hasta ahí. Una vez que les quiso hacer huevos fritos regresó a la casa sin tres uñas. Dejó nacer un beso al aire y se fue así nomás, en camiseta, pantalón y zapatos.

Como siempre, flotaba un hedor a nada. A desposesión. Aprendió a odiar esa vacua fetidez, a taparse las narinas con ignorancia. Marchó por la calle gris y desprovista de uso, acompañando a sus compatriotas en el despropósito.

Vio al carpintero limpiarse una herida fresca, lijando los trocitos de hueso saliente mientras retenía las lágrimas. El triste resultado de una amputación clandestina. Cobraban menos (a no ser que el proveedor del servicio fuera mañoso), o directamente nada si se trataba de las conocidas infusiones caseras: un cuchillo o alambre metálico a la lumbre, una ramita entre los dientes (de tenerlos), y de ahí todo recaía en la celeridad del usuario. Recordó la única vez que intentó realizarse una amputación dudosa con ayuda de un inescrupuloso conocido: le querían cobrar ambos lóbulos y la punta de la nariz. Nada más había ido a que le sacaran un incisivo.

Vio a la relojera, ya ciega, vistiendo sus cuencas con orgullo. Se las había rellenado con dos esferas tejidas de algodón, pagadas con los mismos ojos abandonados. Supuestamente, su inversión había proveído tres meses de comida y el parto seguro de su segundo hijo, tristemente fallecido por eutanasia al nacer

con fisura labiopalatina. Un tercio del intestino delgado de su marido pagó el entierro.

Vio a otros tantos desconocidos de profesión dudosa, unos con bastón y otros usando tapas de botes de basura para deslizarse por la áspera acera. Reptar alguna vez fue una práctica común, pero llevaba a malformaciones en los codos: mala inversión a largo plazo. Él siguió caminando sin saludar a nadie. Los momentos de humanidad llegaban a costar el tímpano o una siempre cambiante cantidad de mililitros de médula.

Para no cometer errores, primero asistió al banco. Vio que habían renovado el piso con losa roja, levemente resbalosa. No le importó y apuró al primer cajero. Tecleó el código alfanumérico que ya se sabía de memoria, y ahí salió. Cumplía con casi todo: horas trabajadas mínimas, vidas sanas y corporalmente aptas traídas al mundo, y cumplía con el mínimo de materia corporal donada al Estado. Sonrió: no le debía nada al sector público. Ahora venía lo peor.

Salió de la estancia y revisó su celular, de gama baja pero funcional, el equivalente de su preciado talón. Se metió a la aplicación que recopilaba a todos sus acreedores, y vio un número que no le satisfizo. Hizo cuentas rápidas: a todo se le podía sacar provecho. Le marcó al doctor.

—Diga —respondió el mencionado, la boca siempre ocupada o llena de algo.

—Habla el programador. ¿Se puede ahorita?

—Depende de para qué. —En el fondo, un crujir metálico.

—Ya es lo último.

—¿Y es para depósito o pago inmediato a alguna dependencia?

—Ambas, pero primero lo segundo. Ahí le anoto los datos de todo.

—Bueno. Venga, pues. —Colgó la llamada.

Ya el doctor sabía cómo estaba el asunto; todos los doctores sabían, pero este mejor que ninguno. La caminata a la clínica no tomó mucho, conocía bien el camino. Entró y vio que no había línea de espera. Mejor, así hasta quizá le sobraba para algunos años más. La secretaria, a la que le faltaba la mandíbula, le indicó que ya podía entrar con un ademán de la cabeza. Él obedeció.

El doctor ya tenía todo listo, herramientas de distintos brillos y filos todos puestos en una mesa que ya era casi comedor. Él estaba, como siempre, en su silla, dos cables saliéndole del pecho, uno del cuello, y tres del abdomen. La secretaria entró tras el programador, cerrando la puerta con excesivo ruido. Él la entendió: hacer todo a la carrera salía más barato.

—No seas mala, secre —pidió el doctor, torciendo el labio—. Me pica la clavícula. De favor.

La mujer dio tres pasos e hincó dos dedos (los únicos que aún tenían uñas) en el hombro del doctor. Procuró no tocarle los muñones: aún a meses de haber dado los brazos sufría dolores fantasma. El doctor gruñó del gusto, pero no se movió mucho. Si se caía de la silla, no tenía piernas propias que lo levantasen. Cuando le calmaron la comezón, miró al programador con una melancolía que ya le era costumbre.

—Entonces, ¿lo que habíamos platicado?

—Así es —contestó el programador.

—¿Vas a querer el desmenuzado completo?

—Ajá. Que no falte ni un tendón clasificado.

—Va a llevar rato.

—¿Cuánto va a ser por su tiempo?

—El sistema digestivo.

—No la chingue.

—Bueno, bueno, nomás porque lo conozco. El páncreas, el hígado, el bazo y el talón de Aquiles que le queda.

—El talón no.

—Bueno, ya qué. Súbase y déjele los datos de los depósitos a mi secretaria.

Así lo hizo el programador, sacando varias tarjetas amontonadas con una liga. Ella se las guardó en un bolsillo mientras él se recostaba en la mesa quirúrgica. Le hincaron una aguja y creyó desvanecerse, pero no se durmió. Eso salía más caro. Escuchó los huesos crujir y la carne rasgarse; sin embargo, no sintió nada en ningún lado de su ser.

El pago de cada una de sus partes corporales sirvió para cubrir las deudas inmuebles y poner comida en el refrigerador por dos meses enteros, suficiente para que los niños pasaran el duelo y se concentraran en buscar un trabajo lo antes posible: al niño mayor ya solo le quedaban tres dedos de la mano dominante.

Pasado ese tiempo, tocaron a la puerta de la viuda. Un hombre de cuerpo prístino con lentes oscuros le extendió una carpeta.

—Señora —habló con una voz casi artificial de lo sana que era—, uno de sus hijos ya pasa la mayoría de edad y no tenemos registro de su empleo.

—Cumplió los catorce apenas ayer —explicó la viuda—. No nos dio tiempo de encontrarle un pre-empleo.

—El conteo de su tiempo empezó desde la medianoche, señora. Ya eso equivale a una rótula o uno de los codos.

A la mujer se le ensombreció la cara solo un momento. Cuando habló, lo hizo con su acostumbrado abatimiento.

—Tengo un niño de cuatro años. ¿Como a cuánto equivale si es de él?

—Nos sirve con la mitad del dedo cordial.

—Bien —explicó la viuda, volteando a ver al mayor—. Me lo traes, porfa. Y trae su muñeco para que no lllore tanto.

El muchacho desapareció entre los cortos pasillos de la casa, y el hombre de negro y la viuda compartieron una sonrisa de cooperación. Un momento después, en algún rincón no visto del hogar, se escuchó un llanto agudo. El hombre sonrió.

—Siempre lloran la primera vez.

—Eso me dicen —respondió la mujer—. La verdad es que no recuerdo.

Era mentira. Le faltaba el dedo índice izquierdo desde los ocho años. Un sacrificio de lo más común. No era una historia que valiera la pena contar.

Inti Hernández (2002), reside y estudia Literatura Latinoamericana en México. Ha sido publicado en el primer número de la revista *Testimonio de los tiempos*, en la web de la *Revista Alcantarilla*, y en la antología que reúne a los ganadores del primer *Concurso de Cuento Corto Sempere*, titulada *No nos cabe el cuerpo*. También ganó el *Concurso de Cuento Corto de la Universidad Marista* (2018).

ABRIR LAS JAULAS

ESTEBAN GOVEA

Esa noche, las bestias que moran en lo profundo se dieron un festín. Algunos corredores de bolsa, abogados, médicos, empresarios e incluso un par de *influencers* oníricos fueron capturados en una pesadilla interminable. Pero también lo fueron aquellos quienes concibieron y financiaron la unidad residencial Bosque Real. No obstante, es mejor que empiece, como suelo hacer, por el principio.

1

De vuelta del trabajo en la torre de inducción, Tomás y yo dimos un rodeo por el monte para recoger tunas. Cortamos suficientes para llenar dos costales pequeños, que atamos a los portabultos de nuestras bicicletas. Antes de reanudar el viaje, nos sentamos a descansar a la sombra para evitar el calor. Luego de comer unas tunas, el zumbido de los insectos, el resplandor rojizo del sol en fuga y el canto de las aves empezaron a adormilarme. A pesar de mis esfuerzos, cerré los ojos un minuto y me dejé hundir en el sueño.

De pronto, sentí la mano de Tomás en el hombro.

—Itzel, despierta.

Abrí los ojos con un sobresalto.

—La señal de la torre no llega a esta parte del monte —dijo—, no te duermas, no te vaya a pasar como a don Gil.

Me levanté, estiré los brazos y me enjuagué la cara con el agua de mi botella. Todos sabíamos la historia de don Gil, y su sola mención bastaba para espabilar a cualquiera. El pobre se quedó dormido cerca de ahí y fue presa de las pesadillas. Lo encontraron convaleciente, dando horribles manotazos, pero tan profundamente dormido que no fue posible despertarlo. Murió poco después en la clínica.

Montamos nuestras bicis y volvimos a la carretera, persiguiendo al sol. Diez minutos después, la oscuridad de la noche cayó sobre nosotros, pero por poco tiempo porque, bajando la loma, resplandecían las luces de Ciudad Barraca, como la llamábamos con resignación aquellos forzados a vivir allí tras el desalojo. Entramos por la calle de los bares, donde los trabajadores del turno diurno se empezaban a amontonar y las chicas de la noche se preparaban para dar inicio a su jornada; seguimos por la gasolinera y el minisúper/farmacia de 24 horas, fuera del cual yacían, tirados en la banqueta, los adictos habituales, en espera de que cualquier alma caritativa les diera unos pesos para comprar su dosis; aguantamos la respiración al pasar junto al vertedero, dimos vuelta en el primer camino y atravesamos varias hileras de vagones y contenedores reconvertidos en viviendas.

Nos detuvimos en la chabola de Tomás. Don Beto, su papá, y Paco, su hermano, no habían comido de tanto trabajar en el taller, así que se alegraron cuando nos vieron llegar con los

costales. Aunque me convidaron de sus tunas, me despedí. Me sentía triste y prefería evitar la compañía de los demás para no desanimarlos. Di un rodeo por el rumbo del yermo, donde sólo había silencio; rodar me ayudaba a no perderme en mis propios pensamientos, como si al darle vueltas y vueltas al pedal pudiera liberar a mi cabeza de hacer lo mismo con aquellas ideas que se negaban a desaparecer.

Llegué a casa media hora más tarde. Destrencé el alambre que hacía las veces de cerrojo y abrí la puerta. Apoyé la bici en la tablarroca que servía de pared y puse el costal sobre la mesa. Mi papá se había movido de su rincón habitual, hasta quedar justo debajo de los agujeros en la lámina que fungía como techo, y las gotas de lluvia de la noche anterior que caían en su frente producían un sonido acompasado y húmedo. Traté de moverlo, de despertarlo, pero fue inútil, y no porque lo hubieran atacado las pesadillas, sino porque ya se había subido al tren del sueño y despertaba sólo una o dos veces por semana, y sólo para comer, lavarse un poco y estirar las piernas.

Mi mamá estaba trabajando su segundo turno y no volvería hasta eso de las nueve. Gracias a las tunas, no tendría que preocuparme por la comida más tarde. Me acurruqué en mi catre y encendí mi inductor, que era el modelo más sencillo y tenía acceso sólo a los estratos básicos.

Desperté en una sala de mobiliario blanco sobre la cual había un labial con un diseño audaz y brillante. Lo tomé y me lo apliqué, las cortinas se abrieron y una multitud de gente hermosa me dio la bienvenida con aplausos y sonrisas destellantes. Conocía ese comercial y amaba esa sensación efímera, pero en tiempos de vigilia me avergonzaba. Yo no había

sido educada para codiciar la fama ni el lujo, y sentir aquello, estar en contacto con esa parte desagradable de mí, era una de las cosas que más odiaba de los sueños artificiales.

Enseguida me vi en una sala oscura frente a la cual colgaba una gigantesca pantalla que mostraba imágenes de barriles de combustible apilados, hombres y mujeres enmascarados que corrían al amparo de la noche hasta que, a una prudente distancia, una de ellos presionaba un interruptor y, poco después, la torre estallaba con un estruendo monstruoso. Una leyenda en rojo rezaba: reporte cualquier actividad terrorista en el vestíbulo.

Me hallaba en la terminal. Caminé hacia los portales y revisé las opciones de sueños gratuitos: vuelo, actriz famosa, corredora de ovoides voladores, guerrera. Estaba aburrida de lo mismo, así que visité uno de los estratos que Tomás frecuentaba: la estación espacial, un sitio con gravedad disminuida donde se reunían soñadores interesados en la ciencia ficción. A mí no me atraía en especial: las paredes metálicas me daban claustrofobia y las vistas de las estrellas y planetas a la distancia, vértigo.

Al salir de la cápsula de acoplamiento, salté hacia el corredor de abordaje y, al avanzar, evité chocar con los demás usuarios, sorteé las naves y sondas estacionadas en la bahía de aterrizaje y caminé por el ala de observación, donde enormes ventanales separaban el interior del falso vacío onírico poblado de estrellas lejanas y decorado con cometas y nebulosas. Llegué al hábitat, una enorme estancia con jardines, árboles y falsa luz solar. Subí las escaleras al nivel de balcones interiores y, en el rincón, encontré a Tomás. Un chico de lentes oscuros se acercó a él, y ambos se saludaron con una secuencia de apretones y

chasquidos. Luego, el chico le entregó un libro y se fue muy apurado. Tomás lo ocultó y, al verme, saludó como si nada.

—¿Soñarás algo especial hoy? —preguntó.

—Aún no me decido. No tengo muchas opciones, de todos modos. ¿Un amigo?

Reaccionó con sorpresa, pero la disimuló de inmediato.

—Más bien un cliente.

—¿Y ese saludo?

Imité, como pude, el saludo, pero Tomás me interrumpió poniendo su mano sobre la mía.

—Es un secreto —dijo, y cambió el semblante.

Entonces, un centinela apareció, caminando en medio del hábitat. Con la armadura corporal completamente negra y el arma en la funda del cinturón, intimidaba bastante, pero la reacción de Tomás fue de miedo. Enseguida, me miró con los ojos encendidos. Cuando se acercó el centinela, husmeando, buscando algo, fingí no verlo y comencé a platicar cualquier cosa con Tomás hasta que pasó de largo, pero por un momento estuve tan cerca que hubiera podido olerlo, sólo que no olía a nada, ni siquiera al material de aspecto plástico de su armadura. Luego de unos segundos, Tomás volvió a respirar con regularidad y nos alejamos de la escena. Cuando volvimos a la bahía de aterrizaje y nos perdimos en la muchedumbre, le dije:

—¿Qué significa el saludo?

—Que eres alguien de confianza.

—¿Y yo lo soy?

Asintió. Caminamos a uno de los hangares y nos perdimos entre cajas de suministros y barriles de combustible para naves; había allí unas pocas parejas absortas en sus propios pleitos y

arrumacos. Tomás se acercó, hasta que pude oler el cuero de su chamarra, y me mostró el saludo.

—Listo, ahora lo sabes. No lo divulgues —cruzó con el índice los labios.

2

Una noche, al llegar a casa, me encontré con que mi padre se había despertado, bebido toda el agua y vuelto a conectar al inductor. Tuve que salir a comprar agua, pero sólo me alcanzó para cinco litros. Bebí uno y dejé el resto. Antes de dormir, maldije a ese hombre reducido, inútil. Fue la última vez que despertó. Se había envenenado tanto que no podía soportar la vigilia, de ahí que cada vez pasara más tiempo conectado al inductor. Su cuerpo y su mente se pudrieron con el tiempo y, al final, tuvieron que internarlo en una dizque clínica, que más bien era un galpón donde tiraban en catres a todos los enfermos y los conectaban a inductores básicos, con acceso sólo a estratos limbo, poco menos que falsas extensiones pobladas de espectros anodinos.

Cuando volvimos de dejar a mi padre, mi mamá se veía tan exhausta y frustrada que sólo pude abrazarla un poco. Nos acurrucamos en un rincón y ambas lloramos sin decirnos nada. Las dos estábamos tan cansadas que dormitamos unos minutos. Comencé a soñar con árboles y un meandro que resplandecía bajo el sol, y pájaros que juntaban sus cantos en una melodía, todo un tapiz de música integrada en el paisaje natural, y soñé a mi padre, fuerte, alto, despierto. Mi madre tenía la ropa y, de pronto, gritó:

—Ponte el inductor, Itzel.

Desperté. Mi madre me miraba, preocupada de que los monstruos del Nexo me hubieran tragado a su eterna pesadilla.

Al día siguiente, mientras hacía el aseo del vestíbulo principal, vi a Tomás salir con su lonchera. Cinco minutos después,

durante mi descanso para comer, lo encontré en el patio. Almorzamos sentados en un tronco caído.

—Lamento lo de tu papá, Itzel —dijo.

Mis ojos son bestias acostumbradas a devorar sus propias lágrimas.

Levanté la vista hacia la antena que coronaba la torre de inducción.

—¿Crees que sea difícil hacer volar algo así? —pregunté, un poco para tantearlo y un poco porque lo repiten tanto en los avisos oníricos que una se lo empieza a preguntar.

—No sé, ni que fuera terrorista —dijo, a la defensiva—. ¿Por qué preguntas?

—Si la hicieran volar, nadie sufriría lo que mi padre.

—Si lo hicieran, seríamos presas de los monstruos de las pesadillas.

Yo sabía muy poco de todo aquello. El Nexo era un misterio para mí, lo mismo que esa roña salida de sus profundidades que infectaba los sueños de la gente hasta matarla. Pero sabía que don Gil había sido una de millones de víctimas.

—Estamos jodidos, entonces —dije.

Tomás me miró y apretó los labios en una mueca que no terminaba de ser una sonrisa.

—Hay otras maneras.

—¿A qué te refieres?

Tomás me miró fijamente, sus ojos humedecidos, pero sin lágrimas francas.

—OniriCo miente —susurró—, las torres, los sueños artificiales, nada de eso es necesario.

—¿Y por qué construirla? —pregunté señalando la torre.

—¿Crees que es casualidad que tus padres, que tenían tierras con agua, fueran desalojados?

—No había cobertura.

—Exacto. Pusieron la torre aquí por una razón.

—¿Para sacarnos?

Asintió.

Yo era muy pequeña cuando aquello había ocurrido, pero tenía recuerdos difusos. Había comenzado con vecinos contagiados por la epidemia de pesadillas y luego reclusos en zonas de cuarentena. Recuerdo a mis padres agitados, molestos. Tiempo después, hubo pasos apresurados, voces, machetes, armas de fuego. Los adultos del pueblo tenían un brillo extraño en los ojos y una tensión en la voz que no lograban ocultar a pesar de sus mentiras piadosas para calmarnos a nosotros, los niños. Recuerdo el rugido de motores y el paso lento de las excavadoras que arrancaron todas las casas en su camino. El resto fue agitación, sangre, llanto.

—¿Has vuelto?

—Sí, algunas veces.

—¿Qué hay allá?

—Deberías verlo.

—¿Mañana?

—Claro.

Me miró. Sus ojos cafés vibraban con el reflejo de las motas de luz que se colaban entre el follaje.

Al salir del trabajo, no dijimos mucho más, subimos a nuestras bicis y emprendimos cada uno nuestro camino.

La mañana siguiente, era nuestro día libre, y Tomás y yo nos reunimos en la salida del pueblo. Íbamos provistos de comida,

pero yo sólo había podido comprar dos litros de agua. Por fortuna, Tomás llevaba un galón. Revisamos nuestras bicis y emprendimos el viaje desde temprano.

Nuestro viejo pueblo estaba casi a cuarenta kilómetros de distancia, bastante más lejos que el lugar donde gustábamos recoger tunas. Ni pensar dormir en ese sitio, a pesar del calor sofocante. Lo mejor era hacer el camino de ida y vuelta el mismo día, lo que nos llevaría varias horas.

Me sorprendió, al llegar a la entrada del pueblo, ver que el puente era nuevo, y mucho más ancho que antes. Al atravesarlo, Tomás calló por completo.

Avanzamos hasta un camino de concreto que no existía antes, subimos por las colinas hasta escuchar el río. El aire empezó a sentirse más fresco, y mi corazón dio tumbos. Cuando llegamos a la orilla, me hiqué para lavarme la cara en el río.

Al alzar la cabeza, vi una hilera de casas enormes, lujosas, con piscinas y muelles a los que había atados botes deportivos de elegantes diseños que se bamboleaban con el suave caudal.

Miré a Tomás. Asintió, con una mezcla de empatía e indignación.

—Esas casas...

—Las construyeron hace poco.

Poco después, se me ocurrió:

—¿Cómo hacen para dormir aquí si no hay cobertura de la torre de inducción?

—Tienen dispositivos privados. Generadores de campo, les llaman. No necesitan la torre.

Sentí un torrente de rabia correr por mis venas y estallar en mi cabeza. Quería lanzarme al agua, nadar hasta esas casas y arrasar

con ellas como habían hecho con la mía, pero la impotencia que sentí fue tan inmensa que me detuve de un árbol y vomité detrás de unas rocas.

—Vamos, tengo que verlas de cerca.

—Hay un muro enorme de este lado, Itzel, no nos van a dejar pasar.

Caminamos hacia una sección del muro alto, macizo, erizado de alambre de navajas y monitoreado por cámaras, sobre el que, cada diez o veinte metros, podía leerse en letras cursivas: Unidad Bosque Real.

Volvimos a Ciudad Barraca en silencio, mis piernas pedaleaban por sí mismas mientras mi mente volaba muy lejos de nosotros.

Nos detuvimos en la chabola de Tomás para tomar un vaso de agua. Sobre la mesa del rincón había un rifle desarmado que don Beto estaba limpiando. Luego de saludarme, me dio el pésame por mi padre y dijo que esperaba que se recuperara pronto; Tomás le lanzó una mirada fulminante, y el señor se quedó callado.

Tomás me acompañó a la entrada y, al verme absorta en mis pensamientos, pasó su mano por mi pelo.

—Mi padre cree que sus palabras vacías pueden ayudarte porque no te conoce.

—No hay problema.

—No estaba seguro de si debía mostrarte lo que vimos hoy. ¿Estás bien?

—No, pero tenía que verlo. Gracias.

3

Durante las noches siguientes me refugié en sueños conocidos, reconfortantes. Evitaba pensar en lo que sentía, admitirlo siquiera. Pero cualquier arroyo o prado onírico me recordaba lo mucho que nos habían arrebatado a mi familia y a mí.

No recuerdo qué estaba soñando, pero sí que abandoné el estrato y volví a la terminal, decidida a buscar a Tomás. Primero revisé la estación espacial, luego un par de estratos más que sabía que frecuentaba, pero sin suerte. No sé por qué necesitaba hallarlo, supongo que quería respuestas.

Al día siguiente, durante el almuerzo, Tomás y yo salimos al patio.

—¿Soñaste algo interesante ayer? —pregunté.

Tomás dejó de comer y me miró.

—Ya sabes, lo normal.

—No te vi en ninguno de los estratos que frecuentas.

—Estaba ocupado con un asunto.

—Quiero ayudar.

—No te quieres meter en esto, créeme.

—Quiero recuperar nuestras tierras.

—Quizás, con buena fortuna, sean tus nietos quienes lo hagan.

—Habrá valido la pena, entonces.

Aquella noche fui por primera vez testigo de las capacidades de un soñador lúcido. Comprendí por qué Tomás prefería el estrato de la estación espacial. Me condujo hacia el balcón del hábitat y, de ahí, a la esclusa en uno de los corredores de servicio.

Al principio, me negué a salir porque no teníamos casco, pero Tomás sonrió.

—Tu cuerpo sigue respirando el aire, Itzel. No olvides eso. Necesitas mantener la lucidez en esta parte o se te olvidará todo al despertar.

Hice un esfuerzo para mantenerme atenta. Tomás se puso de cuclillas en la esclusa y se impulsó en un cierto ángulo hacia la antena de comunicaciones. Lo seguí y me sujeté en la antena. Tomás bajó (o subió) hacia la parte externa de la nave, sacó una moneda de su bolsillo y, al tocar con ella una placa del fuselaje, esta se volvió líquida, y él pudo hundir los dedos en ella y abrirla con las manos hasta dejar un agujero púrpura.

Enseguida, metió la cabeza y los hombros y atravesó completo. Lo seguí. Un instante después, estábamos en un edificio abandonado. Caminamos por un corredor y bajamos un piso hasta llegar a una sala de conferencias en la que había otras tres personas.

—Quiero que conozcas al equipo —dijo Tomás.

El equipo era reducido y recién integrado, pero estrecho. El chico del saludo secreto estaba ahí, y se hacía llamar Dagón porque, decía, gustaba de sumergirse en aguas profundas; también había una chica llamada Flora, a quien le gustaba tejer en sueños motivos florales y manipular las plantas; por último, estaba Rebis, señor(a) de las puertas, capaz de crear umbrales que conectan estratos oníricos entre sí, el responsable, por ejemplo, de que pudiésemos salir de la estación espacial y llegar a ese edificio abandonado.

A partir de entonces, al menos dos veces por semana nos reuníamos en diferentes estratos oníricos. Flora insistía en que

debíamos descubrir cuál era mi aptitud, pero todo era tan nuevo para mí que apenas si podía entenderlo.

Para empezar, no estaba acostumbrada a los sueños naturales. Tomás trucó mi inductor para que me permitiera acceder a mi propio estrato onírico y vivir, por primera vez, lo que significa soñar libremente. Descubrí en aquella variedad sueños agobiantes, como aquellos en los que debía hacer el aseo de la torre después de una fiesta o de un desastre que lo ensuciaba todo; pero también sueños entrañables, como aquellos recurrentes en los que visitaba las tierras de mi infancia y veía a mi padre trabajar en el huerto, y yo misma nadaba en un río limpio y fresco.

Supe que no éramos sino una célula entre miles, que todos juntos formábamos un cuerpo de onironautas, que el Nexo unía a todas las criaturas soñantes y que había desde antiguo seres humanos, y posiblemente no humanos, capaces de surcarlo.

Supe que los *mabres* eran bestias o demonios o vampiros o monstruos surgidos de sus profundidades, y que nada podía matarlos ni combatirlos ni detenerlos, porque tenían un dominio completo de los sueños ajenos, capaces de cambiar de forma y modificar aspectos y objetos oníricos con mayor facilidad que un onironauta entrenado.

Y supe, también, que OniriCo mantenía el monopolio de los inductores para vender un servicio innecesario, pero lucrativo.

Yo, que no había pisado la secundaria, me había enterado de todo aquello gracias a mis nuevos compañeros, amigos, hermanos.

Cuando descubrí mi aptitud onírica, Rebis me enseñó a crear y usar objetos llave y a abrir umbrales, pero, sobre todo, me enseñó a cerrarlos bien y a mantenerlos ocultos.

Una vez le pregunté sobre los *mabres*.

—Los he visto, y soy de los pocos que pueden jactarse de ello.

Contó cómo una vez, por error, había entrado a un estrato infectado, antes de que pudiera reconocerlos. El *mabre* lo había perseguido de un estrato a otro hasta que se hartó y volvió a su fuente de energía, o sea, el estrato infectado.

—Es mucho más nutritivo para ellos permanecer en un estrato que atacar a un onironauta que explora el Nexo. Por eso siempre están a la caza de nuevos estratos, y sólo pueden conseguirlos al atacar a soñadores no protegidos por las torres de inducción.

Le conté la historia de don Gil, que se había quedado dormido y no despertó más.

—Los *mabres* se mueven por el Nexo a una velocidad enorme. También pueden percibir los estratos desprotegidos, sobre todo ahora que, gracias a las torres de inducción, hay menos. Eso significa que los codician más. Los *mabres* que han parasitado a su anfitrión hasta la muerte siempre tienen una reserva enorme de energía a su disposición y pueden permitirse surcar el Nexo en busca de nuevas víctimas. Cuando las encuentran, procuran llegar antes que otros *mabres*.

Mientras tanto, Tomás —que tenía un pseudónimo, pero no lo menciono porque para mí siempre fue Tomás— se encargaba del Plan con mayúsculas.

Bajo su dirección, empezamos a reclutar a algunos trabajadores del fraccionamiento Bosque Real, construido

sobre nuestras tierras. Mapeamos el área y localizamos el generador de campo que mantenía dulces y a salvo los sueños de esa gente. Nos familiarizamos con los sistemas de seguridad, e incluso hallamos una manera sencilla de burlarlos, porque, en general, no había ningún ingeniero en el área, y el personal de seguridad, que debía encargarse del aseo del cuarto del generador, casi siempre delegaba esa tarea al de limpieza.

Su plan era jaquear el generador de campo para deshabilitar las defensas de los estratos oníricos de los soñadores, infiltrarnos y abrir umbrales desde los cuales espiarlos para obtener sus secretos o, incluso, chantajearlos.

Pero, aunque Tomás había sido capacitado como técnico para trabajar en la torre, desconocía el funcionamiento de los generadores de campo. Así que investigó, contactó con otras células, se reunió con un par de líderes de mayor influencia en el movimiento, quienes le preguntaron sus objetivos y métodos y, por fin, obtuvo los planos que necesitaba.

Los meses siguientes, se dedicó a construir un pequeño aditamento que, una vez conectado en el puerto de control del generador, imitaría las funciones del técnico administrador, entre las cuales estaba, por supuesto, desactivar la protección de los estratos.

Tras varias sesiones de discusión en los estratos más alejados y secretos a los que podíamos acceder, concluimos que lo menos arriesgado era hacer un solo golpe, enviar a uno de nuestros infiltrados para manipular el generador para concedernos acceso a los estratos personales de los habitantes de Bosque Real y hacer tantos umbrales como fuera posible en diez minutos, tras los cuales nuestro infiltrado recuperaría el dispositivo y saldría de

ahí. A partir de ese punto, nosotros podríamos comenzar la etapa dos, que consistía en espiar y recabar información.

Entre tanto, el dispositivo permanecería oculto hasta el día del golpe, una fecha que se postergó varias veces por causa de las complicaciones logísticas y técnicas que hallamos con el paso de las semanas.

Era un plan muy ambicioso. Es una lástima que lo descubriéramos demasiado tarde.

4

Los centinelas irrumpieron durante una reunión. Tomás atacó como si tuviera una oportunidad contra ellos. Dos bastaron para someterlo. Los otros dos nos persiguieron. Atravesaron con sus armas las enredaderas de Flora. Los objetos que Dagón manipulaba para atacarlos, el suelo que se volvía arena movediza, las lámparas que brotaban de las paredes para someterlos, eran todos inútiles.

—Corran —gritó Tomás, inmovilizado por los centinelas.

Intentamos despertar, pero habían asegurado aquel estrato. Rebus nos condujo a un umbral de emergencia, que primero atravesaron Flora y Dagón y que luego tratamos de cerrar entre Rebus y yo. Pero uno de los centinelas lo sujetó de los bordes y nos lo impidió.

Huimos por una tundra hacia una ciudad japonesa, y de ahí a una selva y luego a un barco pirata. Cuando empecé a pensar que huíamos sin rumbo, quedé sorprendida. Rebus nos condujo a un estrato donde había otros umbrales para desorientar. Abrió dos o tres y luego el bueno, el que todos cruzamos y que pudimos cerrar entre él y yo.

Al despertar, había clareado. Tomé mi bici y fui a la chabola de Tomás, pero al llegar vi que ya no había taller, ni chabola, sino un promontorio de escombros y láminas. El corazón me retumbó en el pecho. Algunos insectos y cantos de pájaros rompían el silencio de la mañana como si nada hubiera pasado. La confusión se volvió espanto cuando sentí la presencia de alguien y, por último, alivio al ver la cara de la señora Azucena,

vecina desde antes, cuya tierra estaba justo a espaldas de la nuestra. Cuando me abrazó, eché a llorar.

—Vinieron en la madrugada. Querían agarrarlos dormidos, pero yo creo que alguno de ellos estaba alerta. Se oyeron tiros, primero pocos, como de rifle. Luego una ráfaga tremenda. Se llevaron a los tres en bolsas negras. Por lo menos, no los agarraron vivos.

En sus ojos brillaba un dejo de complicidad. Insistió que entrara a su casa y me hizo de desayunar unos huevos, pero no tuve apetito y comí apenas unos bocados por pura cortesía.

Vagué todo ese día por el pueblo, el monte y los caminos. Pedalear era lo único que me quitaba la inquietud, porque en cuanto paraba en algún sitio me entraban la angustia y la taquicardia, y sólo se me iban si me subía a la bicicleta y pedaleaba hasta que mis piernas se entumecieran, hasta alcanzar tal velocidad que pudiera sentir el viento en la cara y el cabello y el aroma del aire fresco.

El taller de la familia de Tomás, se decía en el pueblo, era un nido de actividad clandestina. El papá y el hermano trucaban inductores para entrar a sueños más allá del dominio de OniriCo, donde se reunían los terroristas para planear sus golpes, decían unos. Otros aseguraban que toda la familia estaba en pie de lucha desde el despojo, durante el que Tomás y Paco perdieron a su madre.

—Al menos no se los llevaron vivos —repetían.

Empezó a llover a eso de las siete, y volví a mi casa. Esperé a mi mamá un par de horas, pero la lluvia arreció, y su repiqueteo contra la lámina empezó a arrullarme. Entonces advertí que se

estaba formando un charco en el rincón donde mi padre solía estar acostado. Me acosté y encendí mi inductor.

5

Pasaron semanas antes de que volviéramos a reunirnos, y eso sólo tras cuidadosos preparativos. Los centinelas no sabían quiénes éramos. No habían logrado sacarle esa información a Tomás. Rebis, Dagón y Flora querían seguir con el plan tal y como había sido concebido.

Pero yo no. Era tiempo de cambiarlo.

—Tomás fue un excelente líder, pero tenía demasiada imaginación, y eso lo cegaba a lo más evidente. No podemos seguir con los mismos métodos cuando nuestros enemigos atacan directamente.

—¿Qué sugieres que hagamos? —preguntó Flora.

—Algo drástico.

Desde la muerte de Tomás, algunos de mis viejos vecinos, ahora habitantes de Ciudad Chabola, habían manifestado su apoyo. Todos sabían sobre Bosque Real y consideraban a Tomás y a su familia algo así como unos mártires. Los infiltrados que diario iban a Bosque Real se entusiasmaron con la idea de ser considerados héroes ellos mismos y, poco a poco, fuimos ganando seguidores y miembros activos.

Conseguí una recomendación para un trabajo de limpieza en Bosque Real. La primera vez que fui, al cruzar las puertas de entrada, el corazón me dio un tumbo. Me vieron tan insignificante en mi bicicleta oxidada que me dejaron pasar sin preguntarme nada. Era, solamente, la nueva empleada de limpieza.

Las casas, enormes, lujosas, tenían jardines de césped podado donde antes se erigían miles de árboles. Lagunas aquí y allá

aprovechaban el curso del río, que kilómetros más abajo se desviaba hacia una planta embotelladora que purificaba y vendía nuestra agua. La gente de ahí ni nos miraba, y jamás nos dirigía la palabra, excepto para pedirnos o reclamarnos algo. Eran altivos, de una hermosura maquinal y, sobre todo, despiadados. Gracias a lo que sabía, soporté las vejaciones de los niños del fraccionamiento, que desde muy temprano aprenden de sus padres a considerarnos sólo como animales de carga y blanco de burlas.

A base de sumisión y alguno que otro coqueteo, me gané la confianza del personal de seguridad. Una noche, mientras limpiaba, uno de ellos me invitó un vaso de café con alcohol.

—Estamos celebrando mi cumple —dijo, y luego puso el índice en sus labios—, es nuestro secreto.

Acepté el trago y bebí con ellos.

Poco después, empecé a llevar mi botella de agua y mi lonchera al trabajo. Al principio, me dijeron que no volviera a hacerlo y que fuera a la cafetería de empleados. Pero persistí y con el tiempo se resignaron, porque de vez en cuando llevaba algo de comer también para ellos.

Se acercaba la fecha del golpe, y mis compañeros insistieron en aplazarlo o, en su defecto, enviar a la otra chica de limpieza que habíamos reclutado a nuestra causa. Pero tenía que ser yo. Se lo debía a Tomás, a mi padre, a todos los desplazados.

Desenterré el dispositivo y lo metí en una bolsa, luego puse esa bolsa en un recipiente hermético, eché arroz encima hasta taparla y metí el recipiente en mi lonchera, llené mi botella de tequila y fui a trabajar el turno nocturno.

En la caseta, uno de los guardias señaló mi lonchera.

—¿Qué llevas ahí?

—Arrocito.

—¿Nada más?

Asentí.

—Se me hace que te vamos a tener que revisar.

Fingí una carcajada.

—No es necesario. Me acordé. Feliz cumpleaños, Pepe.

Le di la botella. Tras olerla, sonrió.

—Compas —dijo a los otros guardias—, ya se armó.

Los demás festejaron, pero callaron de pronto cuando sonó el radio y Pepe, el capitán, tuvo que responder.

Los dejé y comencé mi rutina.

Esperé hasta que comenzaran a beber y aproveché la oportunidad para tomar la tarjeta de Pepe y abrir el cuarto del generador. Saqué de la lonchera el dispositivo, me acerqué al puerto de control y lo introduje. Se encendió una pantalla holográfica que manipulé como había practicado tantas veces en escenarios oníricos que Flora y Dagón tejían para mí.

Desactivar los escudos fue bastante sencillo y, gracias al dispositivo, no se activaría ninguna alerta.

Mientras cerraba la puerta, uno de los guardias dobló la esquina y me vio.

—¿Hoy toca limpieza?

Me asustó tanto que apenas pude responder. Imaginé, en un segundo, que el golpe fracasaba y me arrestaban a mí y al resto de mi equipo. *Por lo menos no se los llevaron vivos*, recordé.

Asentí, como una estúpida.

—Pepe me dio la tarjeta.

El guardia asintió y siguió su camino hacia el baño.

Dejé la tarjeta en su lugar.

Mientras seguía mi jornada de trabajo y los guardias bebían y celebraban, los residentes de Bosque Real dormían, reconfortados y divertidos por sus sueños artificiales. Pronto, sus estratos oníricos personales, aquellos a los que tendrían que volver al final de su sesión onírica, serían infectados por una legión de mahres, los invasores de nuestras tierras ya no despertarían, y las bestias de la noche cósmica se darían un festín.

Esteban Govea (Celaya, Guanajuato, 1988) es narrador, poeta, guionista y doctor en filosofía por la UNAM. En 2010 y 2020 obtuvo menciones en los concursos 41 y 51 de la *Revista Punto de Partida*. De 2010 a 2011 estudió guion de cine en el CCC. En 2011 obtuvo la beca de guion de largometraje del IMCINE por la cinta *Réquiem por miss Sonora*. Fue incluido en *El lejano Oriente en la poesía mexicana*, antología compilada por Elsa Cross. Es autor de los libros: *Los Onironautas* y *La poética robot y otros cuentos*. Dirige el sello independiente Editorial Grifo.

— — —

PUERTAS AL PARAÍSO

ARLETT RODRÍGUEZ RODRÍGUEZ

—Su atención, su atención —anuncia una voz melosa y despreocupada.

Cuando termina, dejo escapar el aire. No, no es mi vuelo. No es la hora. Enciendo los audífonos, un modelo caduco y estropeado que emite, en el fondo, un leve zumbido estático, y me hundo en el asiento. La mezcla de voces y el revoloteo de bichos eléctricos me llenan la cabeza: escucho el eco de los que se quedaron.

Al cabo de un rato el edificio se estremece y los altavoces emiten un aullido desagradable: el primer vuelo acaba de arribar.

Un murmullo recorre la sala de espera. Los pasajeros, algunos de ellos, los que han reconocido a este como su vuelo, como su salvación, se ponen de pie, recogen sus pertenencias y esperan. Parecen niños extraviados. Y, como unos, intercambian significativas miradas. ¿Ahora qué?, dicen estas. ¿Hacia dónde vamos? Uno de ellos, un hombre de carnes flácidas y cabeza calva, se lleva las manos a las sienes y parece a punto de gritar pero, antes de que pueda emitir cualquier sonido, la voz vuelve y, con un tono que hace pensar en alguien que se lima las uñas, dice:

—La nave esperará solo treinta minutos en pista mientras las autoridades revisan los documentos. Todos los pasajeros asignados al vuelo IBss1 deben dirigirse a la puerta de embarque A. Asegúrense de tener preparados el pasaporte, el boleto y la tarjeta de sanidad. —Hace una pausa—. Repetimos, puerta de embarque A, documentos en mano y mantengan el orden. El tiempo comienza a correr desde ahora.

Se produce un estremecimiento general. Los pasajeros aferran sus mochilas y marchan en fila hacia donde les han indicado.

Cuando desaparecen tras una pared, rumbo a la puerta de embarque, bajo la vista y me dedico a estudiar el piso. Está manchado, repleto de huellas pegajosas, como si le hubieran rociado petróleo y, aquí y allá, aparecen negros agujeros. Encuentro un charco, no de agua sino de un líquido negro y espeso, y sigo el rastro que ha dejado sobre la pintura, en busca de la gotera que le ha dado origen. Sorteando abultados chichones, zonas desconchadas y bosques de moho hasta encontrar, en el lugar donde la pared se une al techo, un agujero enorme que deja a la vista la oxidada osamenta del edificio. Este lugar es un asco. ¿Será así el aeropuerto de allá? ¿Tan carente, apagado?

No logro imaginarlo. Es un lugar distinto, de eso no me caben dudas. Un lugar donde las luces brillan con más intensidad, un lugar de olores nuevos. De seguro huele a vivo. Al menos, eso dicen. Vuelvo a reproducir las voces grabadas: «Hay de todo, hija. De todo». «Esta es la mejor decisión». «Hazlo por nosotros». «Márchate». «No nos olvides». «Vive por nosotros». Aprieto los labios e intento darle forma a aquellas palabras. «Hay de todo». Alzar paredes, colorearlas y adornarlas es más difícil de lo que creía. Los muros que

logré imaginar se derrumban al abrir los ojos. Como faltos de consistencia. Qué más da. Si todo sale bien podré verlos hoy, comprobar cuánto de lo que dicen es y no es realidad.

Aprieto con fuerza mis documentos: el pasaporte, el pasaje y la tarjeta de sanidad. Solo Dios, un Dios que hace décadas no da señales de vida pero al que algunos se aferran, sabe lo que me ha costado obtenerlos. El solo recuerdo de las carreras, el peloteo y la ansiedad me produce náuseas. Fueron semanas difíciles, momentos que no vale la pena recordar así como no vale la pena recordar mi vida anterior. Me masajeo las sienes con suavidad. Detrás no dejó nada, repito una y otra vez. Ningún arrepentimiento que me persiga hasta el fin de mis días. Ningún ser querido o amigos o promesas. Tenía, claro, pero los olvidé. Fue lo mejor. De todas formas, iban a morir. Incluso antes que yo. Por eso me fui. Además, ella me obligó. Puso en mis manos lo que había recaudado en vida —cientos de tarjetas de crédito digital, muchas de ellas robadas con caricias y halagos— y comenzó a hablar. Su voz es la que más reverbera en mis oídos. «Hay de todo». Después, contraria a lo que otro dice, al fondo y casi en susurros eléctricos: «Olvídanos». Y eso hice en cuanto conseguí lo necesario. Olvidé sus nombres, sus caras, sus dolencias. Tan solo me llevé sus voces.

La grabación termina y, antes de que comience a reproducirse, la detengo. Las manos me tiemblan.

No hay nada que me sujete a este lugar, pienso. Las deudas fueron pagadas en su mayoría y los contratos que me unían de por vida a los arrabales, al circo y su decadencia, abolidos. Estoy limpia. Y merezco, más que nadie, marcharme de aquí.

Miro hacia afuera, a través del ventanal, para despejar esta sensación tan opresiva. No se ve nada. La neblina, cual gasa, recubre la pista y se extiende hasta el infinito. Invariable. Es una de las causas por las que me marchó. A fin de cuentas, un mundo velado no es mundo. Pero lo que acabó por convencerme fue la cuarta micro-explosión nuclear. No la esperábamos. Los parámetros estaban en verdes. O eso decían las instituciones. Como también decían que la tercera sería la última. Que las termonucleares estaban controladas, que los sistemas funcionaban. De ahora en adelante, dijeron, la situación se estabilizará. Se llenaron la boca de mentiras. Como un hábito no superado. Entonces sucedió. El cielo iluminado, la onda expansiva que derrumbó cientos de edificios, sobre todo los menos preparados. El calor. El encierro. Después de aquello no podía quedarme. Solo las ratas abandonan el barco cuando se hunde, era mi máxima. Vi a tantas ratas salir corriendo. Las repudié. El barco se hundía bajo la contaminación, las enfermedades y el desastre, y yo pensé que aguantaría también mi peso. Idiota.

Los altavoces emiten un quejido. La vocecilla comienza su canturreo una vez más y otro grupúsculo se pone en pie. Marcha hasta la puerta que los sacará de aquí. Otro vuelo que no es el mío estremece los muros del que fuera, hace mucho, mucho tiempo, el mayor aeropuerto del país. Falta poco. Solo tres vuelos pueden descender por día. Es un suplicio, un verdadero suplicio. Pero soy afortunada. Estoy aquí, ¿no? En tanto que otros...

Pienso en esas personas, familias enteras, que duermen frente al edificio. O en sus alrededores. Miserables que no han

podido juntar lo suficiente y que, acostados sobre periódicos amarillentos y trapos remendados, esperan un milagro. Que las puertas se abran, sin costos ni permisos de sanidad, quizás; que los dueños de los aviones se personifiquen ante ellos y con pantomimas ensayadas, les indiquen que son bienvenidos en el más allá, quizás; que el mundo, el único mundo que conocen, cambie por arte de magia y huir deje de ser una opción, quizás. O que el edificio se derrumbe de una vez por todas y acabe con ellos.

Me arranco los audífonos. Observo por un momento su forma redondeada, oclusiva, como un par de caracoles de jardín. Adiós, les digo, y los dejo caer en el suelo. Luego, les planto un pie encima. Si pudiera arrancarías también mi ropa. Sueño con atravesar las puertas —que deben ser de plata, como las puertas del Cielo—, sin nada que me recuerde a este lugar. A la Cúpula. Será como renacer. Como esa segunda vida que prometen algunas religiones. Por eso no llevo nada.

Nada, excepto mis papeles.

Levanto el pasaporte, un cartón endeble con espacio para un solo cuño y mis datos personales. Escueto resumen de una vida que no es mi vida. Repaso el nombre que debe ser, a partir de ahora, mi nombre y el número que, a sus ojos, me diferencia del resto de los humanos. Esto es lo único que no han podido falsear.

«Es tan personal, tan intrincado, que nadie se atreve a reinventarlo. De hacerlo, te descubrirán de inmediato, bonita», dijo el encargado de mis papeles mientras me miraba de arriba abajo. «Y más con un código como el tuyo».

No estoy segura de a qué se refería con estas palabras como tampoco logré descifrar el significado del largo silbido que las precedió, solo sé que todo está en regla y que, llegado el momento, podré partir. «Lo más importante es, al fin y al cabo, la tarjeta de sanidad. Y la tuya está en regla», siguió diciendo mientras agitaba la tarjeta en el aire. «Además, luces bastante sana, toda una muñequita, como me gustan. Sin malformaciones ni cosas de más».

Los ojos me escuecen. ¿Han vuelto los deseos de llorar? ¿Por qué? ¿Por quién? Debería alegrarme. Son pocos los que logran salir de la Cúpula. Otros ni siquiera sueñan con salir. Se arrastran por las calles, envueltos en sus trajes —muchos de fabricación casera, basados en aquel primer prototipo que llegó en una nave de ayuda—, y juegan a vivir. O, más bien, a malvivir. Yo no esperaré más por una explosión que nos suma en las tinieblas, otra vez. O por el desarrollo de otro de esos virus mortales, que tan bien proliferan bajo el calor de la Cúpula. No. Estoy harta y quiero ser libre. Les prometí que iba a vivir, por mí, por ellos.

Me dejo caer hacia atrás, mientras que, con la punta del índice, recorro la cicatriz que me ha dejado la máscara. Tiene una forma imprecisa, como un triángulo de puntas redondeadas que sube por el puente de la nariz y rodea la boca. La consecuencia de vivir anclada a un tanque de oxígeno. De depender de él. Aquí, dentro del aeropuerto, no la necesito. Los filtros procesan el oxígeno, que llega desde un tanque exterior, y lo recirculan manteniendo el ambiente habitable. Tomo una bocanada de aire. El oxígeno entra con violencia por mi nariz. Toso con disimulo, para que los dos hombres —mis

compañeros de viaje, intuyo— que charlan en una de las mesas, no escuchan. El oxígeno industrial, como el que respiraba con mi máscara, dista mucho de ser puro. Es más, tiene un regusto medicamentoso, artificial. Llevo tantos años viviendo de él y no me acostumbro. Al mismo tiempo, no recuerdo cómo era el aire real. El que venía de las plantas. Exprimo mi memoria en busca de ese recuerdo. No lo encuentro. Mi mente está hecha una maraña. Lo único que encuentro, lo único real, son mis deseos. Deseo respirar aire puro otra vez, como el que dicen, hay de sobra allá. Volver a sentir las lágrimas salir de mis ojos. Recuperar algo de humanidad. Levanto las manos, flexiono los dedos. ¿Qué pensarán cuando me vean? De seguro me tienen asco. Tantos años de exposición forzada, de plagas y calamidades, han impreso en mí —así como en todos— su huella. Mutantes, nos llaman. Y no les faltan razones. Estas carnes chupadas, amarillentas, la imposibilidad de secretar ningún fluido. A algunos les salen cola o nacen con miembros de menos. Recuerdo haber conocido a una persona con dos cabezas, una de ellas muerta y colgante, como un tumor demasiado grande. Ese día me pidió ayuda, créditos. Quería que la ayudara a escapar. Pero yo era demasiado pequeña, y tuve miedo. La delaté. Al otro día ambas cabezas estaban clavadas en barras de hierro. Los ojos vuelven a escocerme, esta vez con dolor. Aprieto las manos.

Las uñas se me clavan en la palma y me hacen sangre. ¿Por qué demora tanto ese avión? ¿Por qué esta espera? ¿Esta tortura? Giro la cabeza en dirección a mis acompañantes. Ya no conversan. En el centro de la mesa ha aparecido, como por arte de magia —¡qué maravilla!—, una botella de agua.

Ellos apenas la miran. Comparten el preciado líquido. Lo toman a sorbos cortos, uno primero y otro después, como si le tuvieran miedo. Pero sus miradas están ausentes. Perdidas en sus propios planes, de seguro. Uno de ellos estira el brazo, toma un poco de agua. Unas gotas le resbalan por el mentón. Estoy a punto de levantarme, de pedirles que me dejen lamer esas gotas —como una mendiga—, cuando los altavoces comienzan a emitir quejidos. Doy un salto y miro por el ventanal. Unas luces blancas y rojas rasgan la cortina de niebla. Se acerca. El corazón se me detiene. Ellos, los hombres, se levantan. Caminan hacia la puerta. Los sigo. Una de las aeromozas, modelo 5000, espera. Lleva un cuño electrónico en la mano. Su cuerpo de metal y plásticos asemeja a la perfección a una belleza tropical, como eran todas antes de la Cúpula. Sus labios de silicona se estiran cuando el intento de fila se forma.

«Su atención, su atención», canturrea. Siento todos los pelos del cuerpo ponérseme de puntas. Al fin me marchó. Al fin al mundo, al lugar que llaman mejor. «Su atención, su atención».

La mole de metal corre por la pista. Gracias a las luces y la cercanía, logro verlo. También los veo a ellos. Cuerpos macilentos que corren en pos del avión. Están desnudos, y sus carnes, quemadas. Uno de ellos se le acerca desde el frente. Parece saltar, con los brazos estirados, como si quisiera abrazar a la bestia, pero tropieza. Cae de bruces, bajo las ruedas. Otro que se ha liberado. Cuatro surcos negros se dibujan tras el avión, que parece sonreír. La aeromoza también sonrío.

Puedo jurar que sus ojillos están clavados en la pista, en la sangre. Las IA desprecian a todos los humanos, pero, en especial, a los Z+. Los que corren abajo. El avión atraviesa la

barrera anti-plaga, el campo de fuerza se cierra y el grupo de Z+ se estrella contra él, como pájaros contra un cristal. Unos los arañan. Otros se dan la vuelta. Vuelven a sus agujeros. Me mordisqueo el labio. Ese es el final que espera a quien se quede bajo la Cúpula.

Permanece en mí el gesto nervioso. La boca me sabe a hierro, aunque no llego a sentir dolor. La aeromoza se voltea, despacio. Parece enfocarme. Me detengo, la boca semiabierta. Aparto la vista, no deseo mirarla, y dejo discurrir mis pensamientos en algo más agradable. Tantas leyendas corren sobre IA capaces de leer la mente. No me debo arriesgar. No debe —ella ni ninguna de esas abominaciones— sospechar de mis miedos. Ni siquiera de mis anhelos. Una señal aparece sobre el marco, con puertas de cristal, que lleva al puente de abordaje. El primero de los hombres, el que ha guardado la botella de agua, se adelanta. Huele a pudiente barato. Extiende su pasaporte. La IA le sonríe. Los ojos de plástico y acetato giran, como los de una muñeca, y del interior de sus cuencas vacías sale un rayo que escanea el papel. Aceptado, se dibuja en letras rojas. Ella levanta su cuño y lo plasma sobre el pasaporte. «Que tenga buen viaje, usted ha sido aceptado», dice aquel gesto. Él avanza.

La mole de metal está detenida, aguardando. Sucede lo mismo con el otro hombre, que casi corre por el puente. Tomo aire y avanzo. Es mi turno. La IA curva sus labios de silicona, con malicia, al verme. ¿O es idea mía? Le entrego los papeles. Desde atrás, con miedo y desesperación, me gritan que avance, que estoy entorpeciendo la fila, que ellos se mueren por abordar. El escáner sube con lentitud. Le rezo a uno de esos antiguos santos, la vista fija en el pasaporte. Nada. El cartón sigue siendo

un cartón. Sin palabras en rojo que anuncien —Aceptado— que soy bienvenida en el paraíso. La muñeca voltea hacia mí. Sin dejar de enfrentarme mueve uno de sus ojos. Enfoca los documentos. Entonces la cartulina se prende fuego, arde en las manos de plástico, sin dañar la manicura roja y perfecta de la muñeca. Las puertas de metal —metal tan pulido que parece plata— se sellan. La voz melosa vuelve.

—Su salida ha sido denegada.

Arlett Rodríguez Rodríguez (La Habana, 1998).
Licenciada en Logofonoaudiología. Obtuvo un premio
en el concurso Oscar Hurtado en la categoría de Ciencia
Ficción. Han aparecido cuentos suyos en revistas como
Korad y Umbral.

IMPOSTORES

IRENE LIBERTY

Tenía la certeza de que estaba rodeado de impostores. ¿Por qué? No era capaz de explicarlo. Me quedaba entre una frase y otra, entre el sentido y la intuición; pero estaba seguro de ello. Ese día, me dirigía al trabajo mientras reconstruía una y otra vez cinco sílabas en mi cabeza: “Tran-qui-lí-za-te”.

La pesadez de la atmósfera me hacía presa fácil de la duda, y por más que quisiera rechazar mis ideas obsesivas, me sentía completamente aterrado. En la calle, nadie parecía siquiera voltearme a ver, pero yo a ellos sí. Observaba cómo se paseaban con una naturalidad inquietante, como maniqués de cuero, y yo no iba a entrar en su juego. Pensaba: “Aquellos hombres de ahí, no son sólo unos oficinistas. Y esas muchachas de allá, están escondiendo algo”. Sí, unos impostores, lo sentía en todos los poros de mi piel.

Algo en su aspecto no era humano, aunque no podía determinar si era su cara, que parecía estar hinchada, su mirada, consumida por el hambre, o el atontamiento con el que flotaban por la banqueta. A falta de pruebas, me aproximé a algunos y los examiné de arriba abajo. Un grupo de jóvenes, un poco aturdidos por mi comportamiento, se alejaron hasta

el otro extremo de la banqueta. Pero otros, sin apenas notar mi presencia, siguieron su marcha a un paso casi mecánico.

Al inclinarme hacia una chica de alrededor de doce años, de esas que tienen labios de costra y que parecen huérfanas, pude descubrir de qué se trataba. Alrededor de su iris había un profundo aro negro que endurecía su mirada. ¿Me estaba volviendo loco?

Aquella pregunta se tejió en mi mente como una raíz carnosa y experimenté la necesidad de ver mi propio reflejo para comprobar si estaba equivocado. Corrí hacia un auto y me asomé en el espejo retrovisor. No tenía nada similar. Definitivamente había algo extraño, y tenía que tomar una decisión al respecto.

Me olvidé de mi trabajo y me di vuelta en la calle Claveles para encaminarme hacia el parque. Si no era yo quien estaba trastornado, y no era el aire de la ciudad, cargado de tensión, ¡eran ellos! ¡Unos intrusos!

La fórmula para entender a los animales está en su conducta, así que me senté en una banqueta que estaba a una distancia razonable de la pista del parque. Aunque estaba protegido por la sombra de una cortina de árboles, hacía mucho calor. Encendí un cigarrillo y, mientras le di las primeras caladas, recuperé el aliento para presenciar lo que pasaba a mi alrededor.

Esa vez sí fue fácil notarlo. Además de aquel aro negro en sus ojos, había otras partes de su cuerpo que los delataban. Esos disfraces de humanos sudaban y sudaban, y algunos de ellos miraban con incomodidad hacia los lados y avanzaban más aprisa, presas de su propio secreto.

Una mujer se detuvo a unos pasos de mí para responder una llamada telefónica. Yo me empequeñecí en mi asiento y procuré hacer los menos movimientos posibles. Ella jugaba con una piedrita a sus pies y se clavaba el celular contra la mejilla. Escuché un sonido brotar de su boca, que luego se convirtió en un ataque de risa. Una risa loca, desmesurada.

De manera involuntaria, la miré a los ojos y me rasqué la barba. Ella me imitó y se rascó la cabeza. Debí contagiarle una especie de irritación muy intensa porque, con dedos temblorosos, se revolvió el cabello y continuó rascándose. Después de unos minutos, me pareció excesivo, y comencé a sentirme ansioso. Entonces lo vi. Fue rapidísimo, casi como una alucinación fugaz.

Una larva de cuerpo alargado se había deslizado por detrás de su nuca. ¡Qué enfermo! Recogí la colilla de mi cigarro y huí en la dirección opuesta, pero aquel impulso de inmediato se quebró por un nuevo descubrimiento. A mis costados ya había otros impostores desenmascarándose. Como soldados alienígenas, uno a uno se fue extrayendo de la cabeza pupas blancuzcas que les brotaban como granos gigantes. Histérico, salí corriendo con los brazos al aire. El propio estampido de mi pulso nublabla mis pensamientos. ¡Estaba rodeado!

En una esquina, vi cómo una niña se abría el cuero cabelludo con sus propias uñas. Una caspa rojiza, ¡sangre!, se escurría por su rostro y las gotas provocaban que los insectos doblaran su cuerpo hacia los lados. Me sentí desesperado.

Todo parecía ocurrir a una velocidad espantosa, pero mi corazón se había paralizado, y ya ni siquiera sabía si seguía corriendo o no. Perturbado por el miedo, me limitaba a

ver cómo las larvas masticaban el cabello de la pequeña. “¡Maldición!”, chillé, y todos en la calle me voltearon a ver. Era mi final, de verdad estaba atrapado.

Los impostores se deshicieron de su muda de piel y descubrieron un laberinto de tejidos perforados con larvas que se asomaban por cada uno de los orificios. Movían sus patas como látigos, se lanzaban al suelo y dejaban rastros de una secreción nauseabunda detrás. Aquellas personas no eran cuerpos sin alma, ¡sino con muchas de ellas! ¡Las larvas los invadían para convertirlos en su propio nido!

Una risa diabólica estalló a mi alrededor mientras los impostores me acorralaban, estaban...

—¡Samuel! ¡Qué es lo que te pasa!

Respondí un poco aturdido en lo que me incorporaba en el sillón. Hacía un calor agobiante y el respaldo estaba bañado en sudor. Ella se pasó el antebrazo por la frente y soltó un suspiro.

—¿Cuántas pastillas te tomaste? Sabes que no debes aumentar la dosis.

—Discúlpame, creo que estoy algo confundido...

—Recuerda que es una a las nueve de la mañana y otra a las nueve de la noche.

Mientras la veía recoger el frasco y las pastillas del suelo, mi respiración se fue calmando. Me serví agua en un vaso y me recosté en el sillón.

—Ven acá.

Mónica se apoyó en mi pecho y cerró los ojos. Le acaricié el cuello, las orejas y después el cabello. Ella me apartó la mano con violencia y se rascó la cabeza.

Irene Liberty (Ciudad de México, 8 de febrero), escritora de terror y de fantasía. Sus relatos han sido publicados en editoriales internacionales como Alas de Cuervo y Palabra Herida. Publicó en Una sombra que me acecha (2023), Laberintos de la mente (2023), Oraciones rotas (2024), entre otras colecciones de cuentos. Su cuento “Picaporte de plata” resultó ganador en el Fóbica Fest de 2024. Es editora en el área infantil y juvenil de la Editorial Trillas.

— — —

SURCOS

EUGENIO BARRAGÁN

Cuando el hombre arrellenado en el sillón se acuerda de encender el puro, el humo asciende al techo o se mueve perezosamente entre los muebles amontonados en el comedor, por el descuido de los años. La caja de música repite la monótona cantinela sin cesar, mas no le hace caso, con el pensamiento distraído por el pasado.

Atardece.

La penumbra se abalanza sobre el ambiente de la habitación. El sopor le invade; cabecea, abre los párpados con aire distraído. Apura con fuerza la colilla y la apaga en el repleto cenicero. Se levanta y camina por la casa con las luces apagadas. Tararea la melodía que ha escuchado toda la tarde. Tose con fuerza antes de entrar en la alcoba y piensa que mañana será un buen día para dejar de fumar.

El hombre, con pijama estampado de manchas, se sienta sobre el borde del colchón. Agarra el marco de la mesita, frota una parte de la superficie con la manga y aparta el polvo de la fotografía.

Suspira.

Tienta sobre la superficie, no encuentra las gafas. Tintinea con desespero y se muerde la punta de la lengua para recobrar la memoria que nunca le obedece y que sabe que está allí, pero que nunca se revela cuando más la necesita. Frunce las cejas y aprieta los párpados para aguzar su vista de miope. Las arrugas de expresión se marcan profundamente. La pupila de sus pequeños ojos se fuga al otro lado de la cama durante un momento, hasta que regresa a la pared vacía de la alcoba.

Con la ventana abierta, la brisa se cuele porque descuidó cerrar la persiana o correr la cortina, aunque tampoco le importa, pues sigue respirando de todo, menos aire puro. No importa. La memoria se muestra inoportuna, como casi siempre. Recuerda que tiene las gafas en el cajón, en el interior de la funda, para que no se rayen los cristales. La luz parpadea, se fuga después del traicionero aviso con un zumbido. La oscuridad le envuelve pesadamente, pero no le apetece encender la vela y menos cuando el apagón dura un instante, como su duda.

Apaga la lámpara de la mesita, se tumba, se arroja con la colcha. El cuerpo sobre la cama de matrimonio es espiado por unos ojos en la penumbra que esperan, como cada noche, a que la solitaria figura de mirada triste se duerma. Emergen más puntos: tras las patas de la cómoda, tras el espejo ovalado, de la rendija del armario que permanece abierto desde hace meses, por indiferencia, por dejadez, por múltiples cosas y porque ella ya no ocupa su sitio en la cama.

La habitación es un cielo oscuro moteado por luces. Un murmullo ahogado se percibe entre las sombras. Los esbirros de la oscuridad esperan el momento oportuno. Un ronquido

resuena como un trueno y desgarrar el silencio que reinaba en la casa. Después de escuchar la señal que les impulsa a actuar, los puntos luminosos prenden unas antorchas. Los minúsculos seres, vestidos con colores desvaídos, se lanzan con catapultas sobre la colcha y se amontonan sobre la superficie deshilachada. A través de una polea izan unas potentes y aparatosas máquinas que ruedan sobre la faz del hombre y marcan unos profundos surcos. Atraídos por el resplandor, surge otra oleada de seres de detrás del jarrón; del cenicero; del dosel que se infla como una vela por el impulso de la brisa; de la palmatoria, de la que cuelga una telaraña enganchada a la pared; del marco con la fotografía que amontona polvo en el recuerdo.

La noche pasa veloz; los minutos, uno detrás de otro, lentamente. Los sigilosos seres, afanados entre andamios, tejen un invisible entramado que estira con fuerza de la comisura de los labios. Las luces del amanecer se esfuerzan por emerger desde el horizonte contaminado. Apartan las nubes a fogonazos.

Los seres se retiran en oleadas para refugiarse, poco a poco, en recónditos escondrijos. La magia de la noche no puede enmascararlos por más tiempo entre los huecos de los segundos.

El despertador resuena, repiquetea, brama incansablemente. Una mano tienta a diestro y siniestro hasta que logra acallar el canto del amanecer. El hombre se tapa la cabeza con la colcha, refunfuña, rezonga; tiene más tiempo del que necesita, pero no lo puede malgastar, lo sabe; sin embargo, le da igual, porque lo considera perdido, vacío, como el cajón que contiene las gafas que se ajusta sobre la nariz. Con el sueño atrapado entre los párpados, se sienta sobre el colchón con las sábanas arrugadas.

Tose. Nota la garganta irritada. Sus labios tiemblan y se pasa las manos por la cara.

Los rayos de sol se cuelan a borbotones por la ventana, calientan su piel hasta que cierra la persiana, extiende la colcha, entorna la puerta. No sabe qué desayunará. No recuerda si ayer fue al supermercado o le tocará ir hoy. Ni siquiera dónde dejó las zapatillas. Ya las encontrará cuando no las necesite.

La huella de los pies desnudos sobre la suciedad del suelo vuelve a marcar el camino hasta el cuarto de baño. La llave del grifo chirría por el óxido. El agua caliente brota a trompicones. Apoya los brazos sobre el lavabo. Rota la cabeza para relajar los músculos de la espalda. Limpia el vaho con el puño del pijama. Levanta la cabeza y, por fin, se atreve a contemplarse en la superficie del implacable espejo. Sólo piensa en que las arrugas que sajan su cara aumentan cada día que pasa, pero no acierta a comprender la extraña razón de por qué siempre se despierta esbozando una estúpida sonrisa.

Eugenio Barragán es un autor español con una destacada trayectoria en la literatura de ciencia ficción y fantasía. Licenciado en psicología, ha dedicado su talento a la creación de relatos y novelas que exploran los límites de la imaginación.

Su obra ha sido reconocida en varias ocasiones, destacando su participación en los volúmenes *Visiones 2004* con el relato "Cuando se despierta temprano o demasiado tarde" y en *Visiones 2002* con "El artista", ambos publicados por la Asociación Española de Fantasía, Ciencia Ficción y Terror (AEFCFT). Fue finalista del Certamen Literario Domingo Santos en 2017 con el relato "Amantes entre fotogramas" y del I Concurso Literario Tártalo de Novela Corta Fantástica con la novela *La musa del dibujante no es una canción de blues*.

Eugenio también ha colaborado en diversos fanzines y plataformas literarias, dejando huella en el panorama de la narrativa breve. Para conocer más sobre su trabajo, puedes explorar sus publicaciones en Goodreads o Tercera Fundación.

NUESTRA COSECHA PARTE III

OSCAR GONZÁLEZ CRUZ

*...Ahora: la tercera y última parte de NUESTRA COSECHA.
¡La historia ganó un premio Watty (el concurso a la mejor novela
del año organizado por Wattpad)!
Muchas gracias por tu apoyo.*

23

—¡Bienvenidos! Gracias por atender el protocolo de descontaminación. Nos alegra contar con su visita. Favor de esperar.

La voz sonaba diferente a la de los portales de los edificios gubernamentales. Esta tenía un toque menos robótico, mucho más humano, tierno e infantil.

Aura y Roy se adentraron al vestíbulo de la compañía alimenticia Santos. Las cuatro paredes negras tenían diez metros de alto. Del techo colgaban una serie de candelabros dorados con luces amarillas simulando velas. Una alfombra roja marcaba el camino hasta un elevador en el centro de la extensa habitación. Las ventanas, decoradas con enormes vitrales góticos, emitían una luz artificial, simulando el brillo del sol, como si se tratase de una antigua catedral.

—Mmmm... Espero que su gusto en comida sea mucho mejor que en diseño de interiores.

Él no respondió. Miró su reloj de pulsera. El hábito comenzaba a adolecer los tendones de su cuello.

—Ya debería estar aquí —dijo, frotando la parte baja de su nuca.

—Siento que en cualquier momento tendremos que brincar tortugas y bolas de fuego.

Roy ahogó una carcajada, escupiendo un poco de saliva en el intento.

—Ahhh, ¿sí lo jugaste alguna vez? Ja, ja. Te veo más relajado. Felicidades.

—Al contrario. Estoy tan preocupado que ya me empieza a dar igual. ¿Tiene sentido eso?

—No. Pero si te ayuda está bien. ¿Crees que nos den a probar? Ojalá el recorrido incluya muestras gratis.

—¡Buenas noticias, señorita! ¡Sí las incluye!

Diego Santos entró desde el otro extremo del vestíbulo, con una copa en la mano derecha. Parecía traer el mismo abrigo negro de la noche anterior. Completaba el atuendo con pantuflas afelpadas del mismo color. Caminó hacía ellos con gracia y soltura. Era, quizá, el único ciudadano del sector 13 en portar una sonrisa de oreja a oreja.

Aura giró su cuerpo para darle la espalda al señor extraño, y susurró:

—Éste vio muchas películas de chiquito. Dime que no toda la gente con dinero es así.

Roy alzó las cejas, estiró la boca en un: "Solo los villanos", dicho entre dientes.

—¡Me alegra que nos acompañen! ¿Y el señor Claudio?

—Debe estar en camino. Me escribió por última vez hace veinte minutos. ¿Quiere que le marque? —Roy se apresuró a sacar el celular de su bolsillo.

—Oh, por favor, señor Ayala —exclamó Santos, al tiempo que entrelazaba los dedos de sus manos—. No sea tan amable. Hasta donde tengo entendido, usted será el nuevo jefe de sector. Bueno, eso dicen los rumores. Esto debe ser al revés. Somos nosotros los que tenemos que cuadrarnos con usted.

Roy asintió, algo apenado. El tipo tenía razón. Estaba a un mensaje de texto de Lah-Pow Deeh de convertirse en director del sector 13. "Quiero que te vayas acostumbrando a estas reuniones", había dicho Pancho. Nunca creyó que ocurriría tan pronto. Durante las últimas horas analizó su situación. Quiso creer que alguno de los otros miembros del gabinete eran mejores candidatos; no obstante, Aura tenía razón: los demás estaban muy quemados, incluso Claudio.

—No tuve oportunidad de presentarme, mucho gusto en conocerla a usted también, señorita. —Diego Santos estrechó la mano de Aura—. Estoy seguro de que ustedes dos harán grandes cosas. Nuestro sector se lo merece. Ya fue mucho de estas viejas momias. —Señaló su propio pecho con los pulgares—. Pancho, que en paz descansa, permitió que se hicieran muchas idioteces. Pero ustedes, los jóvenes, van a traer el cambio que necesitamos.

—Lo vamos a intentar —respondió Aura.

—¡Bienvenidos! Gracias por atender el protocolo de descontaminación. Nos alegra contar con su visita. Favor de esperar.

La voz de niña resonó de nuevo en el vestíbulo. La puerta a sus espaldas se abrió de par en par. Claudio y una oficial de Protección Civil ingresaron al recinto. Apenas pusieron un pie adentro, ambos desenfundaron su arma, apuntaron a la cabeza de Santos.

—Explícate, cabrón —gruñó Claudio. Su camiseta caqui estaba empapada de sudor a la altura del cuello. Las ojeras le nublaban el rostro—. Qué conveniente para ti, ¿verdad? El mundo se va a la mierda y solo tú tienes la solución.

¿Envenenaste la comida para que solo pudiéramos comer tus porquerías?

Roy se llevó ambas manos a la cabeza.

Aura se quedó pasmada.

Santos mantuvo la compostura.

—Señor Claudio Tema. Bienvenido a estas instalaciones. Con mucho gusto puedo contarle la historia de nuestra cosecha. Insisto en que deben verla. ¿Les parece bien si iniciamos el recorrido?

Claudio hizo una seña a su acompañante con la mano. La mujer atendió la indicación y apuntó la pistola en dirección a Roy.

—Perdóname, canijo —dijo el jefe de Protección Civil—. Pero entenderás que ahorita mismo desconfío hasta de mi sombra. —Prosiguió a catear al viejo, buscando cualquier indicio de amenaza entre los bolsillos de su abrigo.

La oficial hizo lo mismo con Roy y Aura. Sus movimientos bruscos recorrieron los overoles grises de ambos. Medía unos treinta centímetros más que Claudio. Parecía un gigante, un titán listo para atacar. Asintió con la cabeza al finalizar la inspección.

—Oye, cabrón —gritó Aura—. ¿Se te olvida que tuvimos que limpiar tus porquerías ayer?

Claudio chistó. Se llevó un dedo a los labios, exigiendo el silencio de Aura. Sus ojos ardían de ira.

—A ver, Santos. ¿Qué nos quieres mostrar? —Claudio presionó la punta de la pistola contra la espalda del hombre. Lo empujó levemente.

—Son tres niveles hacia abajo. Sugiero que vayamos en orden.
¿Les parece?

Y los cinco caminaron en dirección al elevador.

—Claudio, vamos a calmarnos, por favor —suplicó Roy.

—Carmona estuvo investigando a este idiota hace rato —respondió él—. Metió su nombre al sistema. Resulta que lo expulsaron del sector 4 hace veinte años.

—Sí, pero ¿y nosotros qué?

—Ya te dije. Solo estoy siendo precavido. Perdóname.

Roy se sintió un poco aliviado. Por lo menos expresó que lo sentía. Quizá no se volvería loco igual que en la noche anterior.

La plataforma circular emitió un pitido, anunciando el inicio del viaje. La luz de los candelabros los abandonó gradualmente. El ruido de las poleas reverberaba en el túnel de concreto. A medida que descendían, un olor extraño, como a tela quemada, penetró sus sentidos. Claudio inhaló hondo para descifrar el aroma.

—Son las calderas; están hasta abajo, en el último piso —explicó Santos—. No es tan malo una vez que te acostumbras. Aquí en el primer nivel está empaque y embarques. ¿Quieren ver?

Al abandonar la plataforma, un nuevo grupo de lámparas iluminó el primer nivel. Hasta donde alcanzaba la vista, el lugar estaba repleto de máquinas y brazos robóticos. El paisaje era una maraña de bandas transportadoras, poleas, engranajes y artefactos de acero inoxidable. Resultaba imposible identificar el fondo de la habitación. A diferencia del lúgubre vestíbulo de la planta alta, el cuarto de empaque era blanco en su totalidad. Rechinaba de limpio.

—Está vacío, por ahora. Pero como dije ayer: estamos a nada de iniciar el empaque de nuestra primera cosecha. Oh, y perdón por el frío; así debe ser en esta área. Estimado Roy, pueden muestrear lo que gusten. Me hace feliz contar con su apoyo en el... agh... —Santos hizo una mueca; la boca de la pistola le empezaba a incomodar las vértebras— ...en el control de calidad.

Roy no dejaba de pensar en el consejo que le había dado aquel hombre minutos atrás: "Usted es demasiado amable". Volteó el rostro hacia Claudio, y exclamó con voz firme:

—No podemos hacer nuestro trabajo con ella apuntándonos todo el tiempo. —Extrajo el contenido de su bolso: un par de hisopos y frascos de muestreo.

—Lidia, déjalos —solicitó Claudio.

Ella devolvió su armamento al cinturón.

Aura exhaló, aliviada.

—Son 66 líneas de empaque. —Los ojos de Santos brillaban de orgullo—. El equipamiento es idéntico en todas ellas. Se pueden adaptar según el tipo de materia prima suministrada desde abajo, desde el segundo nivel. Ésta, la que tenemos al frente, es la línea 66.

El lugar tomaba forma a medida que se acercaban a la maquinaria. Roy identificó una hilera de tolvas y contenedores, de aproximadamente diez metros de altura, en el extremo izquierdo del lugar. Caminó en esa dirección.

—Sí, señor Ayala. Ahí se recibirán las cosechas. Todas las líneas son paralelas. Y en realidad el proceso es muy sencillo. Los brazos mecánicos que ve a continuación ayudarán a pelar, picar, moler, machacar... En fin, lo que sea necesario según la cosecha. ¿Alguna vez visitó la planta Almeida? Tienen una

instalación muy similar para lo de su avena sintética. A mí nunca me convenció su sabor, pero bueno... —Santos suspiró.

—Aura, ¿me ayudas a muestrear otra línea?

La joven corrió hacia la línea 62, a unos veinte metros de distancia.

Pasaron los hisopos sobre diferentes superficies: zonas de contacto en los brazos mecánicos, bandejas de empaque, charolas.

—No es similar. Es exactamente igual —observó Claudio—. Estas máquinas son iguales a las de los Almeida.

—De hecho pertenecían a los Almeida. Se deshicieron de este equipo cuando aumentaron la velocidad de sus líneas. Eligieron desmontar una quinta parte de su área de producción para poder ampliar sus almacenes. Estaban a punto de llevarlas al deshuesadero, ¿pueden creerlo? Ja, ja. Me ofrecí a darles una segunda oportunidad; verán: soy alérgico al desperdicio.

—¿Hace cuánto que pasó eso? ¿Desde cuándo lo planeaste?

—Esto ya tiene tiempo, señor Tema. Empezó cuando Pancho y yo intentamos dar con una alternativa a la avena sintética, hace muchos años.

—¿Y por qué te expulsaron del sector 4?

—El sector 13 no es el único donde un solo grupo de gente monopolizó bienes y servicios. Pancho Almeida era un bruto para muchas cosas. Y no se vio muy bien al dejar que sus hermanos se hicieran cargo de la única empresa de alimentos que sobrevivió a la guerra. Pero su intención siempre fue diversificar la distribución de comida: que la gente tuviera más opciones. Por desgracia para mí, la gente del sector 4 no pensaba como él. Apenas propuse mi idea me expulsaron de inmediato.

Suerte que Pancho y yo nos conocíamos desde antes. Él me abrió las puertas, me cambió el nombre, me dio otra oportunidad...

—Te expulsaron solo por eso. Por contar tu idea. ¿Por qué?

—Porque sabían que funcionaría. —Santos recuperó la sonrisa—. ¿Terminaron? ¿Vamos al siguiente nivel?

—¡Roy! ¿Terminaste? —preguntó Claudio.

Roy volteó hacia ellos. Negó con la cabeza.

—Quiero traer a todo el equipo de Aura. Quiero revisar cada superficie.

—Está bien. Vuelvan al rato. Vamos abajo por ahora.

Caminaron de vuelta al elevador. Roy y Aura depositaron los frascos en sus bolsos, ante la mirada inquisitiva de Lidia.

El gesto amenazante de Claudio no cedía. Condujo a Santos a empujones hacia la plataforma.

El viejo presionó de nuevo el botón y, esta vez, en su descenso, la luz se volvió más intensa. Roy cerró los ojos; se llevó el brazo al rostro; por un momento creyó tener de frente al propio sol. El cambio de temperatura resultó agradable. Sintió que una brisa cálida recorría su piel. Recordó días de playa en el verano y tardes frescas en compañía de su madre. Abrió los ojos poco a poco, y las memorias del viejo mundo parecieron volverse realidad.

Los recibió un cielo azul: nubes blancas en el techo migrando hacia el este; una ventisca suave que mecía sus cabellos; un astro amarillo, imponente, completando la ilusión. El extenso campo verde, dividido en infinidad de secciones, rebosaba de vida y de esperanza.

—Es mi nivel favorito —dijo Santos.

El elevador se detuvo.

Roy se adelantó y caminó con prisa. Observó los pasillos que dividían las secciones de los campos. Tanteó la tierra con las manos. Por un momento quiso sacarse los zapatos, para sentir el pasto acariciando sus pies. Se paró de puntas, intentando averiguar qué había más allá, hasta la pared del fondo. Pero no había pared. El horizonte albergaba solo nubes y praderas: la estampa más bella que había visto desde hace mucho tiempo.

—De izquierda a derecha verán campos hidropónicos, jardines verticales, sembradíos de maíz, de leguminosas...

—¿Cómo hicieron eso? —interrumpió Claudio.

—Ah, no es nada. Proyecciones holográficas. Con replicar temperaturas y humedades idóneas nos bastaba, pero... nada se compara con esta vista, ¿verdad? Además, a los muchachos les hace bien trabajar así.

Y, apenas Santos terminó de pronunciar esa última frase, Roy hizo contacto visual con uno de ellos: toga blanca, labios secos, cabello largo hasta los hombros, bultos y cicatrices en los brazos. El muchacho tendría apenas unos doce años; su mirada, no del todo vacía, parecía lanzar un grito de odio. Sostenía un balde metálico en una mano, recolectaba fresas con la otra. Giró la cabeza y continuó en lo suyo.

—Roy, ¿cuántos son? —susurró Aura—. ¿Son todos niños?

Su compañera le alcanzó el paso y se adentraron juntos a aquel pasillo. Misma imagen en cada centímetro de la parcela: niños de todas las edades, cosechando juntos, con las sandalias llenas de tierra y las cicatrices habitando su piel.

La sensación de asfixia volvió. Roy buscó a Claudio con la mirada, respirando entre jadeos.

—¿Qué son estas chingaderas? —dijo el jefe de Protección Civil, con la pistola apuntando a la sien de Santos.

—Pancho me dio una segunda oportunidad. Yo estoy haciendo lo mismo por ellos.

—¿Exiliados?

—Y enfermos. Nada como un poco de actividad física para activar el sistema inmune.

—El exilio de niños fue hace más de veinte años, durante la Gran Purga. —Claudio también inhalaba y exhalaba de forma brusca—. ¿Son niños del desierto?

—Sin registros. Nunca han estado en el sistema —dijo Aura. Arqueó las cejas; se llevó la mano a la boca; sus ojos se nublaron.

—¿Cómo lo lograste? ¿Son especies naturales? No entiendo. —Roy caminó de vuelta hacia ellos, a un lado del elevador. La náusea regresó—. ¿Cómo pudiste sembrar cosas?

—Vamos al último nivel, ¿quieren? —invitó Santos, sereno.

Abordaron la plataforma. El viejo presionó el botón una vez más. Bajaron al tercer piso. La oscuridad volvió a invadir el túnel. El olor se hizo más penetrante. Roy puso una mano sobre su vientre, pues la peste agravó su malestar.

—Otra vez, perdón por el aroma. Véanlo así: es el olor de una nueva oportunidad. Una nueva oportunidad para el sector 13. Quizá una nueva oportunidad para el mundo. Oh, y la reacción ocurre mejor a oscuras. Solo tenemos que seguir las lucecitas del suelo.

Y eso hicieron. Descendieron del elevador. Caminaron entre dos hileras de diminutos puntos rojos. Las luces del pasillo apenas iluminaban a un par de metros a la redonda. El resto de la habitación estaba oculta entre las sombras.

—Fue una lástima que se desatara la guerra justo después de que la OTAN diera con su método de fusión nuclear, ¿verdad? —susurró Santos—. Es gracioso. Ja, ja. Parecemos primates intentando descifrar qué hacer con un acelerador de partículas. Nunca habíamos tenido tanta energía disponible a nuestro alcance. Pero, ¿qué hacer con ella? ¿Qué hacer si no tenemos recursos? ¿Qué hacer con este mundo marchito? En qué encrucijada nos metimos, ¿no creen? Bueno, me imagino que es el mismo problema que siempre tuvo la humanidad. En fin, llegamos. Aquí está mi formulación secreta. Nada del otro mundo. Solo es un buen fertilizante.

Lidia extrajo una lámpara de su cinturón. Removió de golpe el velo de sombras que bañaba a la fuente del hedor.

—Materia orgánica reutilizable. Natural. Con todos los nutrientes necesarios —explicó Diego Santos—. Como les dije antes: soy alérgico a los desperdicios. Quién diría que la Gran Purga nos daría esta segunda oportunidad, ¿verdad?

—¡Ahhh! —Aura giró su cuerpo en sentido contrario. Quiso correr de vuelta al elevador.

Roy vomitó de nuevo; manchó de un amarillo intenso el suelo entre sus pies.

Claudio apuntó su propia lámpara hacia el tanque gigantesco que tenían enfrente: cilíndrico, de unos treinta metros de alto; su pared de policarbonato dejaba entrever una masa homogénea, de color marrón, que burbujeaba emanando vapores desprendidos de la carne y de la sangre. A los costados del macabro recipiente se extendían finas mangueras y tuberías que redistribuían su contenido desde y hacia un conjunto de calderas y biorreactores.

Los celulares de Roy y Claudio vibraron con la alerta de un mensaje. Los dos se apresuraron a leer su contenido:

Junta urgente de gabinete en media hora. Anunciaré al nuevo director del sector 13.

Lah-Pow Dee.

24

—¿Cómo vas?

Ramón no contestó.

—¿Ramón? ¿Estás despierto?

Nadia soltó una mano de la rienda del caballo, giró ligeramente el torso y palpó la frente de su acompañante. Ardía. El joven iba aferrado a su espalda, con la cabeza recargada en su hombro. Un hilo de saliva le escurría de la barbilla. Ráfagas de viento, provenientes desde el sur, despeinaban el cabello de ambos. La fina tierra punzaba la piel. Los cien kilómetros de desierto que los separaban de la frontera del sector 13 se extendían por delante de ellos.

—¡Aún tenemos una hora de luz de día! —Farah y Melina se acercaron por el costado derecho a bordo de un caballo negro; la montura, del mismo color, iba equipada con un par de lanzallamas y dos costales de piedras—. ¿Segura que no quieres parar?

—No sé —respondió Nadia—, está muy caliente. ¿Cuánto crees que falte?

—Seis o siete horas —informó Melina, mientras jalaba las riendas del caballo. Portaba un machete en su cinturón. Eso y su habilidad como jinete completaban un aspecto férreo—. Podríamos cruzar el valle, sería más rápido por ahí, pero está lleno de coyotes. Nos llenarían de flechas antes de llegar a medio camino. Tenemos que rodear el cerro por la izquierda.

—No es seguro andar de noche, Nadia. Podemos buscar un buen lugar por aquí. Le seguimos en cuanto amanezca.

Nadia mordió su labio inferior. Clavó la vista en el cielo gris y el entramado de cañadas y colinas. Deseó espolear y atravesar el valle a toda velocidad, cruzar el desierto cuanto antes, buscar a su hijo en la comisaría para saber si estaba bien.

—Bueno... Mañana le seguimos.

Melina se adelantó y trazó una ruta perpendicular hacia un cúmulo de rocas que formaban una suerte de pared sobre la garganta de un barranco, a doscientos metros a lo lejos.

Nadia bajó la velocidad y les siguió por detrás.

—Vamos a parar tantito, Ramón —anunció.

Ramón permaneció en silencio. Su respiración agitada exhalaba un aire cálido.

Los dos caballos aminoraron la cadencia su trote, anduvieron lado a lado por los siguientes minutos.

—¿Te dijo algo? ¿Tu hijo también bebió el suero?

—Dijo que no alcanzó a ver. Solo se lo entregó a Claudio. Y él tampoco recuerda si bebió de los sueros que teníamos en la comisaría o de los que Claudio dejó ahí una vez que me fui.

—Y ese Claudio, ¿es el mismo que recuerdo? Lo mencionaste ayer, dijiste que te atrapó, pero no quise preguntar.

—Mi ex-esposo. Sí. Ahora es jefe de Protección Civil. Ayer estuvo confiscando la comida. Se llevaron todo, por si las dudas, no solo los lotes contaminados.

—¿Qué crees que pasó?

—Un amigo trabaja en la Academia. Dijo que toda la comida del 1 y 2 de diciembre estaba contaminada. La empresa siguió trabajando los días siguientes. Hasta donde supe estaban

teniendo problemas para identificar la causa de la infección. Pero —señaló a Melina—, si ustedes han comido de eso y no han tenido problemas, creo que el problema estuvo en el empaque de la comida.

—¿Y el suero?

—Alfonso también contaminó el suero o las botellas del suero. Eso creo. —Nadia mordió su labio inferior—. Claudio es un imbécil... y un acelerado. Pero quiero creer que sí le permitió a Alfonso hablar con Pancho. Quiero creer que sí les dio la cura.

—¡Ohhh! —indicó Melina al caballo, bajó de un salto y desenfundó su machete—. ¡Agáchense! ¡Abajo!

Nadia atendió la orden de inmediato; sostuvo el torso de Ramón y descendió de su caballo en un solo movimiento. Agachó la cabeza mientras acomodaba el torso de su colega sobre el lomo del animal.

—Ramón. ¡Hey! Te voy a bajar tantito. ¿Me oyes?

—¡Al suelo! —volvió a decir Melina, quien corría hacia el muro de rocas.

Nadia giró el rostro a todas direcciones... Mismo paraje vacío. Ni una sombra siguiéndoles el paso; no obstante, el silbido del aire arrastraba un susurro de peligro.

Su hermana se arrastró rápidamente en sentido contrario, con el pecho pegado al suelo. Nadia sostuvo el cuerpo del joven y se dispuso a bajarlo del lomo del caballo, pero fue vencida por su peso. Cayó de espaldas, con toda la humanidad de Ramón aplastando su vientre y sus rodillas. El chico soltó un quejido, sin mover un músculo. Nadia alzó el cuello, miró la carrera de Melina y comprendió el motivo de su embate, pues una flecha se estrelló contra el cuero de la montura, a escasos treinta

centímetros de su pierna. Los animales escaparon despavoridos. Más flechas se clavaron en el terreno árido. Y ella empujó con fuerza para librarse de la humanidad inerte de Ramón.

Farah llegó a su auxilio. Tomó al chico de los hombros y lo giró hacia la derecha.

Más flechas. Ninguna acertó a su objetivo.

Melina gritaba a la distancia, en un aullido de batalla.

Nadia y Farah sujetaron a Ramón de las cuatro extremidades, y se alejaron de la zona de impacto de los proyectiles, agachándose, con manos temblorosas y el sudor sobre sus frentes, sin mirar atrás.

—Necesita ayuda —dijo Nadia.

—Descuida, creo que solo es uno.

—¿Lo viste?

—No.

—¿Entonces?

—Si fueran más ya estaríamos muertas.

Permanecieron con la cabeza abajo por unos segundos que parecieron extenderse hasta el infinito.

Alzaron la vista poco a poco. Y las flechas cesaron.

Detuvieron la huída y dejaron a Ramón en el suelo. Aún a gatas, con las rodillas llenas de tierra, Farah gritó:

—¡Melina! ¿Estás bien?

—¡Todo está bien! —respondió la jinete arawak—. Salgan. Solo era uno.

Nadia miró el resultado de la breve pelea: seis flechas ancladas al suelo, en el área donde Ramón la había aplastado, y cuatro más cerca de las huellas dejadas por Melina.

—No le dio a los caballos, ¿verdad? —dijo ella; limpiaba su machete con la sección inferior de su pantalón.

—No, están bien. Se fueron, pero están bien. Va a ser un fastidio ir a buscarlos.

—No importa, creo que acabo de conseguirnos un auto. Vengan. Está del otro lado.

Melina rodeó la roca para verificar el estado del vehículo, caminó lentamente, soltando maldiciones en el camino.

Nadia y Farah volvieron a cargar a Ramón; esta vez lo depositaron al pie de la pared rocosa, a un costado del cadáver del atacante. Nadia observó el corte en la yugular. Sintió pena por él; lucía muy joven, de unos veinte años. "Un niño nacido en el desierto", pensó.

Farah alzó las cejas en señal de asombro al escuchar el rugido de un motor. Nadia suspiró, deseando no tener que acampar esa noche. Corrieron al encuentro con Melina. Ella verificaba las condiciones del vehículo: un cacharro oxidado de cuatro plazas, color gris, similar a los autos usados en el viejo mundo.

—Tiene gas suficiente. Es una patrulla de tránsito libre. Los demás coyotes no van a notar nada raro. Pero sugiero que no crucemos el valle. Hay que rodear el cerro y, por si las dudas —Melina abrió la guantera, extrajo una pistola de bengalas calibre 12; la depositó en la mano de Nadia—, ten, dispara esto. Les va a dar aviso de que hay una situación justo aquí. Nos los vamos a quitar de encima por el resto del camino.

Nadia asintió con la cabeza, guardó la pistola en el bolsillo. Ella y Farah volvieron por Ramón. Los quejidos del hombre se volvieron jadeos; entreabría los ojos, soltando lágrimas en medio de su delirio.

—Ya casi, Ramón. Va a ser más rápido. Lo estás haciendo muy bien, muchacho. Estoy orgullosa de ti. —Acarició su frente. La fiebre no cedía.

Ubicaron su cuerpo detrás del asiento del conductor. Las dos caminaron hacia el otro lado del automóvil y, antes de abordar, Nadia disparó la bengala. Un polvo amarillo tiñó una pequeña porción del cielo. Arrojó la pistola al suelo. Tomó asiento a un lado de su pupilo. Cerró la puerta, y Melina pisó el acelerador, dejando una nube de polvo tras de sí.

—Ya casi, muchacho. Ya casi. Gracias, Melina. Gracias por todo. —Nadia apretó el hombro de la conductora.

Melina no respondió. Se limitó a sonreír hacia el retrovisor. Sostenía el volante con la mano derecha; la otra se aferraba a su costado izquierdo, por debajo de sus costillas, intentando detener la hemorragia.

25

Roy Ayala, director del sector 13. El título resonaba en su mente. El movimiento de su pierna derecha no cesaba. Ahí, desde la silla principal de la sala de juntas, en la Embajada, el nuevo mundo parecía más hostil. No había trajes especiales que lo protegieran contra el ajustado presupuesto asignado por la Federación, ni tecnicismos rebuscados que lo ayudaran a explicar el bajo volumen extraído por las minas durante el último mes del año. Lo peor de todo, no tenía una explicación para el aumento de infectados, a 43 horas de que Protección Civil hubo confiscado todo el alimento.

El sudor de sus axilas comenzaba a empapar el overol gris. Se ajustó el cuello de la camisa; de pronto lo sintió sumamente ajustado. Quiso concentrarse en la maraña de papeles que tenía ante sí, sobre la mesa de concreto; pero un solo pensamiento nublaba su razón: todo se irá a la mierda.

Alzó la cabeza. Buscó la mirada de Aura entre los otros nueve miembros del gabinete. Resultó inútil. Ella hablaba por teléfono con la vista atenta a su computadora, dándole indicaciones a Esther sobre los siguientes pasos a seguir.

—Sí, mejor mándalos a todos a las plantas de tratamiento de agua... No... No solo a los de microbiología —dijo ella, con su cabello rojizo ondeando a tono con su incansable ímpetu—. Entonces deja que Pablo entrene al resto y luego los mandas a las plantas 6 y 7. Ni que fuera tan difícil... Pfff. Solo ponen excusas.

Roy recordó las palabras dichas por Aura el día anterior: "si te he dicho que lo que nos piden es imposible no significa que no voy a intentarlo contigo hasta el final". Hasta el final, repitió para sí mismo, en un susurro. Después observó al resto. Los demás discutían entre ellos desde hace un buen rato. A su izquierda, Riestra, el de Infraestructura, cuchicheaba con el de Minería y el de Energía. Los tres tenían aspectos similares: amplias barrigas a punto de reventar los botones de sus chaquetas negras, poblados bigotes y dientes podridos que soltaban carcajadas de vez en cuando; fueron los únicos en cuestionar su primera decisión como jefe de gobierno: destinar recursos de los otros departamentos a la Academia.

A la derecha de Roy, Soraya, la jefa del departamento de Salud, ajustaba la estrategia de distribución de medicamentos con Paulina, la jefa de Transportes.

—Solo fueron cuarenta unidades las que terminaron dándonos. Y Riestra puede habilitar el estadio como zona de atención a emergencias —dijo Soraya, ajustaba sus gafas compulsivamente mientras recibía actualizaciones de todos los hospitales en su celular—; pero me preocupa el espacio de estacionamiento, si nos das cuarenta más las voy a usar para trasladar pacientes.

Frente a él, al otro extremo de la mesa, Braulio Almeida, hijo y orgullo del nepotismo de Pancho, escuchaba un extenso discurso a cargo de Carmen, la coordinadora de Control Tributario. El chico bostezó con cinismo. Seguramente el cargo de jefe del Departamento de Alimentación no era tan divertido como su familia le hizo creer. Tenía la cabeza recargada sobre su mano izquierda. Rascó su barba en un par de ocasiones. Carmen

se esforzaba en hacerle entender la magnitud del desabasto. Braulio dijo:

—Se supone que lo de Santos está limpio, ¿no? Solo hay que esperar a que el tipo termine de cosechar.

—Sí, pero si Aura y Claudio encuentran contaminación en las plantas de tratamiento, esto se va a poner muy mal. ¿De dónde crees que Santos obtiene su agua? Tenemos que rehabilitar la planta Almeida cuanto antes...

—Una vez leí que se puede vivir hasta dos meses sin probar alimento. A los de Infraestructura no les vendría mal. Ja, ja, ja.

Carmen se dio por vencida, extendió los brazos al aire. Negó con la cabeza, con los ojos cerrados.

Durante las extensas horas que había durado la reunión con Lah-Pow Deeh, Roy sintió la necesidad de gritarle a todos el origen de la cosecha de Santos. La imagen del tanque, en el último nivel, lo acompañaba a cada segundo. El aroma a carne y sangre hecha fertilizante estaba impregnado en su piel.

Tras anunciarlo como sucesor de Pancho, la presidenta de la Federación le exigió un plan para identificar de una buena vez el origen de la infección y, sobre todo, para atrapar cuanto antes a las culpables. Sin embargo, no había rastro de las Toussaint.

Carmona y Claudio hablaban en voz baja, al fondo del recinto, junto a la puerta de entrada. Roy se levantó de su asiento. Caminó hacia ellos. Recordó las palabras de Santos: "usted es demasiado amable".

—Necesito que interroguen a ese loco —susurró—. Llévenselo a la comisaría y auditen su planta de plásticos. Como dice Claudio: es mucha coincidencia que su cosecha

estuviera lista justo después de la contaminación en la planta de alimentos.

—Aura dice que los plásticos están limpios —se apresuró a aclarar Carmona; sus labios secos y sus ojos hundidos exponían una severa deshidratación—. Su equipo no encuentra nada. Yo creo que esto es cosa del agua.

—Santos es uno de los proveedores más grandes de empaques. Suministran a los Almeida y a las embotelladoras de suero. ¿No creen que tuvo algo que ver?

Claudio meditaba la situación en silencio, pellizcando su labio inferior con los dedos. Sus ojeras casi le llegaban a los pómulos; parecía un fantasma, un espectro al cual nunca le avisaron que ya estaba muerto.

—Además está lo de las calderas... —Roy pasó la palma de su mano por su frente—. ¿Lah-Pow Deeh sabrá de eso? ¿Pancho y Santos habrán hablado con ella? Y lo de los niños...

Carmona llevó su dedo índice a sus labios. Miró de reojo al resto del gabinete.

—Shhh.

Roy arqueó las cejas.

—Cabrón, tengo hambre —susurró el viejo—. Eso es un tema aparte. Mejor ni le muevas por ahora.

Exhalaron al mismo tiempo.

—Claudio; Andrea me contó ayer que un tal Alfonso Casas quería hablar con Pancho —dijo Roy, su vista pendulaba entre ambos hombres—. ¿Qué les contó? ¿También hablaste con él, Carmona?

Los dos se miraron entre ellos, sin decir una palabra.

—Necesito saber qué les dijo —insistió el nuevo jefe del sector 13.

Claudio meneó la cabeza. Se rascó el cuello, buscando una excusa para prolongar su silencio. Finalmente explicó:

—Quería negociar... al principio. Estaba pidiendo cosas ridículas. Le saqué la verdad en pocos minutos.

—¿Negociar? ¿Negociar qué?

—Al principio dijo que tenía una cura para todo esto. Después...

—¿Qué?! ¿Una cura? ¿Y qué pasó?

—Ya te dije. El imbécil confesó al poco rato. No hay cura. Dijo que era una bacteria normal.

—¿¡Normal!? —Aura se levantó de su asiento también. Caminó hacia ellos—. ¿Qué tiene todo esto de normal? ¿Por qué no nos dijiste eso antes?

—Porque Alfonso estaba mintiendo —insistió Claudio, alzando también el volumen de su voz—. Créanme, ese tipo no va mentir otra vez en su vida. Me dijo todo. Solo debo...

Una alerta vibró en el celular de Claudio. Lo sacó de inmediato. Sus ojos se irritaron en desesperación; parecía que las lágrimas estaban a punto de escurrir por sus mejillas.

—Carajo. Carajo. Carajo —repetía una y otra vez el jefe de Protección Civil, al tiempo que abandonaba la sala de juntas—. ¡Toque de queda, Roy! Pongan el anuncio en los altavoces. Quiero a toda la gente dentro de sus casas. Vieron a las Toussaint. ¡Las vieron en el municipio IX!

26

Las pantallas holográficas de todos los edificios mostraban el mismo mensaje: *Rogelio Ayala. Nuevo director. El sector 13 va a progresar.* El texto iba acompañado de una fotografía de Roy, con el edificio de la Embajada en el fondo. Nadia se habría alegrado de la noticia, pero algo más urgente la apremiaba.

—Oye... Está perdiendo mucha sangre. Déjanos aquí.
—Farah, desde el asiento del copiloto, hacía lo posible por hacer presión sobre la herida de Melina.

—Las van a encontrar si las dejo aquí en la calle —respondió Nadia, con las manos en el volante y la vista bailando entre los espejos laterales y el retrovisor—. Pronto van a dar toque de queda. Me voy a orillar cerca del hospital, puede que...

—¡Nooo! —Melina pateó el asiento del conductor—. Vamos por tu muchacho. A eso vinimos. Además, dijiste que ahí hay enfermería, ¿no?

—¿Nadia? —Farah estiró su brazo para palpar el pulso de Ramón, continuó en voz baja—: Oye. No respira. No tiene pulso.

Nadia se llevó una mano a la boca para reprimir el llanto. Giró la cabeza hacia el asiento trasero.

—¿Ramón? ¡Hey! ¡Campeón! Ya casi llegamos. Vamos a encontrar una cura y...

Inhaló hondo. Dejó que las lágrimas humedecieran su rostro. Aceleró un poco más. Cruzó por debajo del puente que separaba la zona industrial, en el municipio IX, de la capital del

sector 13, en el municipio I. La noche se iluminaba parcialmente con las lámparas viales y los carteles de neón en las edificaciones junto a las avenidas. Los demás ciudadanos volvían ya a sus hogares, poblando el asfalto de incontables vehículos. Para evitar llamar la atención, al llegar al municipio IX, los cuatro habían abandonado el auto del coyote. Robaron un camión en una de las plantas embotelladoras de sueros. El lugar estaba vacío cuando consumaron el atraco. Seis llantas. Doble cabina. Una caja con capacidad de veinte toneladas. Nadia removió el localizador satelital al momento de abordar. No obstante, las alarmas de la embotelladora sonaron una vez que el camión cruzó el estacionamiento.

Nadia miró por centésima vez al retrovisor. No les seguían la pista, por ahora. Solo autobuses y automóviles privados alrededor de ellas. Entonces, todas las pantallas holográficas se apagaron al mismo tiempo. La oscuridad cubrió la avenida. Solo las tenues lámparas viales permanecieron encendidas. Nadia y Farah se miraron entre sí.

Y la luz citadina volvió. Las paredes recobraron su brillo nocturno, esta vez proyectando la fotografía de las dos hermanas, pidiendo a la ciudadanía su cooperación para identificarlas.

Farah se encogió de hombros. Se deslizó sobre el asiento hasta que su cabeza quedó parcialmente oculta por la puerta del camión.

Nadia mantuvo la vista al frente. Alzó el mentón, como si la inclinación de su rostro despistara a algún curioso dispuesto a dar con las fugitivas.

Los megáfonos del sector 13 anunciaron:

—Atención a toda la ciudadanía. Todas las labores quedan suspendidas hasta nuevo aviso. Favor de regresar lo más pronto posible a sus domicilios. El toque de queda entrará en vigor a partir de las 22 horas. Si tiene información sobre el paradero de Andrea Gómez y Farah Toussaint, contacte a la línea de emergencia de inmediato al 442-333-9985. Atención a toda la ciudadanía. Todas las...

—Necesito un celular. Necesito hablar con Roy.

—¿Qué tan lejos está la comisaría?

—Falta poco, pero si le digo a él lo de la cura va a entender nuestra situación.

—Lo de la cura no es seguro... Digo... Eso es lo que recuerdo que decía Alfonso pero...

Farah se detuvo al notar cómo la esperanza abandonaba a Nadia por completo.

—Sin trajes anti-radiación llamamos mucho la atención... Nadia... Déjanos aquí. Solo ella y yo somos exiliadas. Quizá sin nosotras te irá mejor.

—La que hizo el desmadre de la mina fui yo —respondió ella.

—Sí, pero...

—No. No. No. No. —Nadia se asomó a su lado izquierdo, hacia un vehículo pequeño, color blanco, que las alcanzaba por la izquierda. En su interior, un hombre tecleaba números en la consola central, con los ojos desorbitados y las manos temblorosas. El sujeto agachaba la cabeza para observarlas mejor. Nadia intentó leer sus labios detrás de aquel visor empañado. Algo así como "sí, las estoy viendo justo ahora", salió de la boca del ciudadano. Las estaba denunciando.

Sin salida. Nadia intentó evaluar sus opciones, como para darse ánimos a sí misma. No las había. Ningún oficial tendría la paciencia de escucharlas. Pisó el acelerador. Rebasó al auto del soplón por la derecha. Siguió su curso rumbo a la comisaría, aferrada a la única idea que le daba un poco de consuelo: quizá Alfonso ya les había dado la cura; quizá el sector 13 ya estaba a salvo; solo debía sentarse a hablar con Roy y con Claudio y con Carmona. Juntos habrían de continuar la investigación acerca de los empaques. Pensó en los siguientes pasos: una revisión exhaustiva de todos los proveedores de plástico; una revisión de todas sus cámaras de seguridad, y también de los Almeida; una plática seria sobre el desierto, sobre los arawaks, los coyotes y el tráfico de litio y comida.

Un disparo interrumpió sus pensamientos; resonó en la cabina, seguido de un grito desesperado.

—¡Melina! ¡No! ¡Melina!

Melina no respondió. El balazo atravesó la ventana y asestó en su sien. La cabeza cayó sobre el regazo estático de Ramón.

Un nuevo proyectil despedazó el espejo lateral derecho. Por el izquierdo se divisaban tres tanquetas caqui, dispuestas a detenerlas a cualquier costo.

El acueducto colonial, una de las pocas estructuras sobrevivientes a la guerra, se distinguía ya al frente. La comisaría estaba cerca. Nadia aceleró una vez más. Se cambió al carril izquierdo. Hizo sonar el claxon en múltiples ocasiones. Los vehículos civiles se orillaban, frenaban, tomaban las desviaciones laterales.

Farah mantenía la cabeza abajo, entre sus rodillas.

Sin salida, repitió Nadia en su mente. El carril izquierdo estaba ahora despejado. Los coches de adelante también cambiaron de curso al escuchar el estruendo de las balas.

Una nueva ojeada al retrovisor. Las tres tanquetas seguían ahí.
—¡Siéntate bien! ¡Farah! Siéntate bien, agárrate.

Su hermana enderezó el torso. Pegó la nuca al respaldo. Se sostuvo de los costados del asiento.

Y Nadia frenó de golpe. Los cuerpos de ambas fueron impulsados hacia el frente, sostenidos por los cinturones de seguridad. El chirrido de las llantas haciendo fricción con el asfalto desgarró sus oídos. El olor a caucho quemado invadió el ambiente. Luego vino el impacto trasero. La inercia devolvió sus espaldas al respaldo de los asientos. Un segundo golpe, más leve que el anterior, confirmó la breve victoria.

Descendieron del camión de la embotelladora.

Nadia se desplomó en el pavimento, llevó su mano a la espalda baja. Un dolor punzante se extendió hasta su pierna.

Farah corrió hacia la parte trasera del vehículo.

—¡Ahhh! —se escuchó el grito de su hermana a los cuatro vientos—. ¡Cabrones!

Con una mano aún en su espalda, Nadia se incorporó poco a poco; usó la otra para sujetarse de la caja del camión. Mientras se impulsaba, un par de balazos estallaron tras ella. Cojeó hacia el origen de los estallidos, esperando lo peor, lista para rendirse. Caminó con la vista abajo, temerosa de la imagen que se revelaría ante sí.

—Rápido, date la vuelta por el otro lado —le indicó Farah, sosteniendo una glock de 9 milímetros—. Usemos el auto de allá.

Su hermana guardó la pistola en su pantalón y señaló a un sedán abandonado a un costado de la avenida. El propietario, al igual que muchos otros ciudadanos, huían despavoridos, a pie.

Nadia alzó la vista hacia la tanqueta siniestrada. Conductor y pasajero yacían sin vida, recostados sobre el tablero del vehículo. A pesar del peligro inminente, caminó hacia ellos. Se asomó por la ventana lateral. El cadáver de Claudio estaba recargado sobre el volante, con los ojos muy abiertos, y un hilo de sangre empapando el asiento.

Se acercó a su ex-esposo. Palpó su cuello. No había nada. Deseo que siguiera con vida. Deseo que volviera a respirar solo para poder hablar con él una última vez: para preguntarle sobre el estado de su hijo; para contarle sobre lo que vio en el desierto, sobre la gente comiendo desde la cisterna del camión y sobre su hipótesis de los empaques contaminados. Deseo que Claudio pudiera escuchar sus reclamos. Quiso gritarle en la cara por incriminar a ella y a su hermana, por tomar la salida fácil y señalarla como culpable, solo para salvar su pellejo, para quedar bien con Pancho y con Lah-Pow Dee. Pero sobre todo, quiso decirle lo mucho que lo odiaba por robarle tantos años de vida, por amargarle todos sus recuerdos del viejo mundo, por hacer que el cielo azul de sus memorias fuera incluso más atemorizante que las densas nubes que cubrían ahora al sol.

Palpó el cuello de nuevo. Nada.

Volvió al encuentro con su hermana.

Abordaron el automóvil.

Farah condujo en esta ocasión. El reflejo de sus fotografías se proyectaba en el parabrisas. El escándalo de las sirenas

de Protección Civil, amenazando desde todas direcciones, resultaba ensordecedor.

—A la derecha, aquí —señaló Nadia, una vez que se encontraron al pie del acueducto.

Los arcos de la estructura se alzaban a treinta metros por arriba del nivel del suelo. El ladrillo rojo contrastaba con el gris opaco de las estructuras de alrededor. En cada columna de la construcción se desplegaban más señales de alerta, invitando a la ciudadanía a compartir información sobre ellas.

—Ya cabrones, ya. Ya estamos aquí... —susurró Farah.

—Es ahí. A la derecha.

—Ya aquí me tienen...

—Farah, frena...

—Ya aquí estoy...

El rugido del acelerador no cesaba.

La comisaría se encontraba a escasos metros de distancia. El cubo de concreto, de cinco pisos, estaba rodeado de tanquetas de Protección Civil y de vehículos del departamento de Investigaciones. A diferencia de las unidades habitacionales, que compartían una estructura similar, la comisaría no estaba sostenida sobre columnas de acero. La entrada estaba a ras de piso.

—¡Farah!

Su hermana la ignoró. Dio un volantazo y condujo sobre la acera. La maniobra tomó a los oficiales por sorpresa. Algunos abordaron sus vehículos, otros corrieron para ponerse a salvo, pues Farah se estrelló a toda velocidad contra el portal de descontaminación, atravesando hasta el vestíbulo de la comisaría. El vendaval de láminas y cristales rotos bañó el

parabrisas. Se activó una alarma junto con una luz roja que parpadeaba cada dos segundos. Nadia se colgó de la agarradera. Levantó el torso levemente para aminorar el impacto sobre sus lumbares. Cerró los ojos hasta que el automóvil se detuvo. Al abrirlos notó que, a diez metros desde su posición, Leonor Almeida miraba la escena, atónita, encerrada en su celda. Y en la celda contigua yacía el cuerpo desmadejado de Alfonso Casas, rodeado de un charco rojo intenso, en posición fetal, abrazando sus rodillas.

Bajaron del automóvil. Cruzaron el vestíbulo hasta las rejas y sus prisioneros.

Alfonso alzó la cabeza, despistado por el escándalo. Abrió la boca, como queriendo gritar algo, pero no emitía sonido alguno. Su boca no tenía ya piezas dentales. Los párpados inflamados cubrían casi la totalidad de sus pupilas. Un carmesí profundo cubría cada centímetro de su rostro.

—Fa... ¿Fadah?... ¿Edtád bien? —intentó decir Alfonso, entre jadeos—. No entiendo... ¿cómo?... ¿Edtoy muedto?

Nadia se adelantó. Se arrodilló junto a los barrotes. Lanzó la pregunta:

—Alfonso, ¿dónde está? ¿Cuál es la cura?

Sintió una punzada en su costado izquierdo. Nadia bajó la mirada y vio la punta de la 9 milímetros presionando contra su chaqueta.

—Aquí está tu cura, cabrona —dijo Farah, con sus grandes ojos incendiados en el rojo de la alarma. Jaló el gatillo con la mano derecha, guardó la pistola en su bolsillo y levantó el dedo de en medio.

Nadia cayó al suelo justo después del estallido.

Y el sonido del exterior disminuyó gradualmente. Con la vista apuntando al techo, alcanzó a escuchar a Alfonso y a Farah hablando entre ellos, escuchó también las sirenas de las tanquetas y más disparos a su alrededor. Pero ya nada importaba. Sin salida, pensó Nadia, luego solo hubo oscuridad.

27

—Atención a toda la ciudadanía, este es un mensaje especial desde la jefatura de sector. Ciudadanas, ciudadanos: les habla Roy Ayala, el nuevo director del sector 13. Asumí este puesto con la firme intención de dar una pronta solución a esta crisis sin precedentes. Antes que nada, quiero agradecer el apoyo brindado a los oficiales de Protección Civil. El operativo ha fluido sin contratiempos y me permito informarles que proseguiremos a destruir todo el alimento confiscado. De igual manera, la planta Almeida seguirá clausurada hasta nuevo aviso. Esto es una medida adicional para garantizar la seguridad de cada persona dentro del sector 13. Quiero dejar algo muy claro desde este momento: a diferencia del régimen anterior, mi intención como director de sector es mantener una comunicación cercana y transparente con toda la ciudadanía. Y eso incluye también las malas noticias: hace breves minutos las terroristas identificadas como Andrea Gómez y Farah Toussaint irrumpieron en la comisaría de la Unidad de Investigaciones, liberando a los detenidos implicados en la contaminación de alimentos, y asesinando a sangre fría a seis oficiales, incluido nuestro jefe de Protección Civil. Claudio Tema será recordado por siempre como un ciudadano ejemplar, un líder nato, con una carrera intachable, y un pilar indispensable durante la construcción del nuevo mundo. La jefatura de Protección Civil quedará ahora a cargo de Lidia Camacho: oficial con más de diez años de experiencia, quien

no descansará hasta atrapar a las responsables de los atentados. A ellas les advierto lo siguiente: No hay a dónde escapar, no tienen salida. Cada ciudadano del sector 13 está unido en un sólo propósito: encontrar y castigar a Andrea Gómez y Farah Toussaint. En cuanto al alimento... Tengo buenas noticias, mi gabinete ha desarrollado una eficiente metodología que nos permitirá re-abastecer a nuestro querido sector a la brevedad posible. Me enorgullece informarles que se trata del primer método de cultivo orgánico del nuevo mundo: una maravilla tecnológica que no habría sido posible sin el apoyo y la visión del empresario Diego Santos. Ciudadanas, ciudadanos: nuestra cosecha se distribuirá de forma gratuita en un lapso de seis días. Los mantendremos informados de la logística para su entrega. Mientras tanto, Protección Civil seguirá distribuyendo sueros proteicos diariamente. Una vez más, gracias por su cooperación, gracias por resistir, por cerrar filas y demostrar que nada ni nadie será capaz de quebrar la voluntad del sector 13. Ciudadanas, ciudadanos: se los prometo, el sector 13 va a progresar.

Roy presionó el botón para detener la transmisión. La luz roja en el techo se apagó. La cabina de medios, en el edificio de la Embajada, volvió a las tinieblas.

—¿Estás bien, jefe? —Aura, sentada al lado de él, masajeó su hombro derecho. Solo ella lo acompañaba en aquella habitación.

Él no respondió. Sus manos temblaban. Apretó los labios, con la vista fija en la consola de transmisión. La maraña de cables frente a ellos pareció adquirir un aspecto distinto. Inevitablemente, en la mente de Roy, todo adoptaba la forma

del pútrido tanque y las infames calderas de las instalaciones de Santos, en el tercer nivel.

—Lah-Pow Deeh me escribió hace rato —dijo por fin—. Quiere una proyección de los siguientes veinte meses de producción, asumiendo que a la planta de Santos se le añaden cincuenta líneas de empaque más. Quiere que Riestra y yo planeemos una reestructuración de la planta Almeida. Quiere que apliquemos ahí el modelo de Santos. Ni siquiera sé si tenemos la gente necesaria para algo así.

—Pues... en el modelo de Santos, la gente no es un problema... ¿verdad? —Aura mordió su pulgar, un tanto arrepentida por decir aquello, con nada más que empatía en su rostro.

Se miraron mutuamente. No dijeron más, pero sus ojos transmitían lo mismo: angustia, miedo, pánico, y un deseo incontenible de tirar la toalla, de abandonar la Embajada, de ir juntos al departamento de Aura, portar camisetas lila, tirarse en la cama y descansar del viejo mundo, de la paranoia y de la intriga.

"Trabajo es trabajo", repetía Roy en su mente. "Vas y lo haces, solo vas y lo haces". "No hay excusas". "Cárcel o exilio si todo falla".

Entonces Aura se prendió de sus labios en un beso urgente, desesperado y muy necesario. El tacto suave le hizo olvidarlo todo. Sus dedos se entrelazaron por debajo de la mesa durante un segundo, luego ella se soltó para desabrochar el overol gris de Roy. Las manos lo recorrían de arriba abajo, palpando su cuerpo, tenso desde hace infinidad de horas.

Él abrió los ojos, solo por un instante, para apreciar la marea roja del cabello de su colega, para ahogarse en el alegre vaivén carmesí.

Aura. Sus movimientos ágiles exploraban sin recato, por encima de los muslos, por debajo del ombligo, sobre el relieve inscrito entre las caderas. El roce encontró su destino final. Se quedó ahí durante varios minutos, en un jugueteo constante. Y aunque el aroma y el tacto brindaban paz a los pulmones de Roy, nada ocurrió.

—Perdón... Perdóname... No sé qué pasa —dijo él. Se despegó del beso, rojo de la vergüenza, con las visiones de la macabra cosecha otra vez en su cabeza, con la voz de Lah-Pow-Deeh taladrando su consciencia, con el recuerdo de Nadia y Farah punzando sus entrañas.

Aura se acercó aún más. Se fundió con él en un fuerte abrazo. Sujetó su rostro con ambas manos. Besó su mejilla con ternura. Dijo:

—Está bien, Roy. No te preocupes. Después, ¿quizá?

Y, todavía entre sus brazos, Roy sacó el celular para revisar un nuevo mensaje de texto:

Nuevo plan con la proyección de los siguientes meses. Asuman un incremento del 3% en el impuesto otorgado a la Federación.

Lah-Pow Deeh.

28

—... *Falta poco, nuestra cosecha ya viene. Amiga ciudadana, amigo ciudadano: falta poco, gracias por atender el toque de queda; si usted o su familia presenta síntomas, no salga de casa, marque al número 442-333-9985 y un vehículo de Protección Civil hará lo posible por trasladarlo al centro de salud más cercano. Falta poco, nuestra cosecha ya viene. Amiga ciudadana, amigo ciudadano...*

La voz de Roy inundaba el ambiente.

Nadia despertó poco a poco. El cúmulo de lagañas nubló su visión. Se talló los párpados, con el torso inmóvil. El foco amarillo encandiló sus ojos. Intentó levantarse de la cama, pero la punzada en el costado izquierdo la obligó a recostarse de nuevo.

—¡Ahhhh!

El aullido fue inevitable. Todos los músculos de su abdomen estaban adoloridos. Se levantó la blusa aún manchada de sangre, y notó que toda su cintura estaba vendada.

Segundo intento: giró el cuerpo sobre su hombro derecho; se impulsó con las dos manos. Ya de pie, le echó un vistazo a la diminuta habitación: paredes negras con revestimiento de plomo, la cama solitaria al centro, ni un solo mueble alrededor. ¿Prisión?, pensó Nadia. Desechó la idea de inmediato, pues la puerta metálica estaba entreabierta.

Trastabilló hasta la entrada, jaló aire y caminó por el pasillo sombrío, con la voz de Roy aumentando de volumen a cada paso que daba.

—... Falta poco, nuestra cosecha ya viene —repetía el mensaje desde el sistema de radio.

Treinta metros después, dobló a la derecha y se encontró con Leonor Almeida, sentada frente a una mesa caoba, comiendo avena plácidamente. Un vendaje cubría por completo su cráneo. Se le veía en mejor estado, aunque, de igual manera, las manchas de sangre en su ropa seguían ahí.

Nadia se llevó la mano al cinturón de inmediato, pero estaba desarmada. Quiso gritar. Sintió que el corazón se le salía del pecho. Luego notó que Raquel, la de Servicios Médicos de la comisaría, ocupaba un segundo asiento junto a Leonor. Al parecer la tercera silla estaba reservada para ella.

—Siéntate. —Leonor extendió ambas manos. Bajó el volumen al pequeño sistema de radio que tenía al lado—. ¿Quieres avena?

Respiración agitada. Esa fue toda la respuesta.

Raquel atacaba su plato rápidamente, sin levantar la mirada.

Nadia se acercó despacio, analizando la habitación. Era una copia casi exacta de la anterior: paredes negras, la mesa al centro; sin embargo, varios contenedores de alimentos y una pila de fajos de billetes cubrían una de las cuatro paredes.

—Es el búnker que usó mi familia durante la guerra. Elegante, ¿verdad? —Leonor giró los ojos; soltó una sonrisa que remarcó las arrugas de sus ojos—. Oh, y no te preocupes; esos lotes son de antes del 1 de diciembre. Hemos comido de ahí desde hace una semana. Y hasta ahora estamos bien.

Nadia permaneció de pie, sosteniéndose del respaldo de la silla. Tuvo miedo de conocer la respuesta, pero preguntó:

—Mi hijo. Raquel, ¿viste a mi hijo?

Raquel por fin levantó la mirada. Negó con la cabeza, sus ojos estaban inflamados, enrojecidos, cansados de tanto llorar.

—¿Estaba infectado? ¡Raquel!

Ella asintió, soltando una lágrima.

—Hice lo mejor que pude, se lo juro —exclamó Raquel entre sollozos.

Nadia se desplomó en la silla, llevándose las manos al rostro.

—Anda, mujer, come algo. Yo te sirvo. —Leonor se levantó de inmediato y extrajo un paquete de avena sintética del contenedor. Abrió la lata sin mucha prisa. Deposito el contenido en un plato; lo colocó frente a Nadia.

Nadia tomó la cuchara que reposaba sobre la mesa y comió en silencio, con las lágrimas cayendo sobre su plato.

—Siento mucho lo de tu hijo —exclamó Leonor mientras volvía a su silla.

Silencio.

Recordó las últimas palabras que le dijo a su pequeño. Nunca se despidió de él. Solo avisó que llegaría más tarde del trabajo. Eso fue todo.

Clavó la mirada otra vez en Raquel.

—¡¿Y la ayudaste a escapar?! —Nadia estalló en ira.

—No. No. No. No la juzgues, por favor. Fue mi culpa —interrumpió Leonor—. Aunque, con los bajos sueldos que da el gobierno no fue tan difícil convencerla. Le ofrecí el trato en cuanto la dejaste ingresar a mi celda. Gracias por eso, por cierto.

Sentí que debía devolverte el favor. Un oficial de Protección Civil nos ayudó. Van a jubilarse pronto, ¿verdad Raquel?

Raquel no dijo nada.

—Aprovechamos el desastre que tú y tu hermana hicieron para poder escapar.

Nadia dejó de masticar. Alzó la cabeza al escuchar esa última oración. Los ojos casi se le salían de las cuencas.

—Meh. No te preocupes —explicó Leonor—, no me sirve de nada esa información. Creo que es mucho peor ser terrorista que migrante exiliada, ¿no? Escuché muchas cosas mientras estuve ahí encerrada. Claudio es muy ruidoso. Y tú —le apuntó con la cuchara—, se ve que tú necesitas respuestas... y necesitas venganza... Yo también, de hecho. ¿Empiezas a hablar tú o yo?

No hubo respuesta.

—Está bien, empiezo yo... Mis hermanos y yo le dijimos a Claudio toda la verdad. Encontramos comida infectada desde el 28 de noviembre. Pero nuestro laboratorio no logró identificar a la supuesta bacteria. Retuvimos los lotes contaminados. Le informamos a Pancho. Enviamos las muestras a los de microbiología, en la Academia. Y ellos dijeron lo mismo, que no había nada. Lavamos todo. Desinfectamos cada superficie. Revisamos a detalle toda la planta. Y Pancho nos pidió reanudar la operación. Seguimos el protocolo paso a paso. Tiramos a la basura toda la producción de aquel turno, solo por si acaso. Reanudamos la producción al siguiente día. Enviamos muestras de los nuevos lotes a la Academia para confirmar que estaban limpios... Y otra vez, no encontraron nada. Asumimos que estaban en buen estado. Seguimos trabajando. Fue hasta hace seis días, cuando ustedes destruyeron la comisaría, cuando

Raquel y yo escapamos, cuando Roy dio el anuncio de la alianza con Diego Santos... Fue hasta ese momento en que todo tuvo sentido en mi cabeza. Oh, no sabes quién es, ¿verdad? —Leonor frunció el ceño—. Santos es uno de nuestros proveedores de empaques. Todo ese asunto de nuestra cosecha es gracias a él. Resulta que su empresa de alimentos secreta será el nuevo proveedor oficial. Aquí encerrada no puedo hacer mucho. Pero sé que fue él, con un poco de la ayuda de tu hermana y del tal Alfonso Casas, claro; ellos dos hicieron el trabajo sucio. Pero sé que Santos está detrás de esto. Fue su forma de sacarnos de la jugada. ¿Cómo dicen ustedes en Investigaciones? ¿Tienen prohibido creer en coincidencias?

—¿Dijiste planta secreta? Necesito un teléfono. —Nadia se levantó de la silla de golpe.

—¿Quién te queda? ¿Carmona? ¿Roy? Todos son iguales. Nadie juega limpio. Entendí que lo que Claudio nos hizo a ti y a mí fue solo para señalar a un culpable, para lavarse las manos lo más pronto posible. Apuesto a que Pancho y Santos trabajaban juntos desde hace tiempo... Todo sigue marchando de acuerdo a su plan.

—Necesito saber dónde está ese tal Santos.

—No se diga más. —Leonor extrajo un papel de su bolsillo. Lo colocó al centro de la mesa—. Le pedí ese último favor al oficial que nos trajo hasta acá. Son las coordenadas de la planta de Santos.

Nadia tomó el papel de inmediato.

—Oh, y puede que también necesites esto. —Leonor le lanzó las llaves de un auto, luego extrajo una 9 milímetros de su otro bolsillo. Deslizó el arma sobre la mesa.

La detective guardó la pistola en su pantalón, con las cejas aún arqueadas.

—¿Por qué me miras así? Ya te dije: yo también quiero venganza. —La anciana masajeó su nuca, con una mueca de dolor—. Pero ya no estoy para esos trotes.

Nadia caminó hacia la puerta de salida.

—Y ten cuidado. Tu hermana está fuera de control. Acabó con Alfonso antes de abandonar la comisaría.

29

—Lidia, cancela lo que dije hace media hora —solicitó Roy, desde la cabecera de la sala de juntas—. Quiero absolutamente a todas tus tanquetas disponibles para mañana. Suspenderemos el traslado de pacientes.

Los demás miembros del gabinete interrumpieron las discusiones que sostenían. Intercambiaron miradas de incredulidad.

—Es una medida drástica, lo sé —continuó Roy con voz firme, antes de darles oportunidad de interrumpirlo—. Vamos a priorizar la entrega del primer lote.

—¿Para ti son un caso perdido, entonces? —exclamó Soraya, la directora de Salud—. ¿Sus vidas ya no valen nada?

—Ya sufrieron demasiado. —Inhaló hondo. Su exhalación lanzó una súplica—. Aura, ¿hay noticias del sector 9?

—Lo mismo, Roy. No encuentran discrepancias entre el tejido infectado y el genoma sano —respondió ella, desde el otro extremo del salón.

—Increíble. Llevamos una semana y hasta ahora no hay nada que sostenga tu hipótesis —dijo él, tronando la boca.

Y el cónclave fue interrumpido por el tono de una llamada.

Roy revisó su celular. El nombre de Santos brillaba en la pantalla. Contestó el teléfono.

Una voz femenina, seria y desafiante, anunció:

—Pon mucha atención si no quieres que vuele toda la comida de Santos. Hay una sola forma de evitar que eso suceda. Tienes dos horas para lograrlo.

El director del sector 13 se levantó de la silla, hizo un gesto con la mano para solicitar la atención de todo el gabinete, y puso el teléfono en altavoz. La mano temblorosa se aferraba con fuerza al dispositivo.

—Si en dos horas no se cumplen mis condiciones —anunció la voz—, explotaré toda la planta, ¿entendido? Vamos a hacer esto. Distribuiremos el alimento a mi manera: treinta y tres camiones de la compañía Santos llevarán los contenedores al antiguo estadio Corregidora. Un miembro de cada familia podrá acudir allí para recibir los sagrados alimentos. Necesito las puertas del estadio abiertas. Llevaré los vehículos hasta el campo de fútbol. Coordina una entrega ordenada. Si en algún momento las tanquetas le impiden el paso a los camiones, si en algún momento se acercan a la planta de Santos, toda la cosecha va a estallar. ¿Quedó claro?

Roy jalaba aire. Buscó los ojos avellanados de Aura. Titubeó. Los otros jefes de departamento portaban la misma expresión de horror. La sala entera compartía un grito ahogado.

—¿Quedó claro?!

—Sí. Entendido —dijo Roy.

—Bien. Volveré a marcar en dos horas. Oh, y otra cosa: notarán que algunos de mis camiones se trasladarán al desierto. Necesito el trayecto libre para ellos. Nos quedaremos con la mitad que nos toca.

Fin de la llamada.

Silencio sepulcral, solo por dos segundos. Sonó el pitido de un texto entrante. Roy abrió la notificación y arrojó el celular al centro de la mesa. Los demás se acercaron para ver el mensaje: una fotografía de Diego Santos, con la cara empapada de sangre, amarrado contra una de sus calderas, en el tercer piso de la planta de alimentos. Además, junto al hombre, se encontraban varias cargas de dinamita, amarradas con cinta a los biorreactores.

Roy se dejó caer en el asiento. Bajó la mirada, con las palmas de sus manos a punto de arrancar su cabello.

—¡Ahhhhh! —hubo varias expresiones de terror.

—¡No! ¡No! ¡No! —hubo miedo.

—¡Carajo! ¡No piensas hacerle caso a esa loca, ¿verdad?!

—¡Roy!

—¡Rastrear la llamada! ¡Hay que rastrear la llamada!

—Obviamente está en la planta. Pidió que no nos acercáramos.

—Roy.

—¡No podemos mandar a la gente allí!

—Es una locura. ¡Es una locura!

—Roy.

—¡Roy!

—¡Cállense! —Roy se levantó de nuevo. Arrojó la silla contra la pared. Azotó ambas manos contra la mesa—. Quiero a Lidia formando un perímetro en el estadio. Quiero a Paulina programando rutas para los que no tengan auto propio. Quiero a Carmona y a Riestra asegurando una entrega pacífica.

—Roy, no creo que sea buena... —inició Aura.

—¡Cállate! —interrumpió Roy—. Esta gente solo quiere eso. Quiere la mitad del alimento para el desierto, para los exiliados. No van a hacernos nada.

—¿Cómo estás tan seguro? —dijo Carmona en voz baja.

—Porque sino ellos también se morirán de hambre. Vayan, rápido. No más pánico. Quiero a todos con la cabeza fría. Y Lidia, sabes qué hacer con respecto al desierto, ¿verdad?

Lidia asintió, sonriendo, mientras se levantaba de la silla.

El resto del gabinete acató la orden. Salieron del recinto, entre murmullos.

—Aura, quédate —dijo Roy; esperó a que todos abandonaran el salón; miró a su colega de frente—. Perdóname, por favor... Yo...

—Está bien. Tranquilo, Roy.

—Es que... Es que...

—Yo sé.

—Perdóname, Aura. No quise gritar.

—Ya dije que está bien. Yo estoy de tu lado.

Y ambos abandonaron la sala de juntas. Atravesaron el vestíbulo. Recorrieron lado a lado los altos pasillos de la Embajada, hasta llegar al cuarto de transmisiones.

Prepararon el equipo. Desenredaron algunos cables, Roy estaba a punto de presionar el botón rojo, pero Aura dijo:

—¿Piensas darles la mitad así como así, con las nuevas cuotas que pide Lah-Pow Dee?

—No. Bueno, sí. Pero vamos a recuperar esa mitad. Aura... Lidia me puso al tanto de algunos negocios que coordinaba Claudio de forma no oficial. Digamos que no todos en el

desierto son amigos de Farah y de su gente... Así como no todos son enemigos nuestros.

—Roy, no entiendo...

—Lo que quiero decir es que vamos a recuperar la otra mitad, y nada de eso va a registrarse en el sistema. Protección Civil no va a involucrarse. No le quiero dar excusas a Farah para que haga algo estúpido. Ella va a perder su mitad en el desierto. Los coyotes se lo van a quitar.

Aura hizo una mueca de desconcierto.

Roy dio inicio a la transmisión:

—Ciudadanas, ciudadanos: les tengo buenas noticias. Me alegra informarles que vamos a adelantar la entrega de alimentos. El plan consiste en lo siguiente...

30

Estacionó el sedán rojo frente a una finca aparentemente abandonada, parecida a las estructuras del viejo mundo. Consistía en un patio inmenso, acotado en una reja negra, oxidada, con un pequeño templo en el centro. La tierra estéril rodeaba la estructura de estilo barroco.

Nadia echó un vistazo al largo pasillo que conducía hasta el santuario. Se llevó la mano al abdomen. Inhaló hondo. Abrió la puerta del vehículo y se apoyó en la agarradera. Descendió lanzando un gruñido. Sintió humedad por debajo del vendaje. La herida sangraba de nuevo.

Caminó hasta la reja arrastrando los pies. Disparó a la cerradura metálica. Estaba a punto de ingresar cuando, a cincuenta metros de su posición, del otro lado de la reja, notó cómo el suelo del patio se abría cual boca de un colosal monstruo, levantando una densa nube de polvo. El movimiento de la tierra vino acompañado de un leve rugido.

Nadia atravesó la puerta. Ingresó y apuntó el arma contra el boquete. El bramido del suelo se convirtió después en un sonido metálico, y una hilera de camiones de carga color negro emergieron de la rampa recién formada. Provenían del fondo de la tierra, decenas de ellos, conducidos por jóvenes de alrededor de quince años: muchachos sin trajes de protección radiológica, con la piel pegada a los huesos, con la mirada vacía y uno que otro bulto en sus extremidades. El resto de la reja se abrió de

forma automática, dando paso al convoy. Nuestra cosecha, se leía en el costado de los camiones, en letras blancas.

Uno de los chicos hizo contacto visual con Nadia. El muchacho soltó una mano del volante y señaló con su dedo a la puerta del templo. Después trazó una amenazadora línea en su cuello con el pulgar, de lado a lado, y continuó su trayecto por la calle que, hasta hace unos segundos, parecía estar abandonada.

Nadia avanzó por el pasillo hacia la estructura, con las furgonetas desplazándose en sentido contrario. Empujó la puerta y, antes de que el sistema pudiera iniciar el proceso de descontaminación, activó el paro de emergencia. Atravesó los dos portales. Entró por fin al santuario. Se dispuso a buscar a Santos, pero su hermana la esperaba ya a un costado de la puerta, desde adentro.

Farah jaló la mano que sujetaba el arma de Leonor; sometió a Nadia sin dificultad alguna, llevando su muñeca hasta la espalda.

—¿Sigues aquí? Estás cabrona —dijo Farah; el brazo mecánico rodeaba el cuello de la detective, su mano derecha presionaba el agujero de bala, por debajo de las costillas de Nadia. Insertó un dedo en la herida—. Suéltala. Suelta la pistola.

El dolor punzante fue como una descarga eléctrica recorriendo todo su cuerpo. Nadia intentó respirar hondo, pero el entramado de fierros y cables obstruía su tráquea. Soltó el arma. Cayó al suelo.

Farah la liberó de inmediato. Recogió la pistola del suelo, y dijo:

—Ven, quiero que veas algo. Quiero que veas lo que hacen tus amigos. Anda, vamos. —Farah la obligó a caminar a su lado;

entrelazó el brazo mecánico con el suyo. Iniciaron el trayecto—. Vamos a investigar. Eres policía, ¿no? Pues vamos a investigar juntas, ¿qué dices? Yo también quiero jugar a investigar. Será una buena investigación. Haremos un buen trabajo.

Cruzaron el templo, bajo la luz artificial que provenía de los vitrales. Caminaron por la alfombra roja hacia un elevador, al fondo del recinto.

—Mataste a mi hijo. Mataste a mi hijo —repetía Nadia entre jadeos, con la cabeza abajo, a punto de desplomarse, avanzando solo por inercia.

—¿Oh, sí? Te importa mucho tu familia, ¿verdad, cabrona? Lo siento mucho.

—Estás loca... Así no...

—¿Ah, no? ¡¿Así no?! —Farah la sujetó del cabello, le dio un tirón mientras presionaba el botón del elevador—. ¿Entonces, cómo? ¡¿Entonces, cómo?! ¿Siguiendo las reglas de la Federación? ¿De los Almeida? ¡¿De Santos?!

—Santos solo te está usando, no...

—Ahhh, ¿piensas que envenené todo para ayudarle a ese cerdo? ¿Piensas que es mi socio? Ja, ja. Ven, vamos a conocer a mi socio. Somos grandes socios. No, de hecho somos amigos. Los mejores.

La oscuridad envolvió la plataforma. Comenzó el descenso a través de un túnel subterráneo. Nadia presionó levemente su herida, para intentar detener el sangrado; el rojo cálido le llegaba hasta la rodilla.

—Mira, aquí están —Farah tiró de su cabello una vez más—. Aquí están las maravillas que hace Santos. ¿Inspirador verdad?

La luz blanca la encandiló por un segundo. El ascensor se desplazaba entre un extenso complejo industrial: las máquinas emitían un sonido ensordecedor; centenas de brazos robóticos empacaban el alimento; enormes tolvas depositaban miles de toneladas en múltiples contenedores; y cientos de niños corrían de un lado a otro, estibando cajas, desatorando equipos atrofiados, colocando infinidad de paquetes sobre bandas transportadoras.

Nadia tuvo poco tiempo para descifrar la escena, pues el elevador no se detuvo, continuó su descenso, y las sombras lo cubrieron todo de nuevo.

—¿Cómo ves? ¿Viste a los otros socios? ¿Crees que les pagan bien? Ahorita le preguntamos a Santos cuánto gana un socio aquí abajo.

Más luz. El elevador anunció la llegada al siguiente nivel y, esta vez, Nadia mantuvo la vista fija en un solo punto: en el cielo azul, en las blancas nubes poblando el firmamento.

—Es falso, idiota. Mira allá. —Un nuevo tirón.

Y vio aún más niños cosechando toda clase de cultivos: frutas, verduras, leguminosas. Un ejército infantil arrancaba vida de los verdes campos, con sudor en sus frentes, con pies y manos llenas de tierra, con urgencia en sus miradas y hambre en sus rostros; trabajaban en silencio, sin risas, sin llantos, presos de su herencia maldita, mártires del olvido, víctimas del presente y del pasado.

Continuaron el descenso.

Más oscuridad.

Llegaron hasta el último nivel. Y en esta ocasión no hubo más luz.

Abandonaron el ascensor. Atravesaron un pasillo apenas marcado por diminutos focos rojos. Eso era todo. Las tinieblas gobernaban allá abajo.

—No es justo, ¿verdad? —susurró Farah—. Creí que contaminar la comida de los Almeida sería suficiente. Pero siempre tienen un as bajo la manga. Ya tenían esto preparado. Siempre se superan. Siempre encuentran la forma de empeorar las cosas. ¿Sabes algo? Todo debía ser más sencillo. Alfonso nunca debió mencionar mi nombre, el muy idiota solo tenía que seguir órdenes, tenía que entregarse en la comisaría, confesar lo del ataque al supervisor y negociar con Pancho. Tú no tenías que ir a buscarme. ¡¿Para qué carajos me sacaste de ahí?! Más de veinte años después, ¿y quieres hacerte la buena? Ya ni la chingas.

Llegaron hasta el fondo del corredor.

Farah encendió la lámpara de un celular, y dijo:

—A ver, Santos, cuéntanos qué es eso detrás de ti. Mi amiga es policía. Estamos investigando cosas, ¿verdad, Nadia?

Santos, temblando de miedo, con la cara cubierta en rojo, estaba atado a un cilindro de unos treinta metros de alto. La pared de policarbonato dejaba entrever una masa homogénea color marrón.

—Habla —exigió Farah.

—No... no... no fui yo solo...

—¡Habla!

—En mi celular —dijo Santos, y miró a Nadia fijamente—. Ella tiene mi celular. Ahí está toda la evidencia...

—¡Dinos qué es!

—No me hagan nada, por favor...

—¿No vas a hablar? Bueno.

Farah asestó un disparo en la frente de Santos.

—Eso —dijo, señalando al tanque—. Eso fue la Gran Purga.
Ven, quiero que veas cómo los purgo yo a ellos.

31

Capacidad para 35 mil espectadores. Cancha de 105 metros de largo por 70 de ancho. Estacionamiento para hasta 4 mil vehículos...

Sentado en el asiento trasero, con los oídos saturados por las sirenas del convoy, Roy recordaba los días del viejo mundo cuando él y su madre acudían al estadio. Recordó el pasto verde y el cielo despejado, las gradas alegres y el estruendo del sonido local. Echó un vistazo a la fila de automóviles, similar al de los inevitables embotellamientos en las viejas tardes de fútbol.

Los ciudadanos atendían la indicación de las autoridades; se orillaban para darle el paso al vehículo del jefe de sector, con la esperanza a flor de piel, celebrando con el ruido de sus cláxones.

Roy los miraba por la ventana lateral, los saludaba con la mano. Sonreía. Levantaba el pulgar.

Aura, en el asiento contiguo, no compartía su entusiasmo; se habría mordido las diez uñas de no ser por el traje anti-radiación.

—Tranquila, todo va a salir bien —insistió él.

Ella no contestó. Bajó la cabeza. Movi6 su rodilla de arriba abajo.

—Lidia, ¿cuánto falta?

—Trece minutos, señor —respondió Lidia al momento, desde el asiento del copiloto, con la voz quebrándose de ansiedad.

—¿Trece? Muy bien... Juan, ¿a ti si te gustaba el fútbol?

—Sí, señor —dijo el conductor; su rostro derrotado tenía una cicatriz en la mejilla derecha; su ceño fruncido abarcaba todo el retrovisor.

—¿Eras de aquí, Juan?

—Sí, señor.

—¿Venías seguido al estadio?

—No, señor.

—¿Sabías que un total de siete equipos descendieron de primera división en este estadio?

—No sabía, señor.

—Va a sonar a las historias que contábamos de niños. Ja, ja. Pero el estadio fue construido sobre un cementerio. Dicen que por eso sus equipos llevaban una maldición. Dicen que los que jugaban aquí de local estaban condenados al descenso.

Aura tragó saliva. Volteó el rostro hacia la ventana. Lidia y Juan permanecieron en silencio.

—¿Qué? ¿Qué les pasa, eh? ¿Están nerviosos? ¿Están estresados? —Roy se abrazó de los asientos frontales al decir eso último, se inclinó por encima de la consola central para inspeccionar los rostros de los oficiales.

Una lágrima rodó por la mejilla de Aura.

—¿Y tú? ¿También estás preocupada? ¿Preocupada de qué?

El jefe del sector 13 observó a la nueva directora de la Academia. Y por fin estalló, soltando manotazos al aire:

—¡Aquí el único que se puede estresar soy yo! ¡Solo yo! ¡Sonríale a la gente, carajo! ¿O qué? ¿Tienen hambre? ¿Están así por el hambre, verdad? Ya ahí está, miren. Ya. —Señaló al túnel norte del recinto, por donde entraban los últimos

camiones de Santos—. Ya ahorita comen. Ya quiten esas caras, por favor. La gente los está viendo... Juan, márcale a Riestra.

El conductor presionó una serie de botones en la consola del auto. El tono de llamada no duró mucho. El jefe de Infraestructura contestó enseguida, su voz nerviosa emergió de los parlantes.

—Dígame, señor.

—¿Cómo van? ¿Ya están descargando los paquetes?

—No, jefe. Los muchachos no nos dejan abrir los camiones. Dicen que tienen indicación de abrirlos hasta dentro de 11 minutos.

—Está bien, ya casi llevo. ¿Cuántos son en total?

—Treinta y tres camiones. Todos en la cancha. Hay un oficial escoltando a cada uno de ellos, como lo pidió.

—¿Y la fila en el túnel sur? ¿Cómo van?

—Ya ingresaron. Los tengo aquí enfrente. Están desesperados.

—Diles que ya casi, que vamos a hacer esto en orden.

Fin de la llamada.

Juan condujo hasta la entrada. Dejaron atrás el estacionamiento y la fila de personas que le daba vuelta al estadio. Atravesaron el túnel norte. Descendieron del vehículo y caminaron hacia la cancha. Fueron recibidos por el gris monótono del antiguo terreno de juego y de las gradas despintadas por la erosión. Riestra había hecho un buen trabajo: las furgonetas de Santos se acomodaban en 11 hileras de 3 vehículos cada una, extendidas a lo largo y ancho del campo marchito. Al otro extremo del lugar, la gente aguardaba, impaciente, cruzada de brazos, discutiendo con el perímetro de

oficiales que los separaba del preciado alimento. El rugido de los gritos y los reclamos se repetía en las 11 filas de personas agrupadas por Riestra. Además, en la primera hilera de las gradas, camarógrafos y reporteros informaban al sector 13 del avance del operativo. El resto de la ciudadanía seguía la transmisión desde casa.

Roy se acercó al primer camión. Tocó la ventana lateral con los nudillos, para llamar al conductor.

El joven de cabello largo y rostro delgado mantuvo su vista al frente, sin decir una palabra.

—¿Dónde está tu casco, muchacho? ¿Por qué no traen trajes de protección radiológica? ¿Los mandaron así a todos?

Silencio. El joven lo ignoró.

Roy notó el bulto en su clavícula izquierda: consecuencia de una exposición prolongada a la radiación. Las cicatrices en los brazos y la piel seca y frágil insinuaban su recio origen. Gente del desierto, pensó.

—Abre la caja, amigo, por favor.

El muchacho negó con la cabeza. Apuntó a su muñeca izquierda, como a un reloj de pulsera invisible, con el índice derecho.

Lidia anunció:

—Faltan cuatro minutos, señor.

Roy inhaló hondo y corrió hasta el otro lado de la cancha, con Lidia y Aura siguiéndole el paso. La situación era la misma en cada camión: jóvenes aferrados al volante, expuestos a la atmósfera hostil, esperando la hora señalada por Farah Toussaint. El volumen de los gritos aumentaba a cada paso. Las voces se unían en un mismo lamento, cargado de rabia y

de tristeza, en duelo por sus fallecidos y en vigilia de la única esperanza para acabar con la inanición.

Riestra intentaba dialogar con ellos, en vano, pidiendo calma con movimientos de su manos.

—Déjalos pasar. Empiecen a dirigirlos a los camiones —indicó Roy.

Lidia y Riestra coordinaron a los oficiales. Poco a poco, las filas de personas se acercaron a los vehículos de Santos, con la desesperación hundida en sus ojos.

El sistema de comunicación del traje, conectado a su celular, alertó de una llamada entrante. Roy presionó el botón en su casco, a la altura de su oreja izquierda.

—Buen trabajo, Roy —dijo la voz de Farah—. Estoy viendo las noticias. Se ve muy ordenado todo. No cabe duda de que eres un excelente jefe de distrito.

—Dale la orden a tu gente.

—Me falta un minuto, cabrón. Y mejor disfrútalo porque en una de esas va a ser el último minuto de tu vida, dependiendo de cómo reaccione tu gente.

—¿Qué más quieres? ¿No es suficiente con toda la gente que ya murió? ¿Veinte mil no son suficientes? —Roy giró la cabeza en todas direcciones, buscando a Farah, esperando el peor de los desenlaces.

—Antes tal vez sí. Pero luego vi lo que hizo Santos. Ahora prefiero ver cómo se hacen pedazos entre ustedes. Espero que disfruten las migajas, Roy. Espero que se acostumbren pronto a ellas, porque a partir de ahora solo eso tendrán. Luego me dará mucho gusto exponer las porquerías que hacen aquí abajo. Tu

amigo tiene fotos muy interesantes, a ver cómo reaccionan tus patrones. Hasta nunca, idiota.

Farah colgó la llamada.

Se cumplió el plazo establecido.

Al mismo tiempo, los jóvenes conductores descendieron de las cabinas y abrieron las cajas de los camiones, ante la mirada atenta de oficiales y ciudadanos. Las cortinas metálicas emitieron un chirrido agudo; las cámaras de los reporteros apuntaron al contenido de los vehículos; y las personas se abalanzaron las unas sobre las otras al descubrir que, en cada furgoneta de Santos, la entrega consistía en un solo paquete de alimentos: un solitario contenedor de apenas medio metro cuadrado, con paredes de policarbonato y con frutas jugosas en su interior.

Migajas. Nada más que migajas.

En segundos, los empujones se convirtieron en puñetazos; los lamentos, en aullidos desgarradores. Destruyeron los paquetes durante el ajeteo. Rompieron el contenedor de protección radiológica. Embarraron el alimento en el suelo. Algunos removieron el casco de sus trajes para lamer un poco de entre los escombros; otros se embriagaron de ira, se entregaron por completo a su lado más salvaje, usaron uñas y dientes para desgarrar a quien sea que tuvieran enfrente.

Roy corrió de vuelta al túnel norte. Perdió de vista a Aura y a Lidia. Corrió como nunca había corrido en su vida, con el caos pisándole los talones, con alaridos que lo señalaban a él como el único culpable. Vio a oficiales y reporteros uniéndose a la revuelta. Miró por el hombro y notó cómo el túnel sur colapsaba

en una colérica estampida. Creyó estar a punto de escapar del desastre, cuando una patada en su rodilla derecha lo tiró al suelo.

Cayó de bruces.

Giró el cuerpo. Quiso levantarse, pero su atacante se le fue encima.

El sujeto apretó su garganta con ambas manos, clavando las uñas en su cuello. Aunque tenía casi 60 años de edad, su fuerza era brutal.

—¡Aquí está! —gruñó el tipo.

—¡Ahí agárralo! ¡Agárralo! —decían algunos más.

—¡No lo sueltes! —repetían otros.

Roy forcejeó sin obtener resultado. Sus dedos se aferraban a los brazos del agresor.

Y de pronto un estallido retumbó en la cancha.

El hombre que tenía encima se desplomó al instante. La sangre escurría desde su cabellera grisácea.

Roy se levantó de inmediato. Vio cómo un oficial repelía el ataque a veinte metros de distancia, ahuyentando al tumulto que lo amenazaba, dando paso a su huida.

Más disparos.

El dolor le recorría la pierna derecha, pero siguió corriendo, sin esperanzas, postergando lo inevitable. Miró nuevamente hacia atrás y, para su sorpresa, distinguió que algunos ciudadanos portaban las armas de Protección Civil. Muchos oficiales yacían abatidos, despojados de su equipo, tendidos sobre el antiguo terreno de juego. Los conductores de los camiones y los reporteros corrían por su vida tanto en la cancha como en las gradas. Y, en medio del caos, algunos miembros de la

ciudadanía exigían a gritos volver a la calma, recobrar la cordura, restaurar el orden.

Sin detenerse, buscó a Aura con la mirada. La vio escalando las gradas en el lado oeste del estadio. La parte superior parecía estar despejada, libre de atacantes. Roy se dirigió a la escalinata oeste para alcanzarla, gritando a los cuatro vientos el nombre de su colega.

—¡Mentirosos! ¡Mentirosos de mierda! —dijo un hombre a su espalda.

Esta vez Roy giró el cuerpo, se anticipó al embate, apretó el puño con todas sus fuerzas y lo descargó contra el casco del atacante. El ardor se extendió desde sus nudillos hasta el antebrazo; no obstante, el impacto logró su cometido: detuvo en seco al agresor.

Sacudido por el encontronazo, el hombre se tambaleó, y enseguida fue derribado por una patada asestada a su costado derecho.

Roy creyó haber ganado algo de tiempo con ese par de golpes, pero, al dirigirse nuevamente a las gradas del lado oeste, vio que un montón de gente las atravesaba desde todas direcciones.

Ni rastro de Aura.

Caos. Anarquía total a donde quiera que voltease.

Más disparos y, en cuestión de segundos, los 33 motores de los camiones de transporte estallaron, ahuyentando a la gente de la cancha. Las explosiones desprendían fuego a apenas un metro de diámetro de cada vehículo; sin embargo, desde la posición de Roy, la imagen se equiparaba a las más cruentas representaciones del inframundo.

Corrió hacia el túnel norte. Cruzó la portería. Entonces su pie se enredó con los restos de la vieja red.

Tropezó.

Todo el peso de su cuerpo cayó sobre el codo izquierdo. El visor de su casco se quebró al contacto con el suelo. Decenas de ciudadanos enfurecidos, que provenían del lado noreste del estadio, arremetieron contra él. Y esta vez el dolor le vino de todas partes. El vendaval de patadas asestó su destino sin piedad. Costillas rotas, muslos entumecidos, hombro dislocado, rostro empapado en un rojo cálido. Cerró los ojos. Intentó cubrir su nuca. Jaló aire entre los borbotones de sangre que escurrían de su nariz. Luego Roy sintió un frío punzante cuando los ciudadanos lo desprendieron del traje anti-radiación y, antes de perder el conocimiento, escuchó más disparos y la voz de Lidia ahuyentando a la multitud.

32

Los canales del sector 13 interrumpieron la transmisión. En el televisor, las imágenes de la violencia fueron sustituidas por una lluvia gris; el rugido del estadio, por el ruido de la estática.

—¡Ahhh! Qué aburridos. Pero se entendió mi punto, ¿no? —dijo Farah, sentada frente a la mesa improvisada. El televisor reposaba sobre dos contenedores plásticos que extrajo de un granero.

A sus espaldas se extendían amplios campos de maíz, en el segundo nivel de la planta de alimentos. Cientos de pequeñas manos continuaban sus labores. El sol holográfico resplandecía en sus frentes bañadas en sudor.

Lágrimas escurrieron por las mejillas de Nadia al tiempo que cerraba sus párpados. Sostenía la herida por debajo de las costillas. Respiraba hondo. Estaba atenta a cualquier distracción. Esperaba el momento idóneo para atacar. Dijo:

—¿Ahora van a trabajar para ti, entonces? No los veo corriendo libres. ¿Qué te hace diferente de Santos o Pancho o cualquiera de ellos?

—¿Los mocosos? Les dije que se fueran desde hace cuatro horas. Pinches arawaks atarantados; son todos iguales. Les propuse ayudarme desde hace meses... Pero esa gente del desierto no tiene visión. Si les mande camiones con comida fue solo por respeto a Melina. Lo de ellos es criar caballos, robar litio y mendigar migajas.

—¿Y lo tuyo?

—Quemar todo a la chingada —dijo Farah, mientras se levantaba de la silla—. En fin, gracias por ver la tele conmigo. Me hizo sentir como en los viejos tiempos. Ahora, si me disculpas, voy a prender esta ma...

El impacto del azadón contra la nuca de Farah resonó en todo lo alto. El niño arrojó la herramienta al suelo tras concretar su embate. Corrió de vuelta a los maizales para esconderse del monstruo.

Farah trastabilló, sostuvo su cráneo con las manos, como si este fuera a desprendérsele del cuello en cualquier momento. Incluyó el torso, y Nadia asestó un puñetazo en su quijada tambaleante. Su rodilla derecha hizo contacto con el suelo. Alzó el brazo mecánico para cubrirse el rostro, y el segundo golpe de su hermana se estrelló en el metal.

Con los nudillos adoloridos, Nadia optó por soltar una patada, la cual tampoco llegó al destino esperado. Los dedos de titanio se clavaron en su pantalón. La sujetaron de la pantorrilla y la arrojaron al suelo. Cayó de espaldas. Se incorporó, haciendo lo posible por ignorar las punzadas de su abdomen. Corrió hacia el objetivo de nuevo. Esta vez se lanzó con las dos piernas por delante, asestando en la boca del estómago de su hermana menor.

Entre jadeos, privada de oxígeno, Farah hizo lo posible por mantenerse en pie; sin embargo, el antebrazo de Nadia se ancló a su pantorrilla. Un tirón la devolvió al suelo. Se llevó el brazo mecánico a la cabeza, para cubrirse de un nuevo golpe.

Esta vez Nadia evitó impactar la extremidad metálica; las patadas se concentraron en la región torácica. Gritó:

—¡Era lo único que tenía! ¡Me quitaste lo único que tenía!

Y desde el piso, Farah extrajo el arma de su cinturón.

El balazo asestó en el muslo izquierdo de Nadia. La detective se desplomó al instante, de bruces contra la tierra. Cerró el puño entorno al lodo, por debajo del pasto humedecido. Arrojó el fango hacia los ojos de Farah.

Medio a ciegas, y aún de espalda al suelo, su hermana disparó nuevamente. El segundo tiro se incrustó en el hombro derecho. Corrió hacia el azadón recién utilizado por el niño, luego una tercera bala le rozó la garganta. Antes de recibir el cuarto disparo, Nadia blandió el utensilio contra la cara de su hermana, y el sonido del metal incrustándose en la carne anunció el final de la batalla.

Farah soltó la pistola tras el embate. Nadia dejó caer el azadón y se abalanzó encima de ella para terminar la tarea. Rodeó el cuello de su hermana con los dedos teñidos en rojo. Dejó ir todo su peso sobre la yugular. Ella pataleaba y maldecía. El único ojo que le quedaba parecía salirse de su órbita; el otro ya estaba afuera, a consecuencia del ataque con el azadón. En un intento desesperado, Farah extrajo una navaja de su pantalón, lo clavó a la altura de la cintura, y sostuvo el cuchillo con fuerza hasta su último aliento, hasta que por fin dejó de moverse.

Nadia se levantó del suelo, con el dolor recorriendo cada fibra de su ser. Recordó las palabras de Diego Santos. Buscó el celular en el cadáver de Farah y, cuando lo encontró, corrió hacia los maizales. Atravesó los campos. Quiso gritarle a los niños que ya podían correr, que ya todo estaba bien, que la pelea había terminado y que, a partir de entonces, el mundo sería un lugar mejor. Pero las palabras no se articulaban en su boca, y

el oxígeno se le escapaba por la herida del cuello. Los pequeños ignoraron su presencia; ellos continuaron en lo suyo.

Cayó al suelo. Sus ojos, encandilados por el sol artificial, buscaron entre los archivos del celular de Santos. Reunió toda la evidencia y su mano temblorosa pulsó el botón de enviar. Dio un último aliento. Murió con la vista al techo, con la verdad entre los dedos, haciendo las paces con el cielo azul de sus recuerdos.

33

Cables rodeando su cuerpo. La sensación no lo perturbó en absoluto. Recordó aquellas viejas películas donde el personaje principal despertaba en un hospital, a mitad de la noche, solo para descubrir que el mundo se había ido a la mierda y que, desde entonces, la lucha por sobrevivir apenas iniciaba. Este no es el caso, pensó. Ya nada podía ir peor. Y, en realidad, tan solo despertar era una buena noticia.

El sonido del televisor anunciaba la exitosa repartición de la cosecha y el arresto de los alborotadores que causaron destrozos en el antiguo estadio. Aura otorgaba una entrevista a un reportero, explicando los costos que tendría el alimento después de la repartición gratuita del primer mes del año:

—Así es, el equipo de Protección Civil terminó de recuperar los lotes enviados al desierto. El plan de las terroristas fue un rotundo fracaso. Con eso extenderemos la distribución gratuita por una semana más. Y el parte médico sigue siendo el mismo: nuestro jefe de sector se encuentra estable, pronto lo tendremos de vuelta.

Roy sonrió. Las palabras de Aura fluían elocuentes. A diferencia de él, se notaba que ella disfrutaba de esas charlas en público.

Estiró su cuerpo adolorido. Dejó que sus ojos se adaptaran a la luz tenue de la habitación. Escaneó el lugar con la mirada, a pesar de que sus párpados inflamados no se abrían por completo. "Hospital municipal 13-XI", pensó. Nada mal,

puesto que la Academia y la Embajada quedaban a solo unos diez minutos de ahí. Una muda de ropa limpia reposaba en la silla, junto al televisor. Y tras la ventana de cristal se divisaban las luces nocturnas de la ciudad: autos atravesando la avenida; estructuras cúbicas iluminadas con pantallas de neón; el pulso cotidiano del sector 13.

Se levantó de la camilla, desconectó los cables y fue a buscar su celular. Imaginó que habría cientos de mensajes de Lah-Pow Dee esperando a ser contestados, aunque, al parecer, Aura tenía las cosas bajo control.

Intentó acceder al dispositivo, pero la pantalla estrellada no encendió.

Encontró un cargador. Lo conectó y esperó, con la voz de Aura recitando un plan detallado para ampliar la planta de alimentos de Diego Santos. Por alguna razón, las palabras de Pancho volvieron a su memoria: "quiero que tú seas mi sucesor". Sin duda alguna, a él le encantaría ver a Aura dirigiendo el sector 13 en el futuro.

"Usted es demasiado amable", dijo Santos en alguna ocasión. ¿Por eso Pancho lo quería como sucesor? ¿Porque Roy era demasiado amable y haría lo posible por rescatarlo del exilio? No había forma de saberlo, pero si ese era el caso, ojalá Aura lo rescatase una vez que Lah-Pow Deeh lo exiliase también. Por lo menos Lidia no tenía asuntos pendientes con él, a diferencia de los secretos que compartían Claudio y Pancho. Las muertes repentinas no le llegan a cualquiera, asumió.

La pantalla por fin se encendió.

Roy navegó entre decenas de mensajes. Deslizó el dedo para darse una idea de a quién contestarle primero. Quince textos de

Lah-Pow Deeh. Uno de cada miembro del gabinete, deseando una pronta recuperación. Cuatro de Aura... Y... uno de Santos, del día del desastre.

Abrió el contenido.

Navegó entre las fotografías.

El aire abandonó sus pulmones. La sangre se le subió al rostro. Un escalofrío le recorrió la espina dorsal.

Dio dos zancadas hasta la silla. Se vistió de inmediato. Salió de la habitación. Se dirigió al enfermero del escritorio de enfrente:

—Necesito tu auto.

—Señor, no está en condiciones de...

—¡Llaves!

El hombre acató la orden, entregó el mando de control electrónico.

—¿Cuál es?

—Sedán azul, frente a la puerta de empleados —respondió el enfermero, arqueando las cejas.

—Ni una palabra de esto. Si te preguntan, di que sigo aquí. ¿Entendido?

El hombre titubeó.

—¡Si dices algo te exilio, cabrón!

Y Roy dio marcha hacia la salida. Tomó el primer traje que vio en el portal. Ajustó el casco. Corrió hasta el estacionamiento, con las piernas medio entumecidas y las costillas resentidas. Encendió el sedán azul del enfermero y condujo rumbo a la Academia. Observó el reloj en el tablero: 1 a.m. Si todo salía bien, llevaría las pruebas a tiempo a la junta de jefes de sector.

La noche era tan fría como cualquier otra, y las nubes se arremolinaban en el firmamento. Su mente manejó en

automático, sin prestar atención a los semáforos o a los anuncios holográficos. Conectó los puntos en su mente: cada evento, cada mentira. Derrapó en su llegada al estacionamiento. Accedió a la Academia, la sede infame de su olímpico fracaso. Cumplió con el tedioso protocolo de descontaminación. Cruzó los pasillos en tinieblas y abrió con brusquedad las puertas del área de microbiología. Ahí, tomó un paquete de cajas de cultivo nuevas, y las llevó al laboratorio de química analítica. Inspeccionó el paquete a simple vista: diez cajas de poliestireno envueltas en una bolsa de plástico perfectamente sellada.

Calzó guantes de látex. Encendió el equipo de cromatografía líquida: la máquina que habría de identificar los componentes dentro de las cajas aparentemente vacías. Preparó soluciones solventes. Conectó una columna de separación. El ensayo era sencillo: mediante adsorción, la columna de separación ayudaría a separar los diferentes compuestos químicos que se hicieran pasar a través de ella. Abrió el paquete de cajas de cultivo, sostuvo una por lo alto y pasó un hisopo a través de la caja. Diluyó la muestra en un pequeño frasco, y lo insertó en la máquina. Ajustó los parámetros de separación cromatográfica.

Esperó. Y, en esta ocasión, Roy pudo apostar a que el resultado confirmaría su hipótesis.

La computadora arrojó las lecturas, poco a poco, trazando una línea horizontal a lo ancho del monitor, cerca de su límite inferior. De pronto, dicha línea marcó una pendiente pronunciada, casi vertical. La línea tocó la parte superior de la pantalla, para luego volver a su posición inicial. El pico en la pantalla confirmó su teoría. Encontró lo que buscaba.

Roy soltó una sonrisa. Guardó el resultado y lo subió al sistema, junto con las fotografías enviadas por Nadia Toussaint.

Regresó al sedán azul y, rumbo a la Embajada, repasó la historia en su mente. Preparó el discurso. Eligió bien cada palabra, y se odió a sí mismo por tardarse tanto en dar con la respuesta. Cruzó los altos pasillos. Se dirigió al salón de reuniones y azotó la puerta negra, para sorpresa de todos los ahí presentes.

Aura, Lah-Pow Deeh, así como los otros jefes de sector clavaron su mirada en él.

—Yo tengo algo más para el sector 13 —dijo con firmeza. Después caminó hacia su lugar designado, a la derecha de Lah-Pow Deeh, con Aura de frente.

—Roy Ayala, me alegra ver que estás en mejores condiciones. Adelante, habla... —exclamó la presidenta de la Federación, con los ojos envenenados de ira.

—Es falso... Es falso que lo que ocurrió en el sector 13 fue a causa de una superbacteria. No se trata de un arma biológica capaz de alterar el ADN humano. Por eso las demás Academias no encuentran nada útil en sus ensayos genéticos. Solo se trata de un estafilococo áureo. Letal, sí; pero no indetectable. Es cierto que Diego Santos, Alfonso Casas y Farah Toussaint conspiraron para sabotear la planta Almeida y así sacarlos del negocio alimenticio. Es cierto que Santos estaba dispuesto a todo para recuperar su inversión. Es cierto también que Farah coordinó el sabotaje de los alimentos solo por venganza, y que se sintió traicionada al descubrir nuestra cosecha de alimentos orgánicos. Sin embargo, ellos no actuaron solos. Hace quince minutos subí al sistema un análisis químico que

corrí en las cajas de cultivo usadas en nuestra Academia: cajas aparentemente nuevas, selladas; no obstante, contaminadas con vancomicina para inhibir el crecimiento de bacterias en todos los ensayos microbiológicos. No se trata de un arma biológica; mi laboratorio simplemente está contaminado con un potente antibiótico... Mi reporte incluye también fotografías de Aura, la nueva directora de la Academia, recibiendo los paquetes de cajas de cultivo a manos de Santos. Ella las reemplazó todas... Probablemente reemplazó otros materiales de laboratorio. ¿Motivaciones económicas? ¿De poder? —Roy la miró a los ojos—. Solo ella podría decirnos. Yo creo que las cosas se le salieron de control. Quizá nunca pensó que Farah llegaría tan lejos. Quizá no imaginó que Santos guardaría evidencia de sus reuniones, solo por si las dudas, en caso de que necesitara un favor en el futuro. En cuanto a mí, verifiqué la calibración de los equipos de laboratorio desde el primer día de la emergencia para descartar errores en nuestros análisis. Verifiqué disoluciones, pH de medios de crecimiento, revisé todo, excepto las cajas de cultivo... Nunca consideré que el sector 13 estaba siendo saboteado en más de un frente... Y eso fue lo que pasó.

Silencio.

Caras confundidas, privadas de aliento.

—Pe... Perdón —dijo Aura. Su voz de seda titubeaba. Su rostro triste, de ojos avellanados, parecía no conocer el sosiego. La joven se acercó al borde del asiento y colocó ambas manos sobre la mesa. Tragó saliva. Tensó la mandíbula. Se levantó de golpe. Corrió hacia la puerta, hecha un mar de lágrimas, convencida de poder escapar.

Desde su propia silla, Roy sentenció:

—Lidia está esperándote a la salida. Desde este momento quedas exiliada de la Federación. Suerte en el desierto.

Aura detuvo su carrera. Se quedó parada bajo el marco de la puerta.

Lah-Pow Deeh anunció:

—Pff. Me voy a tomar unas horas para leer con calma el reporte de este desastre. Gracias, Roy. Espero que no estés muy adolorido. Te escribiré al rato para actualizarte con las nuevas condiciones tributarias y para discutir tu justo castigo. —La presidenta de la Federación sonrió al decir eso último.

—Estaré al tanto —respondió Roy, sereno, con las rodillas inmóviles, con la vista al frente.

—Y otra cosa: ¿Qué fue de Andrea Gómez, la detective?

—Ella me ayudó a descifrar todo esto. Es falso que participara en el atentado de la mina. Fue tomada prisionera. Murió a manos de Farah. Su nombre está limpio, y todo el sector 13 honrará su memoria.

—Mmmm... Bien. Se suspende la sesión.

Uno a uno, los hologramas desaparecieron.

Roy se dirigió a la salida. Atravesó el marco de la puerta, sin mirar a Aura, sin inmutarse por su aroma, ignorando el brillo de su cabello carmesí. Ella dijo:

—Lo de antes fue cierto, ¿sabes?

—¿Qué cosa?

—Todo... Lo que siento por ti. Pensé en matarte desde que supe de tu pasado con las Toussaint. Algo me decía que eso era un riesgo. Pensé en matarte, en acabar contigo la noche en que me acompañaste a mi departamento, pero no lo hice.

—Oh. Gracias, Aura. Qué considerada —respondió él.

Y reanudó su marcha hacia el estacionamiento, aliviado, confiado de, por primera vez en mucho tiempo, tener la ventaja. Pensó en la planta de Santos y su eficiencia implacable, en los arawaks y el suministro adicional de litio, en los coyotes proveyendo lo necesario para las calderas. El sistema perfecto, se dijo. Olvidó mencionarlo al finalizar su intervención en la junta, pero seguramente el sector 13 iba a progresar.

Se cruzó con Lidia en el trayecto.

—Lidia, dile a Esther que a partir de ahora ella es la nueva jefa de la Academia. Dile que lea el caso de Aura en el sistema; debemos revisar a fondo esos laboratorios... Y algo más: atiende cualquier emergencia, por favor. Voy a tomarme el día libre.

—De acuerdo, señor.

Roy Ayala apagó su celular. Giró el cuello para aliviar sus vértebras adoloridas. Continuó su camino hacia el estacionamiento. Lo recibió la niebla húmeda del amanecer y, tras abordar el vehículo, desde el retrovisor, creyó distinguir el atisbo de un rayo de sol, filtrándose entre las nubes.

ARTE DE LA PORTADA



Sand, por @anotherpuella.

@anotherpuella es estudiante de ingeniería civil y aspirante a diseñadora gráfica autodidacta desde hace tres años. Reside en Ismailia, Egipto, y encuentra en el arte una manera de saciar su sed creativa a través de una emoción inagotable y salvaje. Sus principales fuentes de inspiración son el espacio, la nostalgia y el surrealismo.